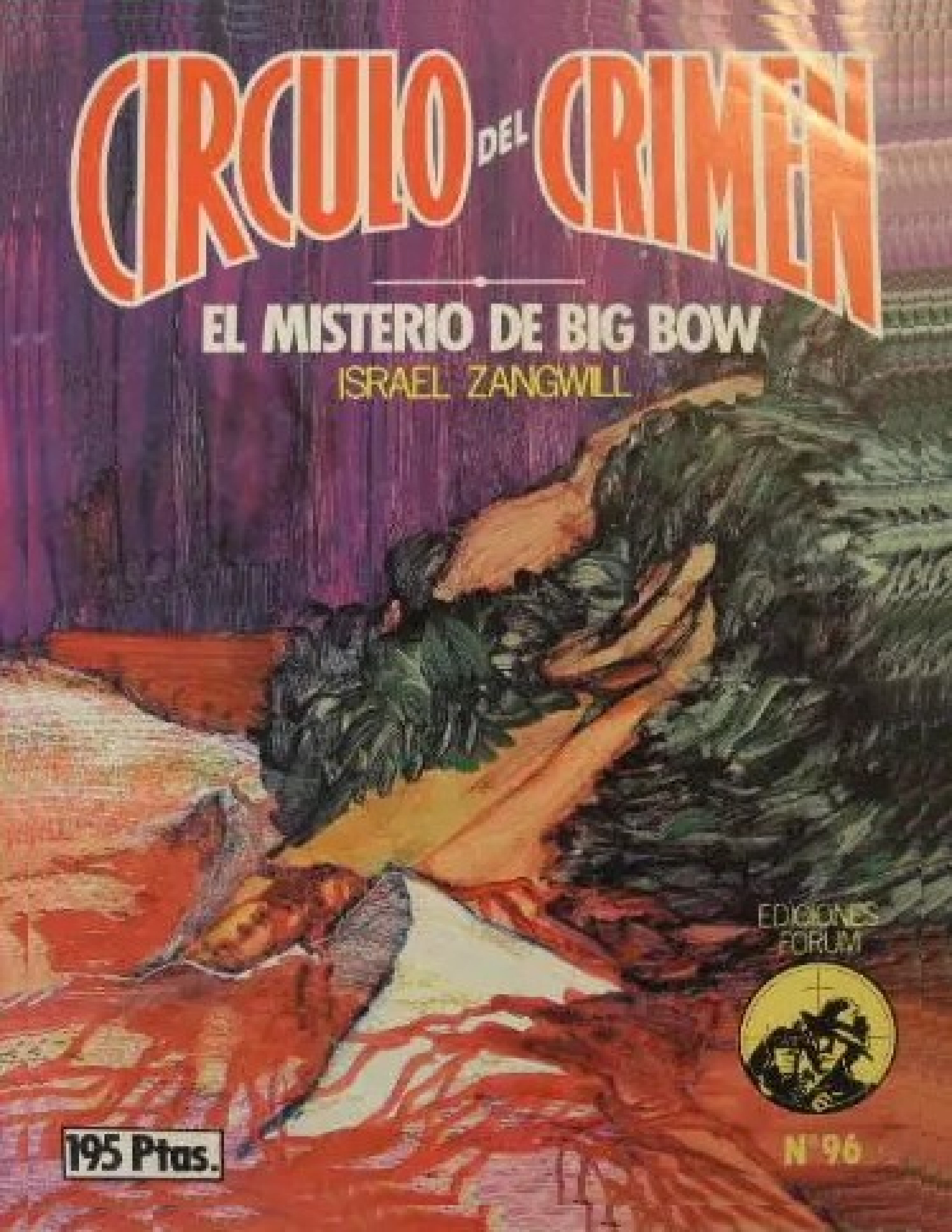
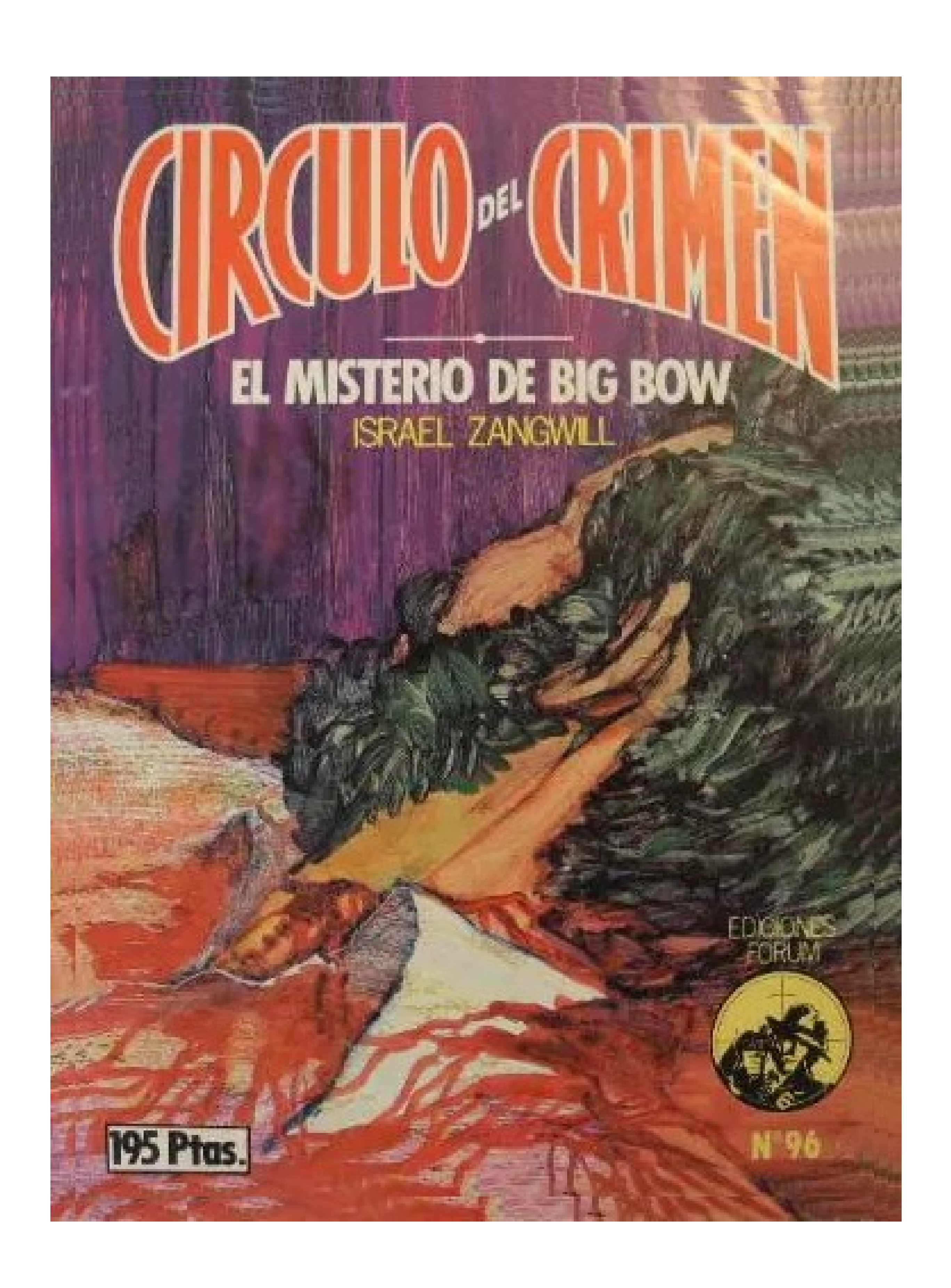

CIRCULO DEL CRIMEN
EL MISTERIO DE BIG BOW
ISRAEL ZANGWILL
EDICIONES FORUM
195 Ptas.
Nº 96


CIRCULO DEL CRIMEN
EL MISTERIO DE BIG BOW
ISRAEL ZANGWILL
EDICIONES FORUM
195 Ptas.
Nº 96

EL GRAN MISTERIO DE BOW

ISRAEL ZANGWILL

Autor



Israel Zangwill, (Londres, 21 de enero de 1864 - Midhurst, 1 de agosto de 1926) fue un escritor británico de origen judío, uno de los propagandistas del sionismo.

Nació en el seno de una familia de inmigrantes rusos. Estudió en Plymouth, en Bristol y en la escuela judía del East End londinense, donde tiempo después trabajó como profesor. Dejó la enseñanza para dedicarse a la labor periodística, la cual, posiblemente, fue su auténtica vocación; es considerado uno de los más fervorosos defensores del humanitarismo democrático. Sus novelas fueron en su tiempo auténticos best-sellers.

Protagonizó un curioso incidente en Florencia, el día de la revolución de Mussolini, al ser detenido por los camisas negras. Zangwill se negó a identificarse ante los paramilitares y estos lo llevaron ante el cónsul florentino. Allí ejerció como traductor el escritor Curzio Malaparte, quien suavizó las duras quejas del inglés, ante las cuales el embajador optó por dejarle marchar. El episodio lo narra el propio Malaparte en su ensayo *Técnica del golpe de estado*.

Wikipedia

Biografías y vidas

Sinopsis

Aún no ha amanecido en el distrito londinense de Bow, que descansa envuelto en una vieja conocida: la niebla. Sin embargo, no todos duermen en el número 11 de Glover Street. La señora Drabdump se afana en su cocina, malhumorada porque empieza el día con retraso ya que, por una casualidad, se ha levantado algo más tarde de lo habitual. Curiosamente, todo apunta a que, en el piso de arriba, a su nuevo inquilino le ha ocurrido lo mismo: sigue en la cama a pesar de los sucesivos intentos de su patrona por despertarle. Pero el señor Constant nunca más volverá a ponerse en pie…

I

Un amanecer memorable de principios de diciembre, Londres despertó en mitad de una helada niebla gris. Hay mañanas en las que esta reúne en la ciudad sus moléculas de carbono en apretados escuadrones, mientras, en las afueras, las esparce tenuemente; de tal modo que un tren matinal que se dirigiera al centro nos llevaría del crepúsculo a la oscuridad. Pero aquel día las maniobras del enemigo eran más monótonas. Desde Bow hasta Hammersmith se arrastraba un vapor bajo y apagado, como el fantasma de un suicida pobretón que hubiera heredado una fortuna inmediatamente después del acto fatal. Los barómetros y termómetros compartían simpáticamente su depresión, y su ánimo, si es que les quedaba alguno, estaba por los suelos. El frío cortaba como un cuchillo de muchas hojas.

La señora Drabdump, residente del número 11 de Glover Street, en el distrito de Bow, era una de las pocas personas en Londres a quienes la niebla no conseguía deprimir. Comenzó la jornada con su rutinaria apatía. Había sido de las primeras en darse cuenta de la llegada del enemigo, distinguiendo las hebras de niebla enrolladas en la oscuridad en el mismo momento en que subió la persiana del dormitorio y desveló el cuadro sombrío de la mañana de invierno. Supo que la niebla había venido, como poco, a pasar el día, y que la factura trimestral del gas iba a alcanzar un récord. También supo que esta circunstancia se debía a que había permitido que su nuevo huésped, el señor Arthur Constant, pagara la suma fija de un chelín semanal por el consumo de gas, en lugar de cobrarle una parte de la

factura de toda la casa. Los meteorólogos habrían sido capaces de salvar del descrédito a su ciencia si hubieran podido contar con la factura del gas de la señora Drabdump antes de predecir el tiempo y dar como favorito «nieve» frente a «niebla». Y aunque era esta última la que estaba por todas partes, la señora Drabdump no se atribuyó ningún mérito por su presciencia. En realidad, no se concedía crédito por nada; seguía su camino tenazmente, luchando a lo largo de la vida como un nadador agotado que tratara de alcanzar el horizonte. El hecho de que las cosas siempre fueran tan mal como ella había previsto no la regocijaba en absoluto.

La señora Drabdump era viuda. Las viudas no nacen, sino que se hacen; de otro modo uno habría imaginado que la señora Drabdump siempre lo había sido. La naturaleza le había dado esa figura alta y enjuta y ese rostro pálido y alargado, de labios estrechos, mirada dura y peinado dolorosamente tieso que se asocian siempre a la viudez en la clase baja. Solo en los círculos sociales más altos las mujeres pueden perder a sus maridos y seguir siendo encantadoras. El difunto señor Drabdump se había arañado la base del pulgar con un clavo oxidado, y el presentimiento de la señora Drabdump de que iba a morir de tétano no le impidió luchar día y noche contra la sombra de la Muerte como ya lo había hecho antes, en vano, en dos ocasiones: cuando Katie murió de difteria y el pequeño Johnny, de escarlatina. Tal vez se deba al exceso de trabajo entre los pobres que la Muerte se haya desgastado hasta quedar reducida a una sombra.

La señora Drabdump estaba encendiendo el fuego de la cocina. Lo hizo científicamente, sabedora de la obstinación con que el carbón y la madera se resisten a convertirse en humo a no ser que se les meta en cintura. La ciencia triunfó, como de costumbre, y la señora Drabdump se levantó contenta, como una sacerdotisa parsi que hubiera concluido sus plegarias matutinas. De pronto, se sobresaltó violentamente hasta casi perder el equilibrio. Su mirada se había posado sobre las manecillas del reloj de la repisa de la chimenea. Señalaban las siete menos cuarto. La ceremonia del fuego de la

cocina terminaba invariablemente a las seis y cuarto. ¿Qué le había pasado al reloj?

La señora Drabdump tuvo una visión fugaz de Snooppet, el relojero del barrio, reteniendo el reloj durante semanas y devolviéndolo luego solo superficialmente reparado y herido en secreto en su estructura profunda, todo «por el bien del negocio». La maligna visión se fue por donde había venido, exorcizada por el sonoro repicar de las campanas de St. Dunstan, que daban los tres cuartos. Pero un gran horror ocupó su lugar. Su instinto había fallado: la señora Drabdump se había despertado a las seis y media en lugar de a las seis. Ahora comprendía por qué se sentía tan aturdida, extraña y somnolienta: había dormido más de la cuenta.

Molesta y desconcertada, se apresuró a colocar el hervidor sobre el carbón crepitante. Descubrió, un segundo después, que se había quedado dormida porque el señor Constant deseaba que se le despertara tres cuartos de hora antes de lo habitual y que se le sirviera el desayuno a las siete, ya que debía dirigirse a una reunión matinal de trabajadores del tranvía descontentos. Al fin, palmatoria en mano, se apresuró hacia su dormitorio, en el piso de arriba.

Todo «lo de arriba» —que consistía tan solo en dos habitaciones independientes— era dominio exclusivo de Arthur Constant. La señora Drabdump llamó despiadadamente a la puerta de la habitación que su inquilino utilizaba como dormitorio, exclamando:

—Son las siete. Llegará usted tarde, señor. Debe levantarse de inmediato.

El acostumbrado «muy bien» no fue inminente, pero, como ella había variado el saludo matinal, su oído no esperaba el eco. Bajó las escaleras sin ningún presentimiento, salvo que el hervidor podía quedar en segundo puesto en la carrera entre su punto de ebullición y la presencia de su inquilino listo para irse.

Hasta donde ella sabía, no había peligro de que Arthur Constant hiciera oídos sordos a la llamada del deber —momentáneamente representado por la señora Drabdump—. Tenía el sueño ligero, y las

campanillas de los conductores del tranvía probablemente resonaban en sus oídos, convocándolo a la reunión.

La señora Drabdump no podía comprender por qué Arthur Constant, licenciado, con sus manos y camisas blancas, un caballero de los pies a la cabeza, debía ocuparse de los tranviarios, cuando, por su fortuna, se podía haber limitado a relacionarse con los cocheros de punto. Es probable que aspirara a representar a Bow en el Parlamento, pero, en ese caso, le habría convenido más alojarse con una casera que poseyera un voto por tener un marido vivo. Tampoco parecía de un gran sentido común su deseo de lustrar sus propias botas (una ocupación en la que no era precisamente brillante), ni el hecho de vivir, en todos los sentidos, como un obrero de Bow. Estos no eran aficionados al agua: ni en vasos, ni en bañeras, ni en lavanderías. Tampoco se alimentaban de los manjares con que le agasajaba la señora Drabdump, quien le aseguraba que eran el condumio habitual de los *artesanos,* pues no podía soportar que ingiriera algo que no correspondiera a su posición. Arthur Constant abría la boca y comía lo que su casera le daba, no cerrando los ojos, según el protocolo, sino manteniéndolos bien abiertos. Sin embargo, es difícil para el santo ver a través de su propio halo y, a menudo, una aureola alrededor de la cabeza no se distingue de un banco de niebla.

El té que estaba a punto de hervir en la quisquillosa tetera de la señora Drabdump no consistía en la mezcla barata de negro y verde que acostumbraba a tomar con el señor Mortlake, quien vino a su memoria junto con los demás pensamientos sobre el desayuno. ¡Pobre señor Mortlake, que había partido a las cuatro en ayunas hacia Devonport, en medio de la oscura niebla de una noche invernal! Al menos, confiaba en que su periplo fuera debidamente recompensado y aplaudido, y en que sacara buen provecho de los «gastos de viaje», como le echaban en cara los líderes laboristas rivales. La señora Drabdump no le recriminaba sus ganancias, ni era asunto suyo si, como insinuaban, tenía en mente algo más que beneficiar a su patrona al advertir al señor Constant de las

habitaciones que le quedaban vacantes. El caso es que le había hecho un favor, tan extraño como el inquilino que le presentó.

El apostolado de Tom Mortlake entre los trabajadores no había sorprendido a la señora Drabdump: antes había sido cajista, y el proselitismo era obviamente una profesión mejor pagada y de un estatus social más alto. *Tom Mortlake, el héroe de las cien huelgas,* impreso en un cartel en letras de molde, era sin duda mejor que Tom Mortlake escribiendo con esas mismas letras el nombre de otras personas. Sin embargo, no todo el trabajo consistía en beber cerveza y jugar a los bolos, y la señora Drabdump tenía la impresión de que esa otra faceta de su empleo no era nada envidiable. Sacudió la puerta de la habitación de Mortlake de camino a la cocina, pero no obtuvo respuesta. La puerta de la calle se encontraba apenas a unos pies del pasillo, y de un solo vistazo disipó la última esperanza de que Tom hubiera cancelado el viaje. El cerrojo y la cadena no estaban echados; solo el pestillo aseguraba la puerta.

La señora Drabdump sintió una pizca de inquietud, a pesar de que, todo sea dicho, nunca había experimentado el temor que sufren la mayoría de las amas de casa a criminales que jamás se presentan. Unas cuantas puertas más allá, al otro lado de la calle, vivía el famoso exdetective Grodman y, con bastante poca lógica, su proximidad transmitía a la señora Drabdump una curiosa sensación de seguridad, como la de un creyente que viviera a la sombra de un templo. Que un ser humano con tufo a criminal se acercara conscientemente a menos de una milla de tan renombrado sabueso le parecía altamente improbable. Aunque en plena forma, Grodman se había retirado, y si bien ahora no era más que un perro adormilado, los delincuentes aún deberían tener el sentido común necesario para dejarle descansar.

Así que la señora Drabdump no temía ningún peligro, especialmente tras un segundo vistazo a la puerta de la calle, que le mostró que Mortlake había sido lo bastante considerado como para deslizar el pestillo. Se permitió otro pensamiento de afecto hacia el líder laborista que se dirigía tristemente hacia el astillero de

Devonport. No es que le hubiera contado nada de su viaje fuera de la ciudad, pero sabía que Devonport tenía un astillero porque Jessie Dymond, la novia de Tom, mencionó una vez que su tía vivía cerca de allí, y era evidente que Tom había acudido a ayudar a los estibadores, quienes estaban imitando a sus hermanos londinenses. La señora Drabdump no necesitaba que le dijeran las cosas para estar al tanto de ellas.

Fue a preparar el té extrafino del señor Constant, preguntándose vagamente por qué la gente parecía tan descontenta hoy en día. Pero cuando llevó la bebida, la tostada y los huevos a la sala de estar del señor Constant, contigua a su dormitorio, aunque sin comunicación con él, descubrió que no estaba allí. Encendió el gas, extendió el mantel, volvió al rellano de la escalera y golpeó la puerta con una palmada imperativa. Silencio. Pronunció su nombre y le dijo la hora, pero solo se escuchó su propia voz, que le sonó extraña bajo las sombras de la escalera. Después murmuró para sus adentros: «Pobre hombre, ayer le dolían las muelas, y puede que apenas haya conciliado el sueño. Es una pena molestarle por una pandilla de conductores llorones. Le dejaré dormir hasta la hora de costumbre». Se llevó la tetera escaleras abajo con una luctuosa y casi poética conciencia de que los huevos pasados por agua, como el amor, acabarían por enfriarse.

Cuando dieron las siete y media, volvió a llamar. Pero Constant seguía durmiendo.

Las cartas de Constant, siempre curiosamente variadas, llegaron a las ocho, y poco después lo hizo un telegrama. La señora Drabdump sacudió la puerta, gritó, y finalmente deslizó el telegrama por la ranura inferior de esta. Aunque el corazón le latía con fuerza, sentía como si una serpiente fría y pegajosa lo atenazara. Bajó de nuevo, giró el picaporte de la habitación de Mortlake y entró, sin saber por qué. La colcha de la cama delataba que el ocupante había dormido encima, como si temiera perder el primer tren. No había esperado ni por un segundo encontrar a Mortlake en la habitación y, sin embargo, tuvo por primera vez la conciencia de estar sola en la

casa con el durmiente Constant. La viscosa serpiente abrazó con fuerza su corazón.

Abrió la puerta y escudriñó nerviosamente los alrededores, arriba y abajo. Eran las ocho y media. La callecita se extendía fría y silenciosa en la niebla gris, parpadeando con ojos legañosos en sus extremos, donde titilaban las farolas. No se veía a nadie por el momento, aunque el humo se elevaba desde multitud de chimeneas para salir al encuentro de su hermana niebla.

Al otro lado, en la casa del detective, las ventanas seguían cerradas y las persianas bajadas. Sin embargo, el aspecto familiar y prosaico de la calle la tranquilizó. El aire helado la hizo toser; cerró la puerta y volvió a la cocina a preparar otro té para Constant, que debía de gozar de un profundo sueño. La lata tembló en su mano. No sabía si se le había caído o la había arrojado al suelo, pero no tenía nada en la mano con la que, un segundo después, aporreaba la puerta de su inquilino. Sus golpes quedaron otra vez sin respuesta. En un arrebato frenético, en el que ya apenas recordaba que el objetivo era despertar a su huésped, la señora Drabdump descargó golpe tras golpe, hasta casi desencajar los paneles inferiores a fuerza de puntapiés. Giró el picaporte y trató de abrir la puerta, pero estaba cerrada por dentro. La resistencia le recordó, en una sacudida de repentina decencia, que había estado a punto de irrumpir en el dormitorio de Constant. El terror se apoderó de ella una vez más. Tuvo la sensación de que estaba sola en la casa con un cadáver.

Se dejó caer al suelo, encogida, sofocando a duras penas el deseo de gritar. Después, se levantó de un salto y, sin mirar atrás, bajó a toda prisa las escaleras, salió corriendo a la calle y no se detuvo hasta encontrarse frente a la puerta de Grodman, sacudiendo violentamente la aldaba. Pasado un momento, se abrió la ventana del primer piso —la casa tenía la misma planta que la suya— y el rostro relleno y carnoso de Grodman surgió de la niebla, somnoliento e irritado bajo el gorro de dormir. A pesar de su ceño fruncido, la cara

del exdetective amaneció sobre ella como el sol sobre el ocupante de un cuarto embrujado.

—¿Qué diablos ocurre? —gruñó Grodman.

No era un pájaro madrugador, ahora que ya no tenía que salir a buscar lombrices. Podía darse el lujo de despreciar refranes como este gracias a que era el propietario de su casa y de otras de la misma calle. En el barrio de Bow, donde algunos inquilinos tienden a desaparecer durante la noche dejando facturas pendientes, resulta conveniente para un casero no alejarse demasiado de sus propiedades. Tal vez, también tenía algo que ver con la elección de su lugar de residencia el deseo de disfrutar de su grandeza entre los amigos de la infancia, pues había nacido y crecido en Bow, en cuyo cuartel de Policía local había ganado sus primeros chelines trabajando como detective *amateur* en sus ratos libres.

Grodman aún estaba soltero. Quizás la agencia matrimonial del Cielo podía haber seleccionado una pareja para él, pero no había sido capaz de encontrarla. Fue su único fracaso como detective. Era un hombre autosuficiente que prefería un fogón a una criada, pero que, como concesión a la opinión pública de Glover Street, había admitido a una muchacha entre las diez de la mañana y las diez de la noche; y que en deferencia a esa misma opinión, prescindía de ella entre las diez de la noche y las diez de la mañana.

—Venga de una vez —exclamó la señora Drabdump—. Algo le ha ocurrido al señor Constant.

—¿No habrá sido apaleado por la Policía en la reunión de esta mañana, verdad?

—¡No, no! No ha ido. Está muerto.

—¿Muerto? —el rostro de Grodman se ensombreció.

—Sí. ¡Asesinado!

—¿Qué? —dijo, casi gritando, el exdetective—. ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Quién?

—No lo sé. No he podido verle. He llamado a su puerta y no contesta.

El rostro de Grodman se iluminó con expresión de alivio.

—¿Eso es todo? ¡Qué tontería! Con este tiempo voy a pillar un resfriado. Estará cansado como un perro después de lo de ayer, entre manifestaciones, discursos, escuelas infantiles, conferencias y artículos sobre cooperación. Ese es su estilo.

Desde luego ese era el estilo de Grodman. Nunca decía una palabra sin intención.

—No —replicó solemne la señora Drabdump—. Está muerto.

—Bueno, bueno. Vuelva a casa. No alarmemos innecesariamente al vecindario. Espéreme; bajaré en cinco minutos.

Grodman no se tomó en serio a aquella Casandra de andar por casa. Probablemente sabía qué tipo de mujer era. Con una sonrisa casi divertida, sus ojillos como abalorios brillaban mientras retiraba la vista de la señora y cerraba de un golpe la ventana. La pobre mujer cruzó la calle y volvió a su casa. No pudo cerrar la puerta; habría tenido la sensación de encerrarse con un muerto. Esperó en el pasillo.

Después de una eternidad —siete minutos de reloj— Grodman apareció, vistiendo como de costumbre pero con el pelo revuelto y las patillas alborotadas. Las había dejado crecer recientemente y aún no estaba acostumbrado a ellas. Durante sus años de servicio, Grodman iba siempre bien afeitado, como todos sus compañeros de profesión —seguramente el detective es el más versátil de los actores—.

La señora Drabdump cerró la puerta silenciosamente y señaló las escaleras, disfrazando su temor de educación al cederle el paso. Grodman subió, aún con los ojos brillantes por la diversión. Al llegar al rellano llamó decididamente a la puerta, mientras gritaba: «¡Son las nueve, señor Constant, las nueve en punto!». Ningún sonido o movimiento respondió a su llamada. Su rostro se tornó más serio. Esperó, volvió a llamar y gritó más fuerte. Forcejeó con el picaporte, pero el cerrojo parecía echado. Intentó mirar por la cerradura; estaba obturada. Sacudió los paneles superiores, pero la puerta parecía atascada y bloqueada. Finalmente se quedó quieto, con el rostro petrificado. Sentía simpatía por Constant y le estimaba.

—¡Ay! Por mucho que llame no conseguirá despertarle —susurró la pálida señora Drabdump.

La niebla gris les había seguido a través de la puerta de la calle y se cernía sobre la escalera, empapando el aire de un olor húmedo y sepulcral.

—Cerrada a cal y canto —murmuró Grodman, sacudiendo de nuevo la puerta.

—Derríbela —mascculló la señora Drabdump, temblando violentamente y alzando las manos sobre su rostro, como si quisiera alejar una terrible visión.

Sin decir una palabra, Grodman apoyó un hombro contra la puerta y la empujó con un violento esfuerzo muscular. En otros tiempos había sido atleta, y aún conservaba su brío. La puerta crujió, comenzó a ceder, la madera se astilló en torno a la cerradura, los paneles se combaron y el cerrojo superior terminó saltando de su marco de hierro. La puerta se abrió con estrépito. Grodman se precipitó al interior del dormitorio.

—¡Dios mío! —exclamó.

La mujer lanzó un grito. El espectáculo era horrible.

Unas horas después, los chicos de los periódicos gritaban con júbilo: «Espantoso suicidio en Bow», y el cartel que anunciaba *The Star* añadió, para satisfacción de los que eran demasiado pobres para comprarlo: «Un filántropo se corta la garganta».

II

Sin embargo, los periódicos habían sacado conclusiones prematuras. Scotland Yard se negó a prejuzgar el caso, a pesar de los gacetilleros. Se realizaron varios arrestos, de modo que las ediciones posteriores se vieron obligadas a etiquetar el «suicidio» como «misterio». Los detenidos constituían una indescriptible colección de vagabundos. La mayoría habían cometido otros delitos por los que nunca habían sido arrestados.

Un caballero de aspecto desconcertado se entregó en silencio, como quien formula un acertijo, pero la Policía no quiso saber nada de él y lo devolvió de inmediato a sus compañeros y cuidadores —el número de candidatos para ingresar en Newgate Nota 1) a la mínima oportunidad resulta asombroso.

El significado de esta tragedia, en la que una vida joven y noble había sido cortada de raíz, aún no había sido asimilado por la opinión pública cuando un nuevo giro del caso la conmocionó: Tom Mortlake había sido detenido ese mismo día en Liverpool por estar presuntamente implicado en la muerte de su compañero de pensión.

La noticia cayó como una bomba en una región familiarizada con la figura de Tom. Que el talentoso orador —ese que aprovechaba cualquier ocasión para lanzar sus rojas proclamas en sociedad— tuviera las manos manchadas de sangre parecía demasiado alarmante. Sobre todo porque la sangre derramada no era azul, sino propiedad de un joven adorable e idealista de clase media que, literalmente, había dado su vida por la causa. Pero el suceso no adquirió demasiada popularidad, y todo el mundo —salvo unos

cuantos líderes laboristas— se sintió aliviado de que Tom hubiera sido puesto en libertad casi de inmediato, con la única obligación de comparecer para ofrecer su testimonio en las pesquisas. En una entrevista concedida esa misma tarde a un periódico de Liverpool, Tom declaró que su arresto se debía por completo al rencor y la animadversión que le profesaba la Policía de todo el país. Había viajado a Liverpool siguiendo el rastro de un amigo cuyo paradero le inquietaba, y se encontraba en los muelles investigando los horarios de los barcos con ruta hacia América cuando los detectives apostados allí, siguiendo instrucciones, le arrestaron por su apariencia sospechosa.

—Aunque deben de conocer muy bien mi aspecto, pues he sido dibujado y caricaturizado en todas partes —dijo Tom—. Cuando les dije quién era tuvieron la decencia de dejarme ir. Supongo que ya tenían lo que necesitaban. Sí, es una rara coincidencia el hecho de que pudiera haber tenido algo que ver con la muerte de ese pobre hombre, que me ha dolido como al que más; pero si hubieran sabido que venía de la «escena del crimen» y que, en realidad, vivía bajo el mismo techo, ¡probablemente me hubieran dejado en paz! —rio sarcásticamente—. ¡Qué turulatos son los policías! Su lema es: «Detén a un hombre y ya reunirás después las pruebas». Si estás en un lugar, eres culpable por estar allí, y si estás en otro eres culpable porque te has ido. ¡Oh, los conozco bien! Si hubieran tenido el menor pretexto para echarme el guante, lo habrían hecho. Suerte que recuerdo el número del cochero que me llevó a Euston a las cinco de la mañana.

—Si le hubieran encerrado —añadió en broma el entrevistador— los prisioneros habrían convocado una huelga en menos de una semana.

—Sí, pero no habrían faltado esquiroles dispuestos a ocupar sus celdas —respondió Mortlake—, así que no hubiese servido de nada. Y ahora, discúlpeme. Estoy muy inquieto por el paradero de una de mis amistades. Temo que haya abandonado Inglaterra y debo realizar algunas averiguaciones. Encima el pobre Constant nos ha

dejado, ¡qué horror!, y he de acudir a Londres para ayudar en la investigación. Tengo que irme. ¡Adiós! Diga a sus lectores que todo el malentendido es culpa de la inquina de la Policía.

—Una última pregunta, señor Mortlake, si no le importa. ¿Es cierto que estaba convocado a presidir el encuentro de obreros, en St. James Hall, entre la una y las dos para protestar contra la invasión alemana?

—¡Caramba! Es cierto. Pero los polizontes me detuvieron antes de la una, cuando iba a escribir un telegrama, y después las noticias del bueno de Constant me distrajeron por completo. ¡Qué fastidio! Las desgracias nunca vienen solas. Bueno, adiós, mándeme un ejemplar del periódico.

El testimonio de Tom Mortlake añadió poco a la investigación acerca de sus movimientos en la mañana del misterio. El cochero que le había conducido a Euston escribió indignado a los periódicos para decir que recogió a su célebre pasajero en la estación de tren de Bow aproximadamente a las cuatro y media de la mañana. Añadió que el arresto era un insulto deliberado a la democracia, y se ofreció para hacer una declaración jurada, sin especificar muy bien para qué. Pero Scotland Yard no mostró el menor interés en ella, y el cochero número 2.138 volvió a sumirse en el anonimato del oficio.

Mortlake, cuyo pálido rostro enmarcaba una melena negra peinada hacia atrás desde la delicada frente, declaró en voz baja y amable. Le habían presentado al fallecido hacía más de un año y después coincidieron frecuentemente debido a sus compromisos políticos y sociales. Siguiendo su encargo, le había encontrado alojamiento en Glover Street cuando Constant decidió dejar Oxford House, en Bethnal Green, para compartir la auténtica vida del pueblo. El lugar le pareció apropiado a Tom, dada su ubicación cercana al Palacio del Pueblo. Respetaba y admiraba al difunto, cuya bondad genuina se había ganado todos los corazones. Era un trabajador infatigable, nunca se quejaba, siempre estaba de buen humor y consideraba su vida y su fortuna como dones sagrados que debía usar en beneficio de la humanidad.

Le había visto por última vez a las nueve menos cuarto de la noche del día anterior a su muerte. El difunto había presenciado la inquietud de Mortlake al recibir una carta de un amigo en el último correo.

Constant padecía de un evidente dolor de muelas y se estaba colocando un pedazo de algodón en su diente de porcelana, pero sin quejarse lo más mínimo. Parecía bastante contrariado por las noticias que le dio Mortlake, y hablaron del asunto con cierta excitación.

Comenzó el interrogatorio.

—¿Afectaban las noticias al fallecido?

—No personalmente, pero siempre era compasivo cuando uno estaba en apuros.

—¿Podría mostrarle al jurado la carta que recibió?

—La he traspapelado, no podría decir dónde ha ido a parar. Si usted, señor, considera que puede ser relevante o esencial, diré en qué consistía el problema.

—¿El dolor de muelas era muy violento?

—No puedo decirlo. Creo que no, aunque me dijo que le había impedido descansar la noche anterior.

—¿A qué hora le dejó?

—Hacia las diez menos veinte.

—¿Y qué hizo entonces?

—Salí durante una hora, aproximadamente, para hacer algunas averiguaciones. Luego volví y le dije a mi patrona que a la mañana siguiente saldría muy temprano hacia el interior.

—¿Fue esa la última vez que le vio?

—La última.

—¿Cómo estaba cuando le dejó?

—Bastante preocupado por mi problema.

—Por lo demás, ¿no detectó nada anormal en él?

—Nada.

—¿A qué hora salió de su casa el martes por la mañana?

—Hacia las cuatro y veinte.

—¿Está seguro de haber cerrado bien la puerta?

—Totalmente. Dado que mi casera es más bien asustadiza, incluso eché el cerrojo grande, que no solemos usar. Es imposible que alguien haya entrado, incluso con una llave.

La declaración de la señora Drabdump (que, por supuesto, precedió a la de Mortlake) fue más importante y ocupó un tiempo considerable, alargado indebidamente por la típica charlatanería drabdumpiana. No solo confirmó que el señor Constant estaba aquejado de dolor de muelas; también declaró, con tragicómica indiferencia hacia la letal curación, que este le podría haber durado más de una semana. Su relato de las últimas horas del fallecido coincidía con el de Mortlake salvo en que, según su opinión, este y Constant habían discutido acerca de la carta que llegó en el correo de las nueve. El difunto dejó la casa justo después de Mortlake, pero volvió antes y se retiró a su dormitorio. De hecho, ella no le había visto entrar, ya que se encontraba en la cocina, pero escuchó sus llaves y sus pasos ligeros en las escaleras.

Un miembro del jurado preguntó:

—¿Cómo sabe que no se trataba de otra persona? (*Conmoción entre los asistentes, de la que el jurado finge no percatarse)*.

—Me llamó desde la barandilla y me indicó, con su tono más amable: «Asegúrese de despertarme a las siete menos cuarto, de lo contrario no llegaré a tiempo a la reunión con los tranviarios».

El jurado se dejó caer en su asiento.

El juez de instrucción continuó:

—¿Y le despertó usted?

—Oh, señor, ¿cómo puede hacerme esa pregunta?

—Vamos, vamos, tranquilícese. Quería decir: ¿Trató usted de despertarle?

—Hace diecisiete años que acojo a huéspedes, señor, y todos han quedado satisfechos; de lo contrario el señor Mortlake nunca me habría recomendado, aunque, pensándolo bien, ojalá el pobre hombre nunca...

—Claro, claro, por supuesto. ¿Trató entonces de despertarle?

Pasó algún tiempo antes de que la señora Drabdump se tranquilizara lo suficiente como para explicar que, a pesar de que se le habían pegado las sábanas y aunque el resultado hubiera sido el mismo, había subido a tiempo. Poco a poco, le fueron arrancando la trágica historia, que ni siquiera su narración podía convertir en vulgar.

Con abundancia de detalles superfluos contó cómo, cuando el señor Grodman derribó la puerta, vio a su infeliz huésped tendido en la cama boca arriba, bien muerto, con una herida roja abierta en la garganta; cómo su decidido compañero consiguió calmarla un tanto tras extender un pañuelo sobre el rostro crispado; cómo buscaron en vano cualquier instrumento que hubiera podido utilizarse en el crimen, con el veterano detective realizando un rápido pero cuidadoso inventario de los enseres del cuarto y tomando notas de la posición y el estado exactos del cuerpo, antes de que la escena fuera contaminada por la llegada de mirones o chapuceros; cómo ella le señaló que las dos ventanas estaban cerradas a cal y canto como protección contra el frío nocturno; cómo, tras tomar él nota de este dato, sacudiendo la cabeza con pesar y desconcierto, había abierto la ventana para llamar a la Policía, y cómo divisó entre la niebla a Denzil Cantercot, a quien pidió que corriera a la comisaría más cercana y avisara a un inspector y a un médico; y cómo ambos se quedaron en la habitación hasta que llegó la Policía, Grodman aprovechando el tiempo y tomando notas cada vez que se le ocurría algo, y haciéndole preguntas sobre aquel joven endeble.

Cuando preguntaron a la señora Drabdump por qué se refería al difunto como «endeble», contestó que algunos de sus vecinos le escribían implorando dinero, aunque, bien sabía el Cielo, tenían más medios que ella misma, que tenía que apurar hasta el último penique que ganaba. Apremiada por el señor Talbot, que asistía como representante de la familia de Arthur Constant, la señora Drabdump admitió que el difunto siempre se había comportado como un ser humano, y que no había nada excéntrico o extraño en su conducta. Siempre fue alegre y amable aunque, sin duda, algo blando,

¡descanse en paz! No, no se afeitaba, conservaba todo el pelo que Dios le había dado.

La señora Drabdump creía que el difunto tenía el hábito de cerrar la puerta por dentro cuando se marchaba a la cama. Por supuesto, no podría decirlo a ciencia cierta. *(Risas).* No hacía falta que además echara el cerrojo. Este se deslizaba hacia arriba y se encontraba en la parte superior de la puerta. Cuando comenzó a alquilar habitaciones —por motivos que parecía ansiosa por divulgar—, solo había un cerrojo, pero un huésped suspicaz —no podía calificarle de caballero— se quejó de que no podía atrancar la puerta por dentro, de modo que tuvo que rascarse los bolsillos e instalar un cerrojo. El huésped quisquilloso desapareció bien pronto y sin pagar el alquiler. *(Risas).* Siempre estuvo segura de que así lo haría.

—¿Parecía nervioso el fallecido?

—No, era un caballero muy agradable. *(Risas).*

—Quiero decir, ¿cree que temía que le robaran?

—No, en absoluto, iba a todas las manifestaciones. *(Risas).* Le dije que tuviera cuidado. A mí me quitaron un bolso con tres chelines y dos peniques el día del jubileo.

La señora retornó a su asiento, sollozando vagamente.

El juez de instrucción concluyó:

—Caballeros, pronto tendremos ocasión de visitar la escena del crimen.

La historia del descubrimiento del cuerpo volvió a ser relatada, aunque de modo más científico, por el señor George Grodman, cuya reaparición inesperada en el campo donde había realizado sus gestas suscitó una expectación del tipo «única función» propia de una prima donna. Su libro *Criminales que he detenido* pasó de la edición número 23 a la 24, siguiendo la estela de esta aparición.

El señor Grodman declaró que el cuerpo seguía caliente cuando lo encontraron. Pensaba que la muerte era reciente. La puerta que derribó estaba cerrada y atrancada. Confirmó la declaración de la

señora Drabdump en lo referente a las ventanas, y añadió que la chimenea era muy estrecha. El corte parecía hecho por una cuchilla. No había ningún instrumento en la habitación. Conocía al difunto desde hacía un mes. Parecía un joven formal e ingenuo, que hablaba sin cesar sobre la hermandad entre los hombres. La voz del endurecido persecutor de criminales tembló al mencionar el entusiasmo del fallecido. Nunca habría pensado que fuera capaz de suicidarse.

A continuación, compareció Denzil Cantercot. Era poeta. (*Risas).* Se hallaba de camino a casa del señor Grodman, para decirle que no había podido cumplir su encargo porque estaba sufriendo «calambres de escritor», cuando este le llamó desde la ventana del número 11 y le pidió que fuera a buscar a la Policía. No, no corrió, era un filósofo. (*Risas).* Les acompañó hasta la puerta, pero no subió. No tenía suficiente estómago para emociones fuertes. *(Risas).* La niebla gris ya era un acontecimiento lo bastante desagradable para una sola mañana. *(Risas).*

Intervino el inspector Howlett:

—A las nueve y cuarenta y cinco de la mañana del martes 4 de diciembre, cumpliendo órdenes, acudí junto con el sargento Runnymede y el doctor Robinson al número 11 de Glover Street, en el distrito de Bow, donde encontramos el cadáver de un hombre joven, acostado de espaldas y degollado. La puerta de la habitación había sido abierta por la fuerza y el pestillo y la cerradura mostraban señales de haber sido forzados. El cuarto estaba en orden. No había rastro de sangre en el suelo. Sobre el tocador, junto a un libro voluminoso, había un monedero lleno de piezas de oro. Al lado de la cama, un polibán lleno de agua fría y sobre él, en la pared, una estantería. También había un armario grande junto a la puerta. La chimenea era muy estrecha. Había dos ventanas, una cerrada, a una altura de unos 18 pies del suelo. No había manera de subir. Nadie podría haber salido de la habitación dejando puesto el cerrojo de la puerta y de las ventanas. Se registró toda la habitación, donde, en cualquier caso, era imposible que alguien pudiera haberse escondido.

A pesar del registro minucioso, tampoco se encontró ningún instrumento en la habitación, ni siquiera una simple navaja en los bolsillos del traje del difunto, que colgaba de una silla. La casa y el patio trasero, así como su perímetro, también fueron registrados a fondo.

El sargento Runnymede hizo una declaración idéntica, salvo porque él había acudido a la casa con el doctor Robinson y el inspector Howlett.

El doctor Robinson dijo:

—El fallecido yacía de espaldas, con la garganta cortada. El cuerpo aún no estaba frío, la región abdominal permanecía tibia. El rigor mortis aparecía en la mandíbula inferior, el cuello y las extremidades superiores. Los músculos se habían contraído con el corte. Deduje que había fallecido no antes de dos o tres horas, probablemente incluso menos. La ropa de cama seguramente habría mantenido caliente la parte inferior de su cuerpo durante algún tiempo. La herida, muy profunda, medía cerca de catorce centímetros de longitud desde la parte derecha de la garganta hasta justo debajo de la oreja izquierda. La parte superior de la tráquea estaba seccionada, lo mismo que la yugular. Había un ligero corte, como una continuación de la herida, en el dedo pulgar de la mano izquierda del muerto. Sus manos estaban entrelazadas bajo la cabeza. No había sangre en la mano derecha. La herida no podía haber sido autoinfligida. Habían usado un instrumento afilado, como una cuchilla. Puede que el corte fuera realizado por un zurdo. Sin duda, la muerte se había producido de modo casi instantáneo. No encontré señales de pelea en el cuerpo ni en la habitación. Vi un monedero en la cómoda, junto al libro de madame Blavatsky sobre Teosofía. El sargento Runnymede dirigió mi atención hacia el hecho de que la puerta había sido cerrada desde dentro. No digo que los cortes no pudieran haber sido hechos por una persona diestra. No se me ocurre cómo el asesino pudo entrar o salir. Es del todo improbable que la herida fuera autoinfligida. No había rastro de la niebla exterior dentro del cuarto.

El agente Williams añadió que estaba de servicio a primera hora de la mañana del día 4 del corriente. Glover Street caía dentro de su ronda. No vio ni escuchó nada sospechoso. La niebla no era muy densa, aunque se agarraba a la garganta. Había pasado por Glover Street aproximadamente a las cuatro y media. No vio al señor Mortlake ni a ninguna otra persona salir de la casa.

La vista quedó aplazada en este punto, y el juez de instrucción y el jurado se dirigieron al 11 de Glover Street para visitar la casa y la habitación del difunto. Los periódicos de la tarde anunciaron: «El misterio de Bow se complica».

Nota 1
Antigua prisión londinense. (Todas las notas son de la traductora).

Volver

III

Antes de que se reanudara la investigación, los infelices vagabundos que aún se encontraban bajo custodia ya habían sido puestos en libertad, bajo sospecha de ser inocentes. Ni uno solo llegó a carearse con un magistrado. En circunstancias similares, la Policía solía recolectar pistas como arándanos de un arbusto; pero esta vez los indicios eran escasos y poco maduros. Surgían otros frutos de menor calidad, pero ni uno solo era aprovechable. La autoridad ni siquiera se veía capaz de amañar una pista.

La muerte de Arthur Constant era el tema de conversación en todos los hogares, vagones de ferrocarril y tabernas. El idealista fallecido constituía un nexo común entre varias esferas públicas. El East End estaba tan conmocionado como el West End; lo mismo sucedía con las ligas democráticas, las iglesias, los antros y las universidades. ¡Qué horror de caso! ¡Y qué impenetrable misterio!

Las declaraciones prestadas en las últimas sesiones fueron forzosamente menos sensacionalistas. Ya no había testigos que acercaran el olor de la sangre a la mesa del forense; los que quedaban eran meros amigos y parientes del difunto, quienes aportaban información de cómo había sido este en vida.

Sus padres habían muerto —quizás por suerte para ellos—, sus parientes no le frecuentaban y sabían de él tanto como cualquier otro. Nadie es profeta en su tierra, e incluso si uno emigra, hace mejor en dejar a la familia en casa. Sus allegados formaban una pandilla heterogénea, ya que las amistades de un amigo común raramente se frecuentan entre sí. Sin embargo, su mezcolanza

resaltaba aún más la congruencia de la historia que compartían. Era la historia de un hombre que jamás se había granjeado un enemigo, ni siquiera entre las personas a las que había hecho favores; y que no había perdido un amigo, ni siquiera entre aquellos cuyos favores había rechazado; un hombre cuyo corazón rebosaba paz y bondad hacia los demás; un hombre para quien la Navidad llegaba no en una ocasión, sino trescientas sesenta y cinco veces al año; la historia de un intelecto brillante, que quería para el género humano lo mismo que para sí mismo, un trabajador de la viña de la Humanidad que no se quejaba si las uvas sabían agrias; un hombre naturalmente alegre y valiente que vivía en ese tipo de olvido de uno mismo que es el mejor antídoto contra la desesperación.

Y, sin embargo, no faltó una nota de angustia para quebrar la armonía y convertirlo en un ser de carne y hueso.

Richard Elton, compañero de la infancia y vicario de Somerton, en Midlandshire, entregó al forense una carta enviada por el difunto diez días antes de su muerte, con algunos pasajes que el forense leyó en voz alta:

«¿Sabes algo de Schopenhauer? Quiero decir, ¿algo más allá de los conceptos erróneos habituales? Últimamente me he estado familiarizando con él. Es un pesimista dicharachero; su ensayo *La miseria del género humano* es una lectura bastante animada, en realidad. Al principio, su asimilación de cristianismo y pesimismo (en su ensayo *Sobre el suicidio)* me sorprendió por su audacia paradójica. Pero luego descubrí la verdad que contenía. En realidad, la Creación entera gime y sufre, el hombre es un monstruo degradado y el pecado lo invade todo. Ay, amigo mío, he perdido muchas de mis ilusiones desde que llegué a esta colmena agitada por la miseria y la maldad. ¿Qué importa la vida de un hombre, o la de un millón, frente a la vulgaridad, la corrupción y la inmundicia de la civilización? A veces me siento como una insignificante vela en el santuario de Iblís. ¡El egoísmo es tan largo y la vida tan corta! Y lo peor es que todo el mundo está bestialmente satisfecho. Los pobres no desean más comodidades que los ricos cultura. La mujer para

quien la tasa escolar de un penique representa una buena parte de sus ingresos está conforme con la idea de que siempre habrá ricos y pobres. Los verdaderos conservadores son los pobres del hospicio.

Los obreros radicales están celosos de sus dirigentes, y estos se envidian entre sí. Schopenhauer debería haber organizado un partido obrero en su época. Y, sin embargo, uno no puede evitar pensar que se suicidó como filósofo al no suicidarse como persona. Afirmaba su afinidad con Buda, aunque el esoterismo budista está muy lejos de *La voluntad y la representación.* ¡Qué maravillosa mujer debe de ser madame Blavatsky! No puedo decir que conecte con ella, ya que está en las nubes la mayor parte del tiempo y aún no he desarrollado un cuerpo astral. ¿Puedo enviarte su libro? Es fascinante.

Me estoy convirtiendo en un orador bastante fluido. Uno le coge el tranquillo en seguida. Lo malo es que te acabas sorprendiendo a ti mismo buscando el aplauso en lugar de ceñirte al plan inicial. Lucy sigue visitando museos en Italia. Antes me dolía pensar en la felicidad de mi amada cuando me encontraba con alguna de esas obreras de pecho hundido por el cansancio. Ahora siento que la felicidad de Lucy es tan importante como la de esas trabajadoras.

Lucy, explicó el testigo, era Lucy Brent, la prometida del difunto. Habían telegrafiado a la pobre muchacha, que ya estaba de regreso a Inglaterra. El testigo declaró que aquel arrebato de desesperación era un hecho aislado; sus cartas solían ser alegres, optimistas y esperanzadas. Incluso esa misma misiva terminaba con un comentario ligero sobre los numerosos planes del remitente para el próximo año. Sí, el fallecido era un buen feligrés.

El forense preguntó:

—¿Había algún problema en su vida privada que explicara su desesperación temporal?

—No que yo sepa. Su situación financiera era excepcionalmente favorable.

—¿No sabía de ningún problema con la señorita Brent?

—Puedo afirmar que nunca se había interpuesto entre ellos ninguna diferencia grave.

—¿Era zurdo el difunto?

—Por supuesto que no. Ni siquiera ambidiestro.

Un jurado intervino:

—¿No es ese *Shoppinhour* uno de los escritores catalogados como infieles por el índice de la Freethought Publication Society?

—No tengo ni idea de quién publica sus libros.

El jurado, un tendero escocés grande, huesudo, orgulloso de responder al nombre de Sandy Sanderson y de la dignidad de su cargo como diácono y miembro de la Asociación Conservadora de Bow, continuó:

—Aclaremos eso, señor. ¿No es un laico que ha dado conferencias en el Salón de la Ciencia?

—No, es un escritor extranjero —todo el mundo oyó cómo el señor Sanderson daba gracias a Dios por este dato— que cree que la vida no merece la pena vivirse.

—¿No se sorprendió de que su amigo leyera ese tipo de literatura impura?

—El fallecido leía de todo. Schopenhauer es el creador de todo un sistema filosófico, y no de lo que usted se imagina. ¿Quizás desee usted inspeccionar el libro? *(Risas).*

—No lo tocaría ni con un palo. Esos libros deberían quemarse. Y ese otro de madame Blavatsky, ¿de qué trata?, ¿es también filosofía?

—No, es Teosofía. *(Risas).*

El señor Allen Smith, secretario del sindicato de tranviarios, confirmó que había tenido una entrevista con el difunto el día anterior a su muerte. En ella, le comentó que albergaba esperanzas en el futuro del movimiento y le hizo entrega de un cheque para el sindicato por valor de diez guineas. El difunto le había prometido que participaría en un mitin convocado a las siete y cuarto de la mañana del día siguiente.

El señor Edward Wimp, del Departamento de Scotland Yard, declaró que las cartas y documentos del muerto no arrojaban luz sobre las circunstancias de su muerte y que, por lo tanto, podían entregarse a su familia. El Departamento aún no había formulado ninguna teoría definitiva.

El forense procedió a resumir los testimonios:

—Nos enfrentamos, caballeros, a un caso sumamente incomprensible y misterioso, cuyos detalles son, sin embargo, asombrosamente simples. La mañana del martes, día 4 del mes corriente, la señora Drabdump, un ama de casa decente y laboriosa que regenta una pensión en el número 11 de Glover Street, no pudo despertar a su inquilino, que vivía en la planta superior del edificio. Asustada, acudió en busca del señor George Grodman, un caballero conocido por todos nosotros gracias a su reputación y de cuya meticulosidad científica nadie duda. Fue él quien derribó la puerta del dormitorio. Encontraron al señor Constant tumbado en la cama con una profunda herida en la garganta. Acababa de morir. No había rastro de ningún instrumento que pudiera haber provocado la muerte, ni de ninguna persona que pudiera haber realizado el corte. Aparentemente nadie había entrado o salido de la habitación. El estudio forense demuestra que el difunto no podía haberse autoinfligido la herida. Y sin embargo, caballeros, atendiendo a la naturaleza de las cosas, solo hay dos posibles explicaciones de su muerte. O la herida fue autoinfligida o alguien se la causó. Debemos analizar ambas posibilidades por separado.

»En primer lugar, ¿se suicidó el difunto? Según la evidencia médica, el muerto yacía con las manos entrelazadas bajo la cabeza. El corte en la garganta se había realizado de derecha a izquierda, y acababa con un ligero corte en el pulgar izquierdo del fallecido. Si él mismo hubiera realizado el corte lo habría tenido que hacer con su mano derecha, mientras la izquierda seguía bajo su nuca, una posición de lo más peculiar y poco natural. Es más, al cortar con la diestra, lo normal es mover la mano de izquierda a derecha. No es probable que el muerto hubiera movido su mano derecha de un modo

tan extraño y contra natura, a menos que, por supuesto, su objetivo fuera crear confusión.

»Otra clave de esta hipótesis es que el difunto tendría que haber colocado su mano de nuevo bajo la nuca. Pero el doctor Robinson cree que la muerte fue instantánea. En ese caso, el fallecido no habría tenido tiempo de adoptar una pose tan estudiada. Es posible que el corte se hiciera con la mano izquierda, pero el muerto era diestro. La ausencia de indicios del arma homicida corrobora la evidencia médica. La Policía buscó exhaustivamente en todos los lugares donde pudiera haberse escondido una cuchilla o cualquier otro tipo de arma o instrumento, incluyendo la ropa de cama, bajo el colchón, en la almohada y en la calle, donde podría haber sido arrojada. Pero todas las teorías que incluyen el ocultamiento voluntario del instrumento homicida tienen que enfrentarse a la probabilidad, si no a la seguridad, de que la muerte fuera instantánea, así como al hecho de que no hubiera sangre en el suelo.

»Por último, la herramienta usada fue, con toda probabilidad, una cuchilla, pero el difunto no se afeitaba y nunca había poseído semejante objeto. Por tanto, si debemos ceñirnos a las pruebas médicas y policiales, creo que no dudaríamos en descartar la teoría del suicidio.

»Sin embargo, olvidemos por un momento el aspecto físico del caso y reflexionemos, libres de prejuicios, acerca de su faceta mental. ¿Había alguna razón por la que el difunto pudiera desear quitarse la vida? Era joven, rico y popular, amaba y era amado; la vida se desplegaba ante él. Vivir con sencillez, pensar con nobleza y obrar decentemente eran las tres estrellas que guiaban su conducta. Si hubiera sido ambicioso, podría haber desempeñado una ilustre carrera profesional. Era un orador destacado, un hombre inteligente y trabajador. Tenía una gran visión de futuro, siempre en busca de nuevos medios para servir a sus congéneres. Su bolsillo y su tiempo estaban a disposición de quienquiera que los reclamara con justicia. Si un hombre así quería quitarse la vida, el estudio de la naturaleza humana estaría en un punto muerto.

»Sin embargo, también se nos han mostrado algunas sombras en su personalidad. El difunto tenía momentos de desaliento, ¿y quién no? Pero eran breves y pasajeros. De todos modos, parecía animado el día antes de su muerte. Sufría, sí, de dolor de muelas. Pero ni este parecía demasiado fuerte ni él se quejaba demasiado. Posiblemente, por supuesto, el dolor se agudizó durante la noche. No debemos olvidar que el exceso de trabajo podría haberle agotado o conducido a un estado nervioso. Trabajaba duro, bastante más que el líder laborista típico. Nunca se levantaba después de las siete y media. Enseñaba, escribía, hablaba y organizaba. Todos los testigos confirman que anhelaba reunirse con los tranviarios aquella mañana del día 4. Apoyaba la causa de todo corazón. ¿Es probable que hubiera elegido esa noche para desaparecer del escenario en el que podía ser útil a los demás? Y, si lo hubiera hecho, ¿es probable que no dejara una carta, una nota, o redactado su testamento? El señor Wimp no ha encontrado nada entre sus documentos. ¿Y es acaso probable que escondiera el arma con que lo hizo? El único indicio al respecto es el cerrojo echado en la puerta, pero tampoco podemos fiarnos demasiado de eso.

«Considerando solo los aspectos mentales, la balanza se inclina claramente en contra de la hipótesis del suicidio; si además consideramos los aspectos físicos, el suicidio es imposible. Si sumamos ambos, aunque sin precisión matemática, el dictamen sobre el suicidio debe descartarse. La respuesta, por tanto, a nuestra primera pregunta «¿se suicidó el difunto?» es que no lo hizo.

El juez de instrucción hizo una pausa y los presentes suspiraron profundamente. Habían seguido admirados la lúcida exposición. Si hubiera terminado ahí, el jurado habría emitido sin vacilar el veredicto de «asesinato». Pero el juez bebió un trago de agua y continuó:

—Llegamos a la segunda alternativa: ¿fue el difunto la víctima de un homicidio? Para contestar a esta pregunta de modo afirmativo es fundamental que podamos concebir el modus operandi. Está muy bien que el doctor Robinson diga que el corte fue realizado por otra mano, pero en ausencia de una teoría que explique cómo puede

haberse hecho de ese modo, deberíamos volver a la explicación del con te autoinfligido, por improbable que les parezca a los señores médicos. De nuevo, ¿cuáles son los hechos? A su llegada, la señora Drabdump y el señor Grodman encontraron el cuerpo aún templado, y el señor Grodman (afortunadamente, un testigo cualificado por su experiencia) declara que la muerte era reciente. Esto concuerda con el punto de vista del doctor Robinson, quien, al examinar el cadáver una hora después, situó el deceso entre dos y tres horas antes; digamos, a las siete en punto. La señora Drabdump había intentado despertar al difunto a las siete menos cuarto, por lo que el fallecimiento debió de producirse con anterioridad. Por lo que comenta el doctor Robinson, es imposible fijar la hora de la muerte con absoluta precisión, de modo que puede haber tenido lugar algunas horas antes del primer intento de la señora Drabdump de despertarle. Por supuesto, también puede haber sucedido entre la primera y la segunda llamada, si al principio se encontraba dormido, como parecen demostrar los datos empíricos. Sin embargo, creo que nos equivocamos menos si asumimos que la muerte tuvo lugar hacia las seis y media. Visualicémonos en el número 11 de Glover Street a las seis y media de la mañana.

»Hemos visto la casa, sabemos exactamente cómo está construida. En la planta baja hay una habitación alquilada por el señor Mortlake, con dos ventanas que dan a la calle, ambas bien cerradas; hay también una habitación trasera, que ocupa la dueña de la casa, y una cocina. La señora Drabdump no dejó su cuarto hasta las seis y media, por lo que tenemos la seguridad de que las puertas y las ventanas seguían cerradas; en esta estación del año podemos garantizar que ninguna había permanecido abierta por descuido. La puerta principal, por donde había salido el señor Mortlake antes de las cuatro y media, permanecía con la llave y el cerrojo echados. En la planta superior hay dos habitaciones: la principal, usada por el difunto como dormitorio, y la trasera, que utilizaba como sala de estar. La puerta de la habitación trasera no estaba cerrada, pero la ventana sí. La puerta del dormitorio estaba cerrada con llave y

también con cerrojo. Hemos visto la madera astillada y las bisagras desencajadas violentamente del marco de madera. Las ventanas estaban cerradas, con los pestillos firmemente echados. La chimenea es demasiado estrecha para permitir incluso el paso de un niño. El cuarto, en realidad, podría resistir un asedio. No se comunica con ninguna otra parte de la casa. Está aislado como un fuerte en medio del mar o como una cabaña perdida en el bosque. Incluso si hubiera alguien en la casa, digamos, en la mismísima sala de estar del difunto, no podría entrar en el dormitorio.

»La estructura de la vivienda es la de una casa para familias de clase baja, diseñada para incomunicar las habitaciones entre sí de modo que en cada una pueda habitar una familia distinta. Sin embargo, concedamos que alguien consiguió entrar milagrosamente en el dormitorio de la primera planta, a dieciocho pies del suelo. A las seis y media de la mañana, aproximadamente, corta la garganta del inquilino durmiente. ¿Cómo podría escapar después sin que se diera cuenta la casera, recién levantada? Concedamos también que lo consiguiera. ¿Cómo podría escapar y dejar las puertas y las ventanas bien cerradas? Es un milagro de tal magnitud que supera el límite de mi credulidad. La habitación llevaba cerrada toda la noche, pues no había ni rastro de niebla en ella. Nadie podía entrar ni salir. Por último, los asesinatos no se producen sin motivo. El robo y la venganza son dos móviles concebibles, y el difunto no tenía un solo enemigo; su dinero y sus pertenencias quedaron intactos. Todo estaba en orden. No había signos de violencia. Por tanto, la respuesta a la segunda pregunta «¿fue el difunto asesinado?» es que no lo fue.

«Señores, soy consciente de que esto suena imposible y contradictorio. Pero son los hechos los que se contradicen entre sí. Parece claro que el difunto no se suicidó. Parece igualmente claro que no fue asesinado. Caballeros, el único veredicto posible es declararnos incapaces de fundamentar cualquier teoría sobre el modo en que el difunto encontró la muerte. Es el misterio más inexplicable de toda mi carrera. (*Conmoción en la sala*).

El juez, tras un intercambio de palabras con el señor Sandy Sanderson, concluyó:

—No hemos llegado a un acuerdo. Uno de los jurados insiste en un veredicto de «muerte provocada por un acto de intervención divina».

IV

El ardiente interés de Sandy Sanderson por solucionar el caso se fue apagando en vista de la oposición del resto, así que terminó agachando la cabeza ante el inevitable «veredicto abierto». Después, se abrió el cielo en una tormenta de tinta y diluvió durante nueve días sobre el sordo ataúd donde el pobre idealista se convertía en polvo. A la prensa se le soltó la lengua y los columnistas de renombre se deleitaron en la recopilación de las circunstancias que rodeaban a «El gran misterio de Bow»; pero, excepto por unos pocos adjetivos, apenas aportaron nada a la solución del caso. Los periódicos se vieron desbordados de cartas —una especie de veranillo de san Martín en mitad de la temporada de vacas flacas— que los editores no podían ni querían dejar de lado. El misterio era un tema de conversación recurrente en todas partes; se debatía con ciencia y con estupidez, con puntos y con comas. Amanecía con los bollos del desayuno y desaparecía con las migajas de la cena.

El número 11 de Glover Street se convirtió durante varios días en un santuario de peregrinación. La que fuera una callecita tranquila vibraba ahora día y noche. La gente llegaba de todos los rincones de la ciudad para mirar por la ventana del dormitorio y hacer conjeturas entre gestos bobalicones de horror. A menudo cortaban la calzada durante horas, y los vendedores ambulantes la convirtieron en un nuevo centro de comercio. Los trovadores callejeros cantaban la pegadiza balada del suceso, aun sin tener ni idea del asunto. Lástima que el gobierno no hubiera instalado un puesto de peaje en cada uno de los extremos de esa calle —aunque los miembros del Tesoro

raramente aprovechan las ocasiones más propicias para amortizar la deuda nacional—.

Al final, la familiaridad desembocó en desdén y proliferaron los chistes a costa del misterio. Hasta en los periódicos de humor aparecieron viñetas sobre el caso. Así, al refrán «oveja que bala...» alguno añadía «es porque comenta el misterio». No se divulgó el nombre del caballero que preguntó si el crimen de Bow se había cometido con una flecha. No le faltaba razón a un comentarista del *Dagonet's,* quien escribió que, si él hubiera sido uno de los miembros del jurado, quizás se habría visto empujado al suicidio. Un profesional de la paradoja señaló triunfalmente que el caso recordaba al del crimen de la calle Morgue, y añadió que la Naturaleza, como buen mono que era, se había vuelto a plagiar a sí misma, por lo que recomendaba a los editores del señor Edgar Allan Poe que interpusieran una demanda. La solución del caso según Poe fue sugerida muy en serio por alguien que firmaba como *Lector Constante* y que la reclamaba como idea propia. Razonaba que el monito de un organillero podía haberse colado por la chimenea con la cuchilla de su amo y, tras intentar afeitar al difunto, haberse vuelto a marchar por donde había venido. Esta idea causó sensación, hasta que un lector con una buena ristra de iniciales tras su nombre de pila constató que un mono así de pequeño no podía haber infligido una herida tan profunda. Un tercer comentarista lo desmintió, iniciando una polémica tan apasionada sobre la fuerza muscular de los monos que, de repente, parecía que la culpabilidad del simio se daba por sentada. Alguien que firmaba con el seudónimo *Sentido Común* pinchó esta burbuja. Lacónicamente, subrayaba que no había rastros de hollín o sangre ni en el suelo, ni en el pijama, ni en la colcha.

También se esperaba con expectación el editorial del *Lancet* sobre el misterio, que finalmente destacó: «No podemos unirnos al coro que alaba al forense. El caso vuelve a poner de manifiesto los males que acarrea contar con forenses que no son médicos. Parece que este ha tenido en cuenta la evidencia médica, pero no lo suficiente. Debería haber dirigido al jurado hacia un veredicto de

asesinato. ¿Qué le importa a él que no se sepa el modo en que alguien pudo infligir la herida? Eso es cosa de la Policía. Como si no fuera imposible que el desdichado se causara semejante herida, además debía haber tenido la fuerza y la voluntad para ocultar el instrumento y borrar cualquier indicio de que había dejado la cama para hacerlo».

Sería imposible enumerar todas las teorías propuestas por los aprendices de detective. Mientras, Scotland Yard mantenía la boca cerrada. Al final, el interés por el asunto quedó confinado a unos pocos periódicos a los que llegaban las cartas más ingeniosas. Los que no las recibían abandonaron la publicación de la correspondencia para tachar de sensacionalistas a los que continuaban con ella. Entre las opiniones más fantásticas no escaseaban algunas notables, que fallaban brillantemente, como cohetes dirigidos hacia las estrellas. Una enunciaba que, en medio de la neblina, el asesino había alcanzado la ventana gracias a una escalera. Había cortado con un diamante un panel de la ventana, por el que había entrado. Al marcharse, había arreglado el cristal (o había colocado otro similar que traía consigo), de modo que las cerraduras y los cerrojos permanecieran intactos. Cuando alguien indicó que los paneles eran muy pequeños, un tercer lector contestó que eso no importaba, solo hacía falta meter una mano para abrir el pestillo de la ventana y realizar el procedimiento inverso al salir. Este bonito edificio de cristal fue a su vez desmontado por un cristalero, que escribió para añadir que un panel difícilmente podía arreglarse solo desde un lado de la ventana sin que se cayera al tocarlo, y que, en cualquier caso, la evidencia del arreglo reciente no habría escapado a la investigación policial.

A estas cartas les siguieron otras muchas en las que se describía el posible montaje y desmontaje de paneles y puertas, y donde se descubrían más accesos camuflados y pasajes secretos en el 11 de Glover Street que en un castillo medieval. Otra inteligente teoría desarrollaba un escenario en el que el asesino permanecía en la habitación todo el tiempo (escondido en el armario durante la visita

policial). En otra, el asesino se ocultaba tras la puerta cuando el señor Grodman irrumpió en la habitación, pasaba desapercibido durante la conmoción del hallazgo del cuerpo y escapaba tranquilamente con su arma mientras Grodman y la señora Drabdump examinaban las cerraduras de la ventana.

Las averiguaciones científicas también fueron útiles para explicar cómo el asesino había podido cerrar la puerta tras de sí. Gracias a poderosos imanes, había corrido el pestillo desde fuera de la habitación. Asesinos armados con imanes gigantes invadieron el imaginario popular como si fueran un nuevo tipo de virus. Solo había un defecto en esta ingeniosa teoría: que no podía haber ocurrido. Un fisiólogo trajo a colación, en otra hipótesis, a los prestidigitadores que se tragaban espadas gracias a una peculiaridad anatómica en su garganta; del mismo modo, el difunto podía haberse tragado el arma tras cortarse el cuello. Eso ya sí que era demasiado para que el público lo digiriera. Y respecto a la idea de que el suicidio se había producido con una navaja de bolsillo, una cuchilla o un trozo de acero, que luego había sido enterrado en la herida, ni siquiera el verso de Shelley—«provoca tal herida que el cuchillo se pierde en ella»— la convertía en admisible. La misma recepción tuvo la hipótesis de que el corte lo había provocado un candelabro u otro objeto inofensivo convertido en estoque. Este tipo de teorías inspiró a un humorista, que elucubró que el difunto había ocultado la cuchilla en su diente de porcelana. Algún amigo de los señores Maskelyne y Cook Nota 2) sugirió que ellos eran las únicas personas capaces de haber realizado tal hazaña, ya que nadie más podía escapar de una habitación cerrada. Pero quizás el destello más brillante de estos fuegos de artificio fue la involuntariamente humorística carta que apareció en el *Pell Mell* bajo el título: «Resuelto el gran misterio de Bow».

«Señor director:

Recordará usted tal vez que, cuando los asesinatos de Whitechapel conmocionaban al mundo, yo sugerí que el forense

era el asesino. Mi sugerencia fue desestimada. El forense sigue en libertad, así como el asesino de Whitechapel. Quizás esta sugerente coincidencia incline a las autoridades a escucharme esta vez. El problema parece ser el siguiente: el muerto no puede haberse degollado a sí mismo ni haber sido degollado. Como ninguno de esos dos hechos puede haber ocurrido, ambos son, obviamente, tonterías; y como lo son, mi incredulidad está justificada. Dado que esta necedad fue puesta en circulación por la señora Drabdump y el señor Grodman, está justificado que no les crea. Resumiendo, ¿qué garantía tenemos de que toda la historia no sea más que un cuento chino, inventado por las dos personas que encontraron el cuerpo? ¿Qué prueba hay de que esas mismas personas no sean los ejecutores, y de que ellos mismos no rompieran la puerta, los candados y los cerrojos, y atrancaran las ventanas antes de llamar a la Policía?

Adjunto mi tarjeta y quedo a su disposición.

Atentamente,

Uno que mira con sus propias gafas.»

«(La opinión de nuestro lector no es tan audaz como él se cree. ¿Es que acaso no ha mirado a través de las gafas de aquellos que insisten en que el asesino de Whitechapel fue el policía que encontró el cuerpo? Siempre tiene que haber alguien que encuentre el cuerpo, salvo que no haya cuerpo que encontrar. Firmado: P. M. P., editor).»

El editor tenía razones para estar contento por haber insertado esa carta en el periódico ya que, poco después, recibió una respuesta del famoso detective Grodman en persona:

«Señor director:

No estoy de acuerdo con usted en que la teoría de su interlocutor carezca de originalidad. Al contrario, creo que lo es de una manera absolutamente deliciosa. De hecho, me ha dado una idea. No me propongo hacerla pública, pero si el remitente

me facilitara su nombre y dirección, estaría encantado de informarle un poco antes que al resto del mundo de si su semilla ha dado fruto. Presiento que puede ser un alma gemela, y aprovecho esta ocasión para mostrarme públicamente en desacuerdo con el tan insatisfactorio veredicto.

El caso constituye un asesinato manifiesto; un veredicto abierto tiende a relajar los esfuerzos de Scotland Yard. Espero no ser acusado de inmodestia o de manifestar mi interés personal cuando digo que el Departamento ha incurrido en varios errores. Ya nada es lo que era. El crimen se está convirtiendo en una impertinencia. Ya no sabe cuál es su lugar, por así decirlo. Nos provoca arrojándonos un guante, en lugar de huir a esconderse en las sombras. Repito: solo hago estas consideraciones en interés de la Ley y el Orden. No creo ni por un momento que Arthur Constant se suicidara y, si Scotland Yard se contenta con esta explicación y se da la vuelta para seguir durmiendo, uno de los más perturbadores y horribles crímenes del siglo quedará entonces impune. Mi amistad con la víctima era bastante reciente; sin embargo, traté y conocí lo suficiente a ese hombre para saber con certeza (y creo que he tratado y conocido a bastantes personas como para poder juzgar) que era esencialmente incapaz de cometer un acto de violencia, ya fuera contra sí mismo o contra otra persona. No haría daño ni a una mosca. Un individuo tan gentil carece de la energía necesaria para causarse ese mal. Era un hombre estimado sobremanera, y estoy orgulloso de poder decir que me contaba entre sus amigos. Ya no estoy en la época de la vida en la que uno gusta de asumir responsabilidades pero, señor, no descansaré hasta que el asesino sea descubierto. Estoy en contacto con los familiares de la víctima y me alegra afirmar que tienen plena confianza en mí para limpiar el nombre de su infeliz pariente de esta semiacusación de suicidio. Si alguien comparte mi desconfianza hacia las autoridades y puede aportar cualquier pista o sugerencia para la resolución del misterio, o si, en definitiva, el autor de la carta quiere comunicarse conmigo, estaré encantado de escucharle.

Si me preguntaran en qué sentido podrían aparecer nuevas pistas, diría que, en primer lugar, sería valioso cualquier indicio que ayudara a formarnos un cuadro completo de las muchas actividades que el difunto desarrollaba en el East End. De un modo u otro, formó parte de las vidas de muchas buenas personas; ¿es cierto que nunca se granjeó enemigos? Aun con las mejores intenciones un hombre puede herir u ofender, y su interferencia puede causar resentimiento e incluso provocar celos. Puede que un joven como el señor Constant no fuera tan perspicaz como bondadoso. Quizás metiera el dedo en alguna herida. Cuanto más sepamos acerca de sus últimos meses de vida, más sabremos sobre el modo en que murió. Agradeciendo de antemano la publicación de esta carta en su valioso diario, se despide atentamente,

George Grodman

46 Glover Street, Bow.

P. D.: Desde que escribí estas líneas he tenido, por cortesía de la señorita Brent, la posibilidad de acceder a una carta muy valiosa, probablemente la última escrita por el infeliz caballero. Está fechada el lunes, 3 de diciembre, víspera de su muerte, y dirigida a Florencia a nombre de la señorita Brent, quien, tras algún retraso, acaba de llegar a Londres, donde le esperaban tan tristes noticias. Es una carta impregnada de un espíritu alegre, que habla con detalle de sus planes. Por supuesto, algunos fragmentos no fueron escritos para leerse en público, pero no hará ningún daño transcribir un pasaje fundamental:

> “Pareces tener la idea de que el East End es una especie de Gólgota, y eso a pesar de que probablemente hayas sacado esa idea de libros etiquetados como «ficción». Lamb dice en alguna parte que hablamos de la Edad Media como Edad Oscura en un sentido literal, como una época desprovista de luz. Así, querida, algunas personas acomodadas piensan en el East End como en una mezcla de mugre, miseria

y muerte. Vaya con la aliteración. A cinco minutos a pie de mi casa se encuentran las casas más hermosas, provistas de jardines traseros y delanteros, y habitadas por las personas y los muebles más elegantes. A muchos de mis amigos de la universidad se les haría la boca agua si conocieran el salario de algunos dependientes de High Road.

La gente rica de por aquí puede que no sea tan moderna como la de Kensington o Bayswater, pero es igual de estúpida y materialista. No lo niego, Lucy, he tenido mis malos momentos y a veces me dan ganas de marcharme lejos, a las tierras soleadas de los lotófagos. Pero, en general, estoy demasiado ocupado hasta para esos sueños. Mis peores momentos son aquellos en los que dudo de si estoy haciendo algún bien. Habitualmente, mi conciencia y mi engreimiento me dicen que sí. Si no se puede hacer nada por las masas, queda al menos el consuelo de hacer algo por el individuo. Después de todo, ¿no bastará con ser una buena influencia para un par de almas? Hay personalidades extraordinarias por aquí, sobre todo entre las mujeres, capaces no solo de sacrificarse por los demás, sino de hacerlo de corazón. Haberlas conocido, haber estado al servicio de una o dos de ellas, ¿no es acaso recompensa suficiente?

No pude asistir a St. James Hall para escuchar la sinfonía de tu amigo en el concierto de Henschel. He estado leyendo el último libro de Madame Blavatsky y me estoy interesando bastante en el ocultismo. Por desgracia, solo tengo tiempo para leer en la cama, y creo que este libro no resulta tan soporífero como la mayoría de los de hoy en día. Es más, en lo que respecta a mantenerme despierto, creo que la Teosofía es tan buena como un dolor de muelas...”».

Y, a continuación, una tercera carta sobre el tema:

«Señor director:

Me pregunto si alguien además de mí se ha sentido impresionado por el increíble mal gusto de la carta del señor Grodman publicada en su último número. Que él, un antiguo servidor del Departamento, lo insulte y denigre en público solo puede explicarse caritativamente en el supuesto de que haya perdido la razón al llegar a la ancianidad. En vista de la carta, ¿está justificado que los familiares del difunto se dediquen a confiarle sus documentos privados? Es muy considerado por su parte vengar la muerte de alguien a quien tan afectada y ansiosamente califica de amigo, pero, pensándolo bien, ¿no sería mejor que hubieran titulado esa serie de cartas «Entorpeciendo el misterio de Bow»?

Adjunto mi tarjeta. Su obediente servidor,

Scotland Yard.»

George Grodman leyó la carta irritado y, arrugando el papel, murmuró con desprecio: «Edward Wimp».

Nota 2

Magos profesionales de gran éxito en la época. Entre sus trucos más famosos destacaba el de la levitación, en el que hacían flotar en el aire objetos y personas.

Volver

V

—Sí, pero ¿qué pasará con la Belleza? —preguntó Denzil Cantercot.

—¡Que ahorquen a la Belleza! —dijo Peter Crowl, como si se encontrara en el comité de la Academia—. Que me den la verdad.

Denzil no hizo nada por el estilo. Daba la casualidad de que no la llevaba encima. Estaba fumando un cigarrillo en la tienda de su casero e impregnando con un aroma de distinción la atmósfera cargada de olor a cuero rancio. Crowl remendaba un zapato y hablaba con su inquilino sin apartar la vista de su labor. Era un hombre pequeño, cabezón, cetrino, con una mirada triste y un delantal grasiento. Denzil llevaba un pesado abrigo de cuello de piel. Jamás se le había visto sin él durante el invierno pero allí, en privado, se lo quitó y se quedó en mangas de camisa.

Crowl era un pensador, o por tal se tomaba, lo que ya implica cierta originalidad de pensamiento. Su cabello iba raleando en la coronilla, como si su cerebro luchara por acercarse lo más posible a la esencia de las cosas. Se enorgullecía de no tener caprichos. Hay pocos hombres que no tengan alguna debilidad o pasatiempo; Crowl se sentía casi solitario en su superioridad. Era vegetariano, laico, abstemio, republicano y antitabaco. La carne era un capricho. Beber era un capricho. La religión era un capricho. La monarquía era un capricho. El tabaco era un capricho. «Un hombre sencillo como yo», solía decir, «puede vivir sin ellos».

«Soy un hombre sencillo y quiero saber» era el lema de Crowl. Cuando los domingos por la mañana iba a Mile End Waste, justo

enfrente de su tienda, y arengaba a la multitud sobre la maldad de los reyes, de los predicadores y de las chuletas de cordero, la frasecita surgía a intervalos como la melodía de un movimiento sinfónico. Era una frase que cortaba como un sable las telarañas del refinamiento lógico y centraba a sus oyentes en el quid de la cuestión. Cuando, los domingos por la tarde, Crowl se distraía paseando por Victoria Park, era con esta frase con la que invariablemente derrotaba a los supernaturalistas. Crowl conocía la Biblia mejor que la mayoría de los clérigos, y siempre llevaba un reducido ejemplar de bolsillo, atento a subrayar las contradicciones en el texto: el segundo capítulo de Jeremías dice una cosa; el primero de los Corintios dice otra. Dos declaraciones contradictorias pueden ser verdaderas, pero «yo solo soy un hombre sencillo...».

Crowl pasaba gran parte de su tiempo buscando la palabra que sirviera para refutar otra palabra. Las peleas de gallos no ofrecen a sus devotos un placer más extraordinario que el que Crowl sentía al agarrar dos textos por las orejas. Tenía un espíritu metafísico que volvía a sus discípulos dominicales locos de admiración, y que dejaba a sus enemigos mudos y consternados. Había descubierto, sin ir más lejos, que la Divinidad no podía moverse, debido a que ya ocupaba todo el espacio. También había sido el primero en plantear, ante la estupefacción del clero, el caso crucial de un santo que se encontraba agonizando en las antípodas al mismo tiempo que otro lo hacía en Londres. A ambos les esperaba el Cielo, pero viajaban hacia allí en direcciones opuestas. No se cruzarían ni en toda la eternidad. ¿Cuál de los dos, entonces, había llegado realmente al Cielo? ¿O es que no existía tal lugar? «Conservemos abiertas nuestras mentes, que existen para dar fe del insaciable interés de la Humanidad por lo desconocido y lo equívoco», decía. Incluso Harry puede escuchar cinco minutos de teología especulativa si Harriet no tiene prisa.Nota 3)

Peter Crowl no lamentaba tener un inquilino como Denzil Cantercot, quien, a pesar de reunir unas cuantas buenas cualidades, estaba irremediablemente equivocado acerca de cuanto existe bajo

el sol. Tan solo en un punto se mostraban de acuerdo: Crowl admiraba secretamente a Cantercot. Cuando le preguntaba acerca de la Verdad (lo que ocurría un promedio de unas dos veces al día), en realidad no esperaba una respuesta: sabía que Denzil era un poeta.

—La Belleza —continuó— es algo que solo atrae a los hombres como usted. La Verdad es para todos los hombres. La mayoría tiene derecho a hacer sus reivindicaciones antes que las minorías; hasta que reivindiquen algo los primeros, los poetas deben apartarse. Lo verdadero y lo útil: eso es lo que queremos. El bien social es la única medida de las cosas. Las cosas sirven o no en función de si sirven al bien social.

—¡El bien social! —repitió Denzil, con displicencia—. ¿Cuál es el bien social? Lo primero es el individuo. La masa debe ser sacrificada al individuo; de lo contrario, este será sacrificado por ella. Sin grandes hombres no existiría el arte. Y sin arte, la vida estaría incompleta.

—Ah, pero la podríamos rellenar con el pan de cada día —dijo Peter.

—Sí, ese pan es lo que mata a la Belleza —contestó Denzil Cantercot, amargamente—. Muchos de nosotros comenzamos siguiendo a las mariposas a través de las verdes praderas, pero luego nos desviamos.

—Para buscar la manduca —se rio Peter, apartándose.

—Peter, si sigue haciendo de todo un chiste, no perderé mi tiempo con usted.

Los ojos salvajes de Denzil brillaron de enojo. Sacudió su melena. La vida era muy seria para él; jamás había escrito un verso cómico, al menos intencionadamente.

Hay tres razones por las cuales los hombres de genio tienen el pelo largo. Una de ellas es que se olvidan de que les está creciendo. La segunda es que les gusta. La tercera es que resulta más barato, de modo que lo llevan así por la misma razón por la que no cambian de sombrero. Debido a esta peculiaridad del genio, uno siempre

puede adquirir cierta reputación sin gastarse ni dos peniques. Pero en el caso de Denzil no era necesario: su apariencia le granjeaba siempre crédito de sobra entre los de la profesión. Así que, cuando sus vecinos árabes se mofaban gritándole por la calle que se buscara una peluquería, no estaban haciendo ningún favor al barbero. ¿Por qué será que todo el mundo protege a los barberos y siempre está dispuesto a promocionar sus intereses? Denzil diría que no lo hacían por los barberos, sino para satisfacer el resentimiento instintivo de la masa hacia la originalidad.

En sus días de gloria Denzil había sido editor, pero ya no tenía más deseo de volver las tijeras contra sí mismo que de comer engrudo. La eficacia de la cabellera ha cambiado bastante desde los tiempos de Sansón; de otro modo, Denzil habría sido un Hércules en lugar de un hombrecillo larguirucho, flaco y nervioso, de aspecto demasiado frágil y delicado incluso para ser utilizado como varilla para limpiar pipas. El estrecho óvalo de su rostro se afilaba en una barba puntiaguda y sin recortar. Su vestimenta era más que reprochable: las botas sucias tenían el tacón completamente gastado y su sombrero de tres picos estaba apagado por el polvo. Tales eran los efectos del amor a la Belleza.

Crowl quedó impresionado por la condena de la frivolidad de Denzil, y se apresuró a terminar la broma.

—Hablo muy en serio —dijo—. Las mariposas no son buenas para nada ni para nadie; al menos las orugas impiden a los pájaros morir de hambre.

—Eso en su visión de las cosas, Peter —concluyó Denzil—. Buenos días, señora —dijo de pronto, saludando a la señora Crowl, ante quien se quitó el sombrero con elaborada cortesía.

La señora Crowl gruñó y miró a su marido con un signo interrogativo en sus ojos. Durante unos segundos, Crowl se afanó en su tarea, fingiendo no haber visto en ellos la pregunta. Se revolvió incómodo en su taburete. La mujer tosió lúgubremente. Crowl levantó la vista, la vio imponentemente erguida junto a él y sacudió la cabeza hacia los lados, indefenso. A pesar de que ella medía un centímetro

menos, era maravilloso ver cómo la señora Crowl se imponía a su esposo, incluso cuando este se levantó. Producía toda una ilusión óptica.

—Señor Crowl —espetó la señora Crowl—, por lo visto, se lo tendré que decir yo.

—No, no, querida, todavía no —suplicó Peter—, déjamelo a mí.

—Ya te lo he dejado a ti durante bastante tiempo, y nunca haces nada. Si se tratara de demostrar a unos atolondrados que Jesús, o el Génesis, o cualquier personaje de las Escrituras que a nadie le interesa se contradecía con otro, muerto y olvidado, estarías hablando por los codos. Pero cuando se trata de llevar el pan a la boca de tus propios hijos, tienes tanto que decir como una farola. Aquí hay un hombre que lleva comiendo y bebiendo durante semanas la sopa boba sin pagar un...

—Basta, basta, mujer, ya está bien —dijo el pobre Crowl, con el rostro rojo como la grana.

Denzil la miró soñadoramente.

—¿Está hablando de mí, señora Crowl?

—¿Y de quién podría estar hablando si no, señor Cantercot? Siete semanas se han ido por donde llegaron y todavía no he visto ni un penique.

—Mi querida señora Crowl —dijo Denzil, quitándose el cigarrillo de la boca con aire dolido—, ¿por qué me reprocha a mí su propia negligencia?

—¡Mi negligencia! ¡Eso sí que tiene gracia!

—A mí no me la hace —dijo Denzil, con tono cortante—. Si me hubieran enviado la factura, habría tenido el dinero hace mucho tiempo. ¿Cómo espera que me acuerde de todos esos detalles insignificantes?

—¡No nos damos tantos aires por aquí! La gente paga y punto; no hay facturas que valgan —dijo la señora Crowl, acentuando la palabra «factura» con infinito desprecio.

Peter golpeó un clavo, intentando ahogar la voz de su esposa a base de martillazos.

—Son tres libras, catorce chelines y ocho peniques, ya que está tan ansioso por saberlo —prosiguió la señora Crowl—. ¡Y no encontrará otra mujer en Mile End Road que le pida menos, con el pan a cuatro peniques y los patronos cobrando el alquiler todos los lunes por la mañana antes de que salga el sol, y la gente arrastrando los zapatos hasta que los pierden, y la Navidad a punto de llegar y siete peniques a la semana por el colegio!

Peter torció la boca tras las últimas palabras. Sabía lo que se avecinaba (además de la propia Navidad). Su mujer y él no estaban de acuerdo en la cuestión de la educación gratuita. Peter creía que, después de traer nueve hijos al mundo, era justo que pagara un centavo a la semana por los que estaban en edad escolar. Su media naranja sostenía que precisamente por tener tantos hijos deberían estar exentos. Solo la gente que tenía pocos hijos podía malgastar un penique. Sin embargo, al menos en la cuestión del pago de las tasas, nuestro escéptico zapatero conseguía salirse con la suya. Era un asunto de conciencia. La señora Crowl nunca había solicitado formalmente la exención, aunque de vez en cuando daba un tortazo a alguno de sus hijos para calmar su enfado al respecto. Los chicos estaban acostumbrados a las bofetadas, y, cuando ningún adulto se las daba, se abofeteaban los unos a los otros. Eran unos rapaces listos y sin modales, un incordio para sus padres, un fastidio para sus maestros y tan felices como larga era la calle en que vivían.

—¡Échale la culpa a la matrícula escolar! —replicó Peter, molesto —. El señor Cantercot no es responsable de nuestros hijos.

—Cuánto me alegro de que así sea, francamente, señor Crowl — dijo la señora Crowl, con severidad—. Me avergüenzo de ti.

Y con esas palabras, desapareció del taller por la puerta trasera.

—No pasa nada —dijo Peter, conciliador, mientras se marchaba —. Nos saldrán las cuentas, madre, ya lo verás.

En los círculos más bajos, se acostumbra a llamar «madre» a la esposa; y en los superiores está de moda llamarla «la esposa», como si uno hablara de la Bolsa o del Támesis, sin reclamar ningún

derecho en concreto sobre ella. Por instinto, los hombres se avergüenzan de tener moral y de ser domesticados.

Denzil, aliviado, lio su cigarro. Peter se inclinó sobre su trabajo, agujereando nerviosamente un zapato con un punzón.

Hubo un largo silencio. Un organillero tocaba un vals en la calle y, al ver que pasaba desapercibido y no molestaba a nadie, siguió su camino. Denzil encendió el cigarro. El sucio reloj de pared del taller dio las doce.

—¿Qué opina de los republicanos? —dijo Crowl.

—Opino que son vulgares —replicó Denzil—. Sin un monarca no hay una encarnación visible de la autoridad.

—¿Qué? ¿Está llamando exhibicionista a la reina Victoria?

—Peter, ¿acaso quiere que me echen de casa? Deje la frivolidad para las mujeres, que solo tienen sitio en la cabeza para los problemas domésticos. La república es mediocre. Platón dejó piadosamente fuera de ella a los poetas. No es un buen caldo de cultivo para la poesía.

—¡Vaya tontería! Si Inglaterra dejara de ser una monarquía y se convirtiera en república mañana, ¿quiere usted decir que...?

—Quiero decir que, para empezar, no habría más poetas laureados.

—¿Quién frivoliza ahora, usted o yo, Cantercot? Me importan un comino los poetas, exceptuando al aquí presente. Solo soy un hombre sencillo, y quiero saber qué sentido tiene dar a una persona autoridad sobre todas las demás.

—Ah, eso es lo que Tom Mortlake solía decir. Espere a que esté en el poder, Peter, controlando el dinero de los sindicatos y dirigiendo a los trabajadores deseosos de alzarlo y, entre vítores, enarbolarlo como una bandera.

—Sí que tiene la cabeza sobre los hombros —dijo Crowl, con un destello repentino en sus tristes ojos grisáceos—. Sin embargo, eso no me hace cambiar de opinión. Creo que está equivocado sobre el hecho de que el poder le corrompería. Tom es una persona magnífica, un hombre de la cabeza a los pies, y eso es mucho

hombre. No niego que tenga sus debilidades; incluso hubo un día en que en esta misma tienda calumnió al difunto Constant. «Crowl», dijo, «este hombre nos la acabará jugando. No me gusta que los filántropos tiquismiquis se mezclen en las disputas laborales prácticas que no pueden entender».

Denzil silbó involuntariamente. Aquello era una primicia.

—Me atrevo a decir —continuó Crowl— que Mortlake se siente celoso si alguien interfiere en su ámbito de influencia. Pero en este caso los celos se esfumaron; ya ve, todo el mundo sabe que el pobre difunto y él acabaron siendo muy amigos. Tom no es el tipo de persona que se aferra a los prejuicios. Sin embargo, eso no prueba nada en contra de la república, mire si no al zar y los judíos... Yo no soy más que un hombre sencillo, pero no me gustaría vivir en Rusia, ¡ni por todo el cuero que hay en ella! Un inglés que paga sus impuestos para mantener su extravagancia monárquica es al menos rey en su propio castillo, sin importar quién gobierne en Windsor. ¡Perdone un momento! Me llama mi mujer.

—Discúlpeme usted a mí. Ya me voy, pero antes quiero decir que después de lo que ha pasado hoy no creo que pueda sentirme igual en su casa que en los —¿debería decir agradables?— días de antaño.

—Oh, no, Cantercot. No diga eso, ¡no lo diga! —suplicó el zapatero.

—¿Debería decir desagradables, entonces?

—No, no, Cantercot, no me malinterprete. Madre ha tenido que hacer frente a demasiadas cosas en los últimos tiempos. Ya ve que estamos criando a toda una familia. Yo diría que nuestra familia aumenta cada día que pasa. Pero no se preocupe por ella. Usted pague cuando tenga el dinero.

Denzil negó con la cabeza.

—No puede ser. Acuérdese de cuando llegué y me alquiló la habitación de arriba y me acogió. Nos fuimos conociendo. Hablábamos. De la Belleza, de lo útil... Descubrí que usted no tenía alma, pero era honesto, y eso me gustaba. Llegué incluso a

sentarme a la mesa con su familia. Convertí su trastero en mi hogar. Pero se ha roto el cristal (y no me refiero solo al jarrón aquel de la repisa de la chimenea), y aunque perdure el aroma de las rosas, no puede ser reconstruido, nunca más.

Sacudió la cabeza con tristeza y salió de la tienda. Crowl quería ir tras él, pero la señora Crowl seguía llamándole, y las mujeres deben tener preferencia en todas las sociedades civilizadas.

Cantercot fue derecho (tanto como sus andares desgarbados lo permitían) al 46 de Glover Street y llamó a la puerta. La criada factótum de Grodman le abrió. Era una mujer picada de viruela, de tez color ladrillo y aire coqueto.

—Vaya, ¡aquí estamos de nuevo! —dijo con vivacidad.

—Muy graciosa —replicó Cantercot—. ¿Está el señor Grodman?

—No, le ha hecho usted huir —gruñó el mismo Grodman, apareciendo de repente en zapatillas—. Entre. ¿Qué demonios ha estado haciendo desde que empezó la investigación? ¿Bebiendo otra vez?

—Lo he dejado. No he probado una gota desde...

—¿El asesinato?

—¿Qué? —dijo Denzil Cantercot, sobresaltado—. ¿Qué quiere decir?

—Lo que digo. Desde el 4 de diciembre; ahora calculo todo lo que ocurre tomando como referencia el día del asesinato, lo mismo que la longitud se mide a partir de Greenwich.

—Oh —dijo Cantercot.

—Veamos. Casi una quincena. ¡Cuánto tiempo para mantenerse lejos de la bebida y de mí!

—No sé qué es peor —dijo Denzil, irritado—; ambos me saquean el cerebro.

—¿De veras? —añadió Grodman, con una sonrisa divertida—. Bueno, es solo un hurto menor, después de todo. ¿Qué le corroe las entrañas?

—La vigesimocuarta edición de mi libro.

—¿El libro de quién?

—Bueno, su libro. Debe de estar haciendo montones de dinero gracias a *Criminales que he detenido.*

—Criminales que *yo* he detenido —corrigió Grodman—. Mi querido Denzil, con qué frecuencia debo señalar que son mis experiencias las que conforman la columna vertebral de ese libro, no las suyas. En todo caso, la receta es mía. Cualquier periodista podría haberla aderezado.

—Al contrario, los obreros del periodismo habrían expuesto la verdad crudamente. Usted mismo podría haber hecho eso, pues no hay hombre que le gane a lúcido, frío y científico. Pero yo idealicé los hechos desnudos y los convertí en poesía y literatura. La vigesimocuarta edición del libro atestigua mi éxito.

—Venga ya. ¡La vigesimocuarta edición se debió por entero al asesinato! ¿Lo cometió usted?

—Señor Grodman, es usted siempre tan brusco... —dijo Denzil, cambiando el tono.

—No, ya me he retirado —rio Grodman.

—Deme cinco libras y estamos en paz. Estoy en la ruina —contestó Denzil, quien no reprobaba la ligereza del exdetective e incluso sonrió un poco.

—No le daré ni un penique. ¿Por qué no ha venido a verme desde el asesinato? Tuve que escribir una carta al *Pell Mell* yo mismo. Podría haberse ganado una corona.

—He estado sufriendo calambres de escritor, y no pude ejecutar su último encargo. Vine a decírselo la mañana del...

—Del asesinato. Eso dijo en la investigación.

—Es cierto.

—Por supuesto. ¿No estaba usted bajo juramento? Es muy atento por su parte que madrugara tanto para venir a decírmelo. Por cierto, ¿qué dedos tenía acalambrados?

—Los de la mano derecha, claro está.

—¿Y no podía escribir con la izquierda?

—No creo que pueda ni sujetar un lápiz con ella.

—Pues con cualquier otro instrumento, quién sabe. ¿Y qué se los provocaría?

—Escribir demasiado, sin duda.

—Oh, ¿de veras? ¿Escribir qué?

Denzil vaciló.

—Un poema épico.

—No me extraña que esté en bancarrota. ¿Un soberano le ayudará a salir de ella?

—No, no sería de la menor utilidad para mí.

—Aquí tiene, entonces.

Denzil tomó la moneda y su sombrero.

—¿Ni siquiera se lo va a ganar, pedigüeño? Siéntese y escriba algo para mí.

Denzil tomó lápiz y papel y se sentó.

—¿Qué quiere que escriba?

—El poema épico.

Denzil se sonrojó pero empezó a trabajar. Grodman se recostó en su sillón y rio. La cara del escritor sí que era todo un poema. Denzil escribió tres líneas y se detuvo.

—¿No puede recordar nada más? Bueno, lea al menos el principio.

Denzil leyó:

De la primera desobediencia del hombre y del fruto
de aquel árbol prohibido cuyo sabor mortal
trajo la muerte al mundo…

—¡Alto ahí! —exclamó Grodman—. Vaya si escoge temas morbosos.

—¡Morbosos! No veo por qué. Milton eligió el mismo asunto.

—Al cuerno con Milton. Lárguense de aquí, usted y su épica.

Denzil se fue. La mujer de la cara picada le abrió la puerta.

—¿Cuándo me vas a comprar un vestido nuevo, cariño? —susurró, zalamera.

—No tengo dinero, Jane —musitó.

—Tienes un soberano...

Denzil le dio el soberano y cerró la puerta violentamente. Grodman, que había escuchado su murmullo, sonrió en silencio. Tenía un oído muy fino. Jane le había presentado a Denzil hacía un par de años, cuando buscaba amanuense, y desde entonces le había encargado al poeta varios trabajos puntuales. Grodman pensó que para Jane había algún interés en aquello. Sin conocerlos bien, tenía un presentimiento acerca de ellos. No había nadie, pensó, sobre quien no tuviera una corazonada. Todos los hombres —y las mujeres— tienen algo que ocultar, y no hace falta más que fingir que se sabe lo que es. Claramente, Grodman estaba hecho todo un científico.

Denzil Cantercot se marchó arrastrando los pies, pensativo y abstraído. Un rato después, ocupaba su asiento a la mesa de los Crowl.

>

Nota 3

Juego de palabras intraducible con los nombres propios Harry, Harriet y la palabra hurry, «darse prisa».

Volver

VI

La señora Crowl escudriñó a Denzil Cantercot con tal frialdad y cortó su filete tan salvajemente que este se sintió aliviado cuando por fin acabó la cena. Peter alimentaba su genio metafísico a base de tomates. Era lo bastante tolerante como para permitir que su familia siguiera las modas del momento, pero ningún suculento olor le habría tentado tanto como para nublar su pasión vegetariana. Además, la carne le recordaba a su trabajo; y, aunque no hay nada como el cuero para confeccionar una buena suela, a veces la ternera que se cocinaba en Bow se le parecía demasiado.

Después de cenar, Denzil se entregaba, por lo general, a la ensoñación poética. Ese día, en lugar de echarse la siesta, salió a que le diera el aire, pero reinaba la calma chicha. En vano, pidió un adelanto en la redacción del *Mile End Mirror,* donde había colaborado con algunos artículos mordaces sobre los usos indumentarios. Fue a la ciudad y se ofreció, también infructuosamente, a escribir para la *Ham and Eggs Gazette* un ensayo sobre los métodos modernos para curar la panceta. Denzil sabía mucho sobre la cría y matanza de cerdos y sobre los procesos de ahumado y curado, ya que durante años había dictado la política del *New York Herald* sobre tan trascendentales asuntos. Denzil también conocía a fondo otras cuestiones esotéricas, como las máquinas de tejer, el procesado de hojas de col y tabaco y el mecanismo interno de las tuberías de drenaje. Había escrito en periódicos desde que era niño, pero ahora existía mucha competitividad. Proliferaban los hombres de talento literario que

también conocían al dedillo todo tipo de complejidades técnicas sobre procesos y mercados y que estaban ávidos por dinamizar la industria. Grodman apenas le había dejado tiempo para dedicarse a otra cosa que no fuera su libro *Criminales que he detenido*, y aquello había sido su perdición. Cuando los competidores se abren paso a empujones, detenerse es lo mismo que retroceder.

Desencantado, Denzil caminó hasta Bethnal Green arrastrando penosamente sus pies. Se detuvo frente al escaparate de un pequeño estanco, en el que un cartel rezaba «Se venden argumentos» Note 4). El letrero anunciaba una gran variedad de argumentos disponibles: sensacionalistas, humorísticos, románticos, religiosos y poéticos, así como manuscritos completos, novelas originales, poemas y relatos. Razón: en el interior.

Era una tienda de aspecto sucio, con paredes de ladrillos mugrientos y suelo de madera ennegrecida. En el escaparate reposaban libros mohosos, un surtido de pipas y tabaco y un buen número de viles mamarrachadas pintadas al óleo sobre lienzos sin enmarcar. Según anunciaban sus títulos, pretendían ser paisajes. El más caro, *Iglesia de Chingford*, costaba un chelín y nueve peniques. El resto, oscilaba entre los seis peniques y el chelín y tres peniques, y básicamente se trataba de parajes escoceses; lagos, montañas reflejadas sólidamente en el agua y algún árbol. A veces los árboles estaban al fondo y el lago en primer plano; otras, al revés. El cielo y el agua eran intensamente azules. La colección se titulaba *Óleos originales hechos a mano.*

Una espesa capa de polvo lo cubría todo, como si hubiese sido cuidadosamente colocada con una pala, y el propietario tenía el aspecto de dormir en la tienda sin cambiarse nunca de ropa. Era un hombre delgado, con un exuberante bigote negro bajo su roja nariz; cubría su escaso pelo con un gorro. Fumaba una larga pipa de arcilla y tenía el aire de un descompuesto villano de opereta.

—Ah, buenas tardes, señor Cantercot —dijo frotándose las manos, en parte por el frío y en parte por la costumbre—. ¿Qué me ha traído?

—Nada —dijo Denzil—, pero si me presta un soberano le traeré algo asombroso.

El hombre, con los ojos brillantes de astucia, sacudió sus cabellos.

—Sería aún más asombroso que me trajera algo después de prestarle el soberano.

Cantercot no supo nunca qué hacía el villano de opereta con esos argumentos, y tampoco le importaba. El talento se vendía barato en aquellos días, y Denzil se contentaba con encontrar un cliente.

—Sin duda me conoce lo suficiente como para confiar en mí —dijo.

—La confianza ha muerto —replicó el vendedor, fumando.

—¡Y la reina Ana! —exclamó, irritado, el poeta.

Sus ojos adquirieron un peligroso aspecto de desesperación. ¡El dinero que debía de tener! Pero el hombre era inflexible. Sin trama, no había cena.

El pobre Denzil se marchó de allí encolerizado. No sabía a quién recurrir. Se giró sobre sus talones y miró el escaparate con desesperación. Volvió a leer el cartel: «Se venden argumentos». Se quedó tanto tiempo mirando las palabras que dejó de comprenderlas. Cuando volvió a hacerlo, vislumbró un significado nuevo. Entró mansamente y pidió prestados al villano cuatro peniques.

Tomó el autobús hacia Scotland Yard. En él viajaba una de las pocas sirvientas que no tenía un aspecto del todo enfermizo. La marcha del autobús le ayudó a acompasarse con el ritmo de sus pensamientos. Se olvidó por un momento de su situación y de su objetivo. En realidad, nunca había leído una epopeya —excepto *Paraíso perdido*—, pero componía poemas sobre el vino y las mujeres, y a menudo sollozaba al pensar en lo pobre que era. Sin embargo, nunca le habían comprado nada, salvo esos artículos sobre la panceta curada o sus diatribas contra la indumentaria. De pronto, la muchacha resultaba bonita a sus ojos ardientes, que parecían querer hipnotizarla. Ella bajó la mirada y la concentró en sus

recién estrenadas botitas francesas. Denzil Cantercot era una criatura extraña y silvestre.

En Scotland Yard, Denzil preguntó por Edward Wimp, pero este no estaba por allí. Al igual que los reyes y los editores, los detectives son difíciles de abordar (a menos que sea usted un criminal, en cuyo caso no verá jamás ninguno). Denzil conocía a Wimp, principalmente, como consecuencia del desprecio que Grodman sentía por aquel que se convirtió en su sucesor.

Wimp era un hombre culto y de buen gusto, mientras que los intereses de Grodman se concentraban exclusivamente en los problemas que planteaban la lógica y la evidencia, y los libros sobre estos temas eran su única lectura; *las belles lettres* le importaban un comino. Wimp, con su inteligencia flexible, sentía un profundo desprecio por Grodman y sus métodos lentos, laboriosos y pesados, casi teutónicos. Es más, había estado a punto de eclipsar la brillante trayectoria de su predecesor gracias a algunas habilidosas y extraordinarias pinceladas de ingenio. Wimp era el mejor reuniendo pruebas circunstanciales, juntando dos y dos para que sumaran cinco. Le gustaba alinear datos oscuros e inconexos e iluminarlos con una brillante hipótesis digna de un Darwin o un Faraday. Un intelecto que podía haber trabajado desentrañando el funcionamiento oculto de la naturaleza de las cosas había sido dilapidado al servicio de una civilización capitalista.

Con la ayuda de un policía amable, a quien el poeta se había camelado haciéndole creer que su asunto era de vida o muerte, Denzil obtuvo la dirección particular del famoso detective. Vivía bastante cerca de King's Cross.

Milagrosamente, Wimp se hallaba en casa aquella tarde. Estaba escribiendo cuando Cantercot fue conducido, escaleras arriba, a su presencia. Wimp se levantó y concentró en él su mirada.

—El señor Denzil Cantercot, supongo.

Denzil se sobresaltó. No había dado su nombre, simplemente se había anunciado como «un caballero».

—Ese es mi nombre —murmuró.

—Usted fue testigo en la investigación del caso de Arthur Constant. Tengo allí su testimonio —añadió, señalando un archivador —. ¿Ha venido a aportar nuevas pruebas?

Denzil se sobresaltó de nuevo, ruborizándose además.

—Quiero dinero —dijo casi involuntariamente.

—Siéntese.

Así lo hizo Denzil; Wimp permaneció de pie.

Wimp era joven, tenía la tez despejada, nariz romana y vestía con elegancia. Había triunfado sobre Grodman, en tanto que a él sí le había sido dado conocer a la mujer que el Cielo le tenía destinada. Tenían un hermoso hijo que asaltaba a escondidas el jamón de la despensa. Wimp trabajaba en casa cuanto podía, en un estudio aislado en el ático. Cuando no estaba en su particular cámara de los horrores, era un marido corriente y moliente. Adoraba a su mujer, quien admiraba poco su intelecto y mucho su corazón. Era un inútil para las cuestiones domésticas. No podría afirmar si la personalidad de su sir viente era genuina o impostada; probablemente, ni siquiera pensaba en tales asuntos. Era como un matemático acostumbrado a resolver ecuaciones de segundo grado que de pronto hubiera olvidado cómo calcular una división sencilla.

—¿Cuánto dinero quiere?

—No he venido a regatear —contestó Denzil, una vez recobrada la calma—. He venido a darle una pista. Me sorprendería que me ofreciera usted cinco libras por las molestias. Sin embargo, si lo hiciera, no las rechazaría.

—Y no debería hacerlo, si es que las merece.

—Bien, iré al grano. Lo que voy a decirle concierne a Tom Mortlake.

Denzil dejó caer el nombre como si fuera un torpedo. Wimp no reaccionó.

—Mortlake —continuó Denzil, algo desilusionado— tenía una novia.

Realizó una pausa dramática.

—¿Sí? ¿Dónde se encuentra?

—Dónde, en efecto. ¿Sabe algo acerca de su desaparición?

—Usted me acaba de informar de ella.

—Sí, ha desaparecido sin dejar rastro. Se fue unos quince días antes del asesinato del señor Constant.

—¿Asesinato? ¿Cómo sabe que fue un asesinato?

—Eso dice el señor Grodman —dijo Denzil, azorado de nuevo.

—¡Ja! ¿No probaría eso más bien que fue un suicidio? En fin, continúe.

—Un par de semanas antes del... suicidio, Jessie Dymond desapareció. Eso me han dicho en Stepney Green, donde vivía y trabajaba.

—¿A qué se dedicaba?

—Era modista. Tenía un talento fuera de lo común. He oído que algunas damas elegantes acudían a ella. Incluso uno de sus vestidos fue llevado a juicio.

Creo que una de esas damas olvidó pagarlo, según me dijo la casera de Jessie.

—¿Vivía sola?

—No tenía padres, pero la casa era respetable.

—Y era hermosa, me imagino.

—Como el sueño de un poeta.

—¿El suyo, por ejemplo?

—Soy poeta, así que sueño.

—O sueña que es poeta. En fin... ¿Sabe si estaba prometida con Mortlake?

—Sí, no era ningún secreto. El compromiso venía de lejos. Cuando él ganaba treinta y seis chelines a la semana como cajista ya estaban ahorrando para comprar una casa. Trabajaba en Railton & Hockes, donde publicaban el *New Pork Herald.* En aquella época, yo les frecuentaba porque solía llevar mis artículos a los cajistas, y un día el jefe de sección me habló de «Mortlake y su muchachita». ¡Cielo santo! Sí que cambian los tiempos. Hace dos años Mortlake tenía que pelearse con mi caligrafía, y ahora se codea con los peces gordos y le reciben los aristócratas.

—Vaya, un diputado radical —murmuró Wimp, sonriendo.

—Y mientras, yo estoy excluido de los salones deslumbrantes donde se congregan la belleza y el intelecto. ¡Un simple artesano! ¡Un obrero! —los ojos de Denzil brillaban de enfado mientras se levantaba, excitado—. Decían que siempre trastabillaba cuando manejaba los tipos en la imprenta, pero mira cómo no ha tropezado en su camino hacia la cumbre. No era tan crítico con el capitalismo cuando secundaba los brindis de Railton & Hockes en sus comilonas.

—Nadar y guardar la ropa —dijo Wimp—. No debemos culpar a un hombre que sabe hacer las dos cosas, señor Cantercot.

Denzil forzó una sonrisa.

—Sí, pero mi lema es la coherencia. Admiro al alma que permanece inmaculada, inamovible, inmutable ante la fortuna. De todos modos, cuando llegaron los buenos tiempos para Mortlake, mantuvo su compromiso con Jessie, aunque no la visitaba tan a menudo. El último otoño apenas se vieron.

—¿Cómo lo sabe?

—Yo... Yo iba a menudo a Stepney Green. Mis asuntos me llevaban por allí al caer la noche. A veces no había luz en su habitación. Eso quería decir que estaba abajo, charlando con la casera.

—También podía haber salido con Tom.

—No, señor, Tom siempre estaba aquí y allá, trabajando sin descanso en la organización del movimiento a favor de las ocho horas.

—Esa podría ser una buena razón para relajar sus visitas.

—Lo fue. No iba a Stepney Green entre semana.

—En cambio usted siempre lo hacía.

—No, no a diario.

—¿Y nunca llegó a entrar?

—No, nunca. No me permitía visitarla. Era una chica de carácter. Me recordaba mucho a Flora MacDonald.Nota 5)

—¿Es otra de sus conocidas?

—Es una dama que conozco mejor que la palma de mi mano, más real para mí que cualquiera de las que andan molestándome con el precio del alquiler. Jessie Dymond también era de la estirpe de las heroínas. Sus ojos eran azul celeste, dos pozos en cuyo fondo se encontraba la verdad. Cuando me miré en ellos, quedé deslumbrado. Eran los únicos ojos que no podía idealizar —movió su mano como si pasara una página con ella—. Ella fue mi mayor influencia.

—¿Ya la conocía entonces?

—Oh, sí. La conocía desde los viejos tiempos de Tom en el *New Pork Herald*; la primera vez que le vi con Jessie colgada del brazo estaba muy orgulloso de presentarle a un poeta. Pero tan pronto empezó a ascender no veía el momento de deshacerse de mí.

—Eso será porque no le devolvía el dinero prestado.

—Solo... Solo era una bagatela —tartamudeó Denzil.

—Sí, pero el mundo da mucha importancia a las bagatelas.

—El mundo en sí mismo es una bagatela —reflexionó el poeta—. Solo la Belleza merece nuestra atención.

—Y cuando la Belleza no estaba chismorreando con su casera, ¿charlaba con usted si se acercaba a la puerta?

—¡Claro que no! Se quedaba leyendo en la habitación y solo se proyectaba su sombra.

—¿Sobre su alma?

—No, sobre las cortinas.

—¿Solamente era una sombra?

—No, señor. Una o dos veces, llegué a ver dos.

—Ah, había estado bebiendo.

—Le juro por mi vida que no. He renunciado al traicionero vino.

—Eso está muy bien. La bebida es mala para los poetas, vuelve sus pies inestables. ¿De quién era la segunda sombra?

—De un hombre.

—Naturalmente. ¿De Mortlake, quizás?

—Imposible. Seguía con lo de las ocho horas.

—¿Descubrió entonces de quién se trataba? ¿O se quedó con la sombra de la duda?

—No, esperé hasta que descubrí quién era.

—¿Era Arthur Constant?

—¡Es usted un mago! Me deja perplejo. Sí, era él.

—¿Solo una o dos veces, dice usted?

—Tampoco es que los espiara.

—No, no, claro que no. Solo pasaba por allí por casualidad. Le entiendo perfectamente.

Denzil no se sentía muy cómodo tras esa aserción.

—¿A qué habría ido? —continuó Wimp.

—No lo sé. Apostaría mi vida por el honor de Jessie.

—Incluso podría apostar el doble sin correr ningún riesgo.

—¡Sí, podría! ¡Lo haría! Intente verla con mis ojos.

—De momento son los únicos que tenemos. ¿Cuándo fue la última vez que los vio juntos?

—A mediados de noviembre.

—¿Y Mortlake no sabía nada de sus encuentros?

—Lo ignoro. Quizás sí. Tal vez Constant la había convertido a su causa. Sé que ella asistió al té benéfico por los niños en el Great Assembly Hall a principios de noviembre, y la trató como a una dama. Fue la única organizadora que se puso manos a la obra.

—Las demás servían el té con los pies, supongo.

—No, ¿cómo iba a ser eso posible? Quiero decir que las otras eran auténticas damas, y Jessie solo una aprendiz, por así decirlo. No era nada nuevo para ella servir té a los niños. Me atrevo a decir que incluso había ayudado a su casera en esos menesteres (siempre hay un hatajo de críos en el piso de abajo, es casi tan terrible como en casa de Crowl). Jessie era toda una mujer, pero quizás Tom no la valorara lo suficiente. Quizás no quería que Constant anduviera detrás de ella, y acabaron discutiendo. Fuese como fuese, ahora ha desaparecido, como el deshielo en un río. No ha dejado rastro. La casera, de la que era tan amiga, me dijo que está tremendamente molesta con ella porque no dejó pistas sobre su paradero.

—Por lo que veo, ha estado haciendo averiguaciones por su cuenta.

—Solo he hablado con la casera. Jessie ni siquiera le dio una semana de preaviso, aunque pagó por adelantado, y se fue inmediatamente. Me ha contado también que se quedó tan perpleja que hubiera deseado que la pellizcaran para saber si estaba despierta. Por desgracia, no estaba yo allí, pues sin duda lo habría hecho por haber mantenido los ojos bien abiertos. Dice que si hubiera tenido la menor sospecha de que la picara (se atrevió a llamar así a Jessie) se iba a marchar habría sabido, como que es hija de su madre, adonde se dirigía. Además, admite que Jessie parecía enferma y preocupada. ¡Bruja estúpida!

—Todo un carácter —musitó el detective.

—¿No se lo había dicho? —sollozó Denzil, afligido—. A cualquier otra chica se le habría escapado decir adónde iba. Pero no, ni una palabra. Dejó el dinero y se fue. La casera corrió escaleras arriba. Jessie no había dejado ninguna de sus pertenencias. Debía de haberlas vendido, o trasladado a otro lugar. Jamás en mi vida he conocido a una mujer que tuviera las cosas tan claras, ni cuyas ideas habría querido tanto conocer. Siempre me recordó a Agustina de Aragón.

—¡Sin duda! ¿Y cuándo se fue?

—El 19 de noviembre.

—Creo que Mortlake debe de saber dónde está.

—No sabría decirle. La última vez que estuve preguntando fue a finales de noviembre y él no había pasado a verla en seis semanas. Le escribía, eso sí; de vez en cuando, la casera reconocía su letra en las cartas.

Wimp miró a Denzil a los ojos.

—¿Lo que quiere, entonces, es acusar a Mortlake del asesinato del señor Constant?

—No, no, ¡en absoluto! —gritó Denzil—. Ya sabe usted lo que el señor Grodman escribió en el *Pell Mell.* Cuanto más sepamos de la vida del señor Constant, más sabremos sobre su muerte. Pensé que mi información podría serle útil, y por eso he venido.

—¿Y por qué no se la dio al señor Grodman?

—Porque entonces me habría sido útil a mí.

—Usted escribió *Criminales que he detenido*.

—¿Cómo... cómo sabe eso? —Wimp no paraba de sobresaltarle.

—Su estilo, mi querido señor Cantercot. El inimitable y noble estilo.

—Desde luego, temía que eso pudiera delatarme —dijo Denzil—. Y dado que ya lo sabe, debo decirle que Grodman es un mezquino cascarrabias. ¿De qué le sirven todo su dinero y sus casas a un hombre sin ningún sentido de la Belleza? Habría escuchado lo que tenía que decir y me habría dado más largas que dinero, si entiende lo que quiero decir.

—Sí, es un hombre astuto, no cabe duda. Pero yo no veo en su testimonio nada valioso como evidencia contra Mortlake.

—¡No! —exclamó Denzil, decepcionado y temiendo que le robaran—. No puede decir eso cuando Mortlake estaba celoso del señor Constant, en quien veía una especie de rival arengador de masas, que además no cobraba por su trabajo; un competidor que hacía hasta el trabajo sucio sin ver un penique por ello.

—¿Llegó a decirle Mortlake que estaba celoso? —dijo Wimp, con un deje de sarcasmo en su pregunta.

—Oh, sí, me lo dijo. «Este hombre no va a encajar. No me gusta cuando los filántropos de salón se mezclan en asuntos que no entienden».

—¿Esas fueron sus palabras?

—Esas mismas.

—Muy bien. Tengo su dirección en mis archivos. Aquí tiene un soberano.

—¡Solo uno! Esto no me sirve de nada.

—Muy bien, a mí me servirá de mucho. Tengo una mujer a la que mantener.

—Yo no —replicó Denzil con una sonrisa forzada—, así que tal vez pueda darle buen uso.

Tomó el soberano y su sombrero y, al abrir la puerta, casi chocó con una criada bastante bonita que llevaba el té a su señor. La

bandeja estuvo a punto de caer. La chica parecía más divertida por el encontronazo que él.

—Buenas tardes, cariño —dijo, coquetamente—. Podrías darme ese soberano. Me apetece un nuevo sombrero para los domingos...

Denzil le dio el soberano y pegó un portazo al cruzar el vestíbulo. Parecía ir de coincidencia en coincidencia.

Wimp no había oído el diálogo. Ya estaba ocupado preparando su informe de la tarde para la comisaría. A partir del día siguiente, alguien vigilaría los pasos de Denzil dondequiera que fuese. De saberlo este, se habría sentido muy halagado en su vanidad. Pero hoy nadie le vigilaba, y nadie supo que había vuelto al 46 de Glover Street tras cenar con los Crowl. No podía evitarlo, quería otro soberano. También quería mofarse de Grodman.

Como no había tenido éxito con su primer objetivo, se lanzó en pos del segundo.

—¿Todavía espera descubrir al asesino de Bow? —preguntó al viejo sabueso.

—Podría echarle el guante ahora mismo —anunció Grodman secamente.

Denzil se reclinó en la silla involuntariamente. Conversar con detectives le parecía tan emocionante como jugar a los bolos con granadas; le ponían de los nervios esos desagradecidos caballeros sin sentido de la Belleza.

—¿Y por qué no le entrega a la Justicia?

—Ah, porque tendría que probarlo. Pero es solo cuestión de tiempo.

—¡Vaya! ¿Y escribiré yo su historia?

—No, no vivirá lo suficiente.

Denzil palideció.

—¡Tonterías! Tengo muchos menos años que usted —jadeó.

—Sí —contestó Grodman—. Pero bebe usted demasiado.

Nota 4

Plots for sale, juego de palabras con las dos acepciones de la palabra plot: «argumento de una obra» y «parcela de terreno».

Volver

Nota 5

Flora MacDonald (1722-1790), heroína escocesa, famosa por ayudar al príncipe Carlos Eduardo Estuardo en su huida a la isla de Skye, después de ser derrotado en la batalla de Culloden.

Volver

VII

Cuando Wimp invitó a Grodman a su tradicional cena navideña de pudin con ciruelas en King's Cross, este apenas se sorprendió. Con el fin de ocultar su desprecio mutuo, ambos se trataban de un modo abrumadoramente cordial. Si la gente se cae bien, no se afana en demostrar que no se odia.

En su invitación, Wimp decía que tal vez a Grodman le resultara agradable pasar el día de Navidad en compañía. Parece que en las fechas navideñas se desatan todo tipo de prejuicios numéricos, y Grodman cedió ante ellos. Además, pensó que una escena doméstica en casa de los Wimp podría ser divertida. Y realmente estaba disfrutando de la velada, porque sabía que Wimp no le había invitado por puro espíritu navideño.

Solo había otro invitado a la mesa. Se trataba de la abuela de la mujer de Wimp, una dama setentona. Son muy pocos los hombres dispuestos a incorporar una abuela política como parte de su matrimonio; sin embargo, Wimp no se vanagloriaba de ello. La anciana padecía delirios. Uno de ellos era que tenía cien años, y actuaba según ese papel (es increíble ver cuántas molestias se toman algunas damas para ocultar su edad). Otro, que los Wimp se habían casado con el único propósito de adoptarla. Así que, para no frustrar sus intenciones, siempre se invitaba a su casa en las fiestas de guardar.

Wilfred Wimp (el niño que robaba jamón de la despensa) se encontraba en plena forma después de la cena navideña; su único contratiempo consistía en tener todos los dulces que quería sin

necesidad de robarlos. Su madre, que presidía la mesa, estaba pensando en aquel momento cuánto más inteligente era Grodman que su marido. Cuando la criada que les servía se retiró un instante, Grodman comentó que le parecía muy inquisitiva, lo que coincidía con la propia opinión de la señora Wimp. Sin embargo, su esposo era incapaz de ver nada sospechoso en el personaje que interpretaba la sirvienta, a pesar de que el informe proporcionado por su anterior gobernanta estaba lleno de faltas de ortografía.

Es cierto que la joven aguzó el oído cuando se mencionó el nombre de Denzil Cantercot. Grodman lo observó y siguió tirando a Wimp de la lengua. Por supuesto, fue Wimp quien trajo a colación al poeta, y lo hizo de un modo tan casual que Grodman comprendió que deseaba sonsacarle. La idea de que un rival acudiera a él para confirmar o desmentir sus sospechas hacia el poeta le parecía demasiado graciosa. Casi tanto como el hecho de que la criada tuviera alguna relación con Cantercot, aunque era obvio que Wimp no se había dado cuenta de ello. Grodman se divertía de lo lindo, convencido de que su sucesor no estaba a la altura. Wimp, por su parte, analizaba con desdén cómo Grodman se andaba por las ramas sin decirle nada sobre Cantercot, conociéndole tan bien como le conocía.

—Denzil es un genio —dijo Grodman—, y como tal debe anotarse en la lista de personajes sospechosos. Ha escrito un poema épico que me ha leído. Es morboso de principio a fin, la palabra «muerte» aparece ya en la tercera línea. Seguramente usted sabe que Denzil pulió mi libro.

La candidez de Grodman resultaba convincente.

—No, me sorprende usted. Estoy seguro de que no pudo mejorarlo mucho. Estoy pensando en su carta al *Vell Mell.* ¿Quién puede querer algo más pulido y refinado que eso?

—Vaya, qué honor, no sabía que la hubiera leído.

—Oh, sí, los dos la leímos —intervino la señora Wimp—. Le dije a mi marido lo inteligente y convincente que me pareció. Tras ver el extracto de la carta de la desdichada *fiancée* no cabe duda de que

fue un asesinato. El señor Wimp también quedó convencido de ello, ¿no es así, Edward?

Este tosió repentinamente. Era una afirmación verdadera, y por tanto, indiscreta.

Grodman tenía motivos para pavonearse. En ese momento, Wimp pensó que Grodman había hecho bien en no casarse. Este percibió la ironía de la situación y esbozó una sonrisa curiosa y burlona.

—El día en que nací —dijo la abuela política de Wimp—, hace más de cien años, asesinaron a un bebé.

Wimp se sorprendió deseando que hubiera sido ella ese bebé. Estaba ansioso por volver a sacar el tema de Cantercot.

—No hablemos de trabajo el día de Navidad. Además, el asesinato no es un tema muy apropiado.

—No, no lo es. ¿Cómo llegamos a él? Ah, sí, por Denzil Cantercot. ¡Ja! Es curioso, desde que Denzil escribió *Criminales que he detenido* no piensa más que en asesinatos. ¡Qué volátil es la mente de un poeta!

Los ojos de Wimp brillaron de excitación y desprecio por la ceguera de Grodman. Los de Grodman se burlaban de su jugueteo con Wimp. Si un extraño viera la escena, pensaría que toda la burla y el desprecio eran a costa del poeta.

Después de conducir a su rival a la cima, Grodman le dejó caer de nuevo con picardía.

—Menuda suerte para Denzil que tuviera coartada el día del caso Constant —dijo, en el mismo tono cándido y navideño.

—¿Una coartada? —gritó Wimp—. ¿En serio?

—Sí. Estaba con su mujer. Es mi criada, Jane. Ella mencionó por casualidad que estaban juntos.

Jane no había dicho nada por el estilo. Después de la conversación que había interceptado, Grodman se había propuesto descubrir la relación entre sus empleados. Dejó caer la expresión «su marido» y la pobre chica dio tal respingo al oírlo que ni siquiera intentó negarlo. Acerca de la coartada, no tenía ni idea de si era

cierta, pero por el momento resultaba suficiente para incomodar a Wimp y para que su huésped se apuntara un triunfo.

—Papá —dijo Wilfred Wimp—, ¿qué es una *cortada*?, ¿un tipo de lanzamiento?

—No, hijo mío. Significa estar en un sitio cuando suponen que estás en otro.

—Ah, como hacer novillos —dijo tímidamente Wilfred, cuyo maestro había desmontado a menudo varias de sus coartadas. Entonces, colgarán a ese tal Denzil.

¿Era una profecía? Wimp la tomó como tal, como un oráculo de los dioses que le impedía desconfiar de Grodman. Se dice que, a menudo, la sabiduría habla por boca de los niños, con más frecuencia cuando estos no recitan sus lecciones.

—Cuando yo estaba en la cuna, hace ya un siglo —interrumpió la abuela—, se colgaba a la gente por robar caballos.

La sentencia fue acogida con un largo silencio. Wimp estaba ocupado, pensando en cómo abordar a la criada de Grodman. Grodman estaba concentrado en la manera de aproximarse a la criada de Wimp. Ninguno de los dos escuchó las campanadas navideñas de medianoche.

El día siguiente amaneció desangelado y poco apacible. Una fina lluvia caía con languidez. Este clima es aceptable en un día festivo de los meses de verano, uno se lo puede esperar. Pero durante las vacaciones de diciembre resulta absolutamente excesivo. Deberían tomarse medidas para confundir al hombre del tiempo, que tan pronto como ve acercarse una festividad predice agua y más agua. A ratos, las reservas de lluvia parecían a punto de agotarse, e incluso el sol invernal brillaba débil y desvaído; y aunque los domingueros hubieran preferido un sol resplandeciente, festejaban esas tenues caricias como rayos de esperanza. Pero cuando parecía que iba a escampar definitivamente, volvía la lluvia, y los paraguas se abrían de nuevo. Las calles parecían praderas de champiñones ambulantes.

Denzil se sentó junto a la ventana envuelto en su abrigo de piel, mirando el paisaje de color acuarela. Fumaba su cigarrillo de después de cenar y hablaba sobre la Belleza. Crowl estaba con él. Se encontraban en la parte delantera del primer piso, el dormitorio de los Crowl. Con sus vistas a Mile End Road este cuarto estaba más animado que el salón, que daba al jardín. La señora Crowl profesaba un ferviente antitabaquismo en los dominios de su dormitorio, pero Peter no quería incomodar al poeta. Intuía que el tabaco y la poesía tenían algo en común; al fin y al cabo ambos eran modas.

La señora Crowl seguía refunfuñando en la cocina. Había organizado una excursión a Victoria Park con Peter y los niños. Soñaba con visitar el Crystal Palace, pero Santa Claus no había dejado regalos en los zapatos del zapatero. Además, con este tiempo, no podía arriesgarse a estropear la pluma de su sombrero. Los nueve mocosos manifestaron su decepción peleándose en las escaleras. Peter creía que su mujer le relacionaba de algún modo con la lluvia, y se sentía desdichado. ¿No era bastante desgracia que se hubiera visto privado del placer de señalar a una multitud supersticiosa las contradicciones mutuas entre el Levítico y el Cantar de los Cantares? No siempre podía contar con un auditorio semejante.

—¿Y aún dice que la Naturaleza es hermosa? —comentó a Denzil, señalando el cielo nublado y los goteantes aleros—. ¡Vieja y horrible es lo que es, como un espantapájaros!

—Y tanto que hoy lo parece —admitió Denzil—. Pero ¿no es la fealdad una forma suprema de la Belleza? Hace falta profundizar más en ella para descubrirlo, llegar a esta visión es un regalo sin precio que se otorga solo a unos pocos. Para mí, el espectáculo desolador de una lluvia quejumbrosa es tan hermoso como las ruinas de una ciudad al borde del mar.

—Sí, pero no le gustaría caminar bajo ella —dijo Peter, mientras la llovizna arreciaba.

—No siempre besamos a la mujer que amamos.

—Hable por usted, Denzil. Y) no soy más que un hombre sencillo, y me gustaría saber si la Naturaleza no será otra moda. ¡Vaya, por ahí va Mortlake! ¡Dios mío, un minuto bajo este aguacero basta para calarle a uno hasta los huesos!

El líder laborista caminaba con la cabeza agachada, pero no parecía darse cuenta del chaparrón hasta el instante en que Peter le llamó invitándole a resguardarse. Tras escucharle, sacudió la cabeza en una negativa.

—Ya sé que no puedo ofrecerle un salón lleno de duquesas —dijo Peter contrariado.

Nada en el mundo molestaba más a Tom que el que pensaran que era envarado y que no recordaba a sus viejos amigos, de modo que entró en la tienda. Se abrió camino entre los muchachos que se agarraban cariñosamente a sus rodillas, y se los quitó de encima lanzándoles un puñado de monedas de cobre por las que pelearse entre ellos.

Peter se lo encontró en la escalera, estrechó su mano con afecto y admiración y le llevó al dormitorio.

—Perdone lo que he dicho, Tom. No soy más que un hombre sencillo y a veces digo lo primero que se me pasa por la cabeza. Pero no es de corazón, no —Peter trató de esbozar una débil sonrisa en su rostro cetrino—. ¿Conoce al señor Cantercot, el poeta, verdad?

—Ya lo creo que nos conocemos; ¿cómo está, Tom? ¿Ha leído últimamente el *New Pork Herald*? No fueron malos los viejos tiempos, ¿eh?

—Sin duda; ojalá pudiera volver al pasado —dijo Tom.

—Tonterías —contestó Peter, efusivo—. Mira cuánto bien está haciendo a los trabajadores. O cómo colabora en acabar con las modas. Es una suerte tener talento, Tom. Solo la idea de imaginarle encerrado en una sala de cajistas... El trabajo físico está muy bien para los hombres sencillos como yo, sin ningún talento (aunque con el cerebro suficiente para ver la realidad y darse cuenta de que no tenemos alma, ni somos inmortales, ni nada de eso) y demasiado

egoístas como para buscar el bien común más allá del nuestro y el de nuestra mujer e hijos. Pero los hombres como usted y Cantercot no deberían anclarse en banalidades materiales. No es que piense que el evangelio de Cantercot no resulta de ayuda para las masas. Lo bello está muy bien para quienes no tienen otra cosa en que pensar, pero a mí denme la verdad. Por usted sí que apostaría, Mortlake. No, no estoy hablando de dar dinero a la campaña, si bien aporto lo poco que puedo, ¡el Cielo lo sabe (por cierto, cómo un lugar puede saber algo, solo el Cielo lo sabe)! Denos algo útil, Tom, eso es lo que el mundo quiere, y no la Belleza.

—Sócrates decía que lo útil es lo bello —dijo Denzil.

—Podría ser —contestó Peter—, pero lo bello no es útil.

—¡Tonterías! Fíjese en Jessie, quiero decir, en la señorita Dymond. Ahí tiene la combinación perfecta. Me recuerda tanto a Grace Darling Nota 6)... ¿Cómo se encuentra, Tom?

—¡Muerta! —espetó Tom.

—¿Qué? —Denzil palideció como un fantasma.

—Sí, leí en el periódico todo sobre su hazaña y el bote salvavidas.

—Ah, se refiere a Grace Darling —dijo Denzil, visiblemente aliviado—. Yo me refería a la señorita Dymond.

—No hace falta que se interese tanto por ella —dijo Tom, secamente—; en realidad no lo aprecia. Bueno, ha dejado de llover. Debería irme.

—No, quédese un poco más, Tom —suplicó Peter—. Leemos sobre usted en los periódicos pero le vemos poco el pelo. No tengo mucho tiempo para ir a escucharle, pero debería darme un capricho. ¿Cuándo es su próxima comparecencia pública?

—Siempre estoy compareciendo —dijo Tom, con una leve sonrisa —, pero mi próxima actuación importante será el 21 de enero, en la inauguración de un retrato del pobre señor Constant en el Club Break o'Day, en Bow. Han invitado a Gladstone y a otros peces gordos. Espero que el viejo acepte. Las únicas ocasiones en las que los dos

podemos hablar son en reuniones sin cariz político, como esta; nunca he compartido la tarima con él.

Tom olvidó su mal humor ante tal perspectiva y habló más animadamente.

—Espero que no la comparta mucho, Tom —dijo Peter—. ¡Ese hombre y sus modas sobre la Biblia y la monarquía! Es muy peligroso que alguien así acabe guiando a los radicales. Nunca llega a la raíz de nada, excepto a la de los robles Nota 7).

—¡Señor Cantercot! —la voz de la señora Crowl interrumpió la diatriba—. Hay un caballero que desea verle.

La nota de asombro con la que adornó la palabra «caballero» resultó deliciosa; y es que, para ella, poder airear sus sentimientos era tan dulce como una semana de alquiler. Denzil y Peter se habían alejado de la ventana con la llegada de Tom y no habían visto llegar al nuevo visitante, que había pasado un buen rato escuchando la cháchara de la señora Crowl antes de que esta le preguntara por el motivo de su visita.

—Si es amigo suyo, dígale que suba —dijo Peter.

El visitante no era otro que Wimp. Denzil tenía reservas acerca de su grado de amistad, pero no era el momento de manifestarlas.

—Mortlake está aquí —dijo—. ¿Quiere subir a verle?

En realidad Wimp hubiera preferido hablar a solas con Denzil, pero le siguió escaleras arriba, abriéndose paso entre los mocosos.

Formaban un extraño cuarteto. Wimp no esperaba encontrar a tanta gente en casa el día después de Navidad, pero no le importaba perder el tiempo. ¿No estaba Grodman también siguiendo un rastro? Era una suerte que Denzil se hubiera acercado a él en primer lugar para poder abordarle sin levantar sospechas.

Mortlake frunció el ceño cuando vio al detective. Se oponía a la Policía por principios. Sin embargo, a Crowl no le sonaba de nada, ni siquiera al oír su nombre. Estaba encantado de conocer a uno de los interesantes amigos de Denzil y le dio una cálida bienvenida. Probablemente fuera un editor, lo que explicaría por qué su apellido le traía vagos recuerdos. Llamó a su hijo mayor, le mandó a por

cerveza (los demás tenían derecho a seguir sus modas) y no sin cierta agitación pidió a su mujer que trajera unos vasos. La señora Crowl le recordaría aquella noche, en aquella misma habitación, que el dinero de la cerveza podía haber pagado las tasas escolares de media familia.

—Estábamos hablando del retrato del pobre Constant, señor Wimp —dijo inocentemente Peter—. Según Mortlake, van a inaugurarlo el próximo día 21 en el Break o'Day.

—Ah —contestó Wimp, encantado de ahorrarse la molestia de sacar la conversación—, una cuestión intrigante, señor Crowl.

—Es lo correcto. Tiene que haber un recuerdo suyo en el barrio por el que trabajó y en el que murió. ¡Pobre diablo! —el zapatero se enjugó una lágrima.

—Sí, es de justicia —replicó Mortlake, con cierto entusiasmo—. Era un tipo noble, un auténtico filántropo. El único trabajador verdaderamente desinteresado que he conocido.

—Y tanto que lo era —dijo Peter—, y qué rara virtud es el desinterés. Pobre hombre, pobre. Y predicaba lo útil, además. Nunca he conocido a nadie así. Ojalá hubiera un Cielo al que pudiera ir —se sonó la nariz violentamente con un pañuelo rojo.

—Bueno, si lo hay, allí es donde estará —señaló Tom.

—Yo espero que lo haya —añadió fervientemente Wimp—, pero no me gustaría ir de la manera en que lo ha hecho él.

—Tom, usted fue el último en verlo, ¿no es así? —dijo Denzil.

—Oh, no —contestó Tom rápidamente—. Recuerde que salió de casa después de mí, o eso declaró la señora Drabdump.

—En esa última conversación con usted —repitió Denzil—, ¿no dijo nada que le llevara a pensar...?

—¡Por supuesto que no! —interrumpió Mortlake, impaciente.

—¿De verdad cree que fue asesinado, Tom? —preguntó Denzil.

—La opinión del señor Wimp es más valiosa que la mía. Puede haber sido un suicidio. Los hombres a veces se cansan de vivir, especialmente si se aburren —añadió intencionadamente.

—Pero usted fue la última persona con la que se sabe que estuvo —insistió Denzil.

Crowl rio.

—¡Ahí le han pillado, Tom!

Pero no por mucho tiempo, pues Mortlake se marchó con un aspecto bastante más malhumorado que el que tenía al llegar. Wimp partió poco después, dejando a Crowl y Denzil con su interminable conversación sobre lo útil y lo bello.

Wimp se dirigió hacia el oeste. Intentaba atar varios cabos sueltos, *y* se sorprendió paseando por el cementerio de Kensal Green. Caminó entre las avenidas hasta una tumba y apuntó la fecha de la muerte.

Era un día para envidiar a los muertos. El cielo opaco y cargado, el gotear de los árboles sin hojas, la hierba encharcada, el hedor de la tierra... Todos los elementos se conjuraban para hacerle a uno desear el calor de una tumba confortable, alejada del plúmbeo tedio de la vida.

De repente, el detective vio una figura que hizo que su corazón palpitara de entusiasmo. Era una mujer envuelta en un chal, con un sombrero marrón, de pie frente a una tumba vallada. No llevaba paraguas. La lluvia caía lúgubremente sobre ella, sin dejar huella en sus ropas ya empapadas. Wimp la rodeó sigilosamente, sin que ella se diera cuenta. Sus ojos estaban absortos en la tumba, que parecía tragárselos en un hechizo morboso. Siguió su mirada. La lápida tan solo rezaba un nombre: Arthur Constant.

Wimp le tocó en el hombro. La señora Drabdump se giró sobresaltada, mortalmente pálida, mirándole sin reconocerle.

—Seguramente me recuerde —dijo—. He ido a su casa una o dos veces a propósito de este pobre caballero —dijo, señalando la tumba con la mirada.

—¡Dios mío! Ahora le recuerdo.

—¿Quiere resguardarse bajo mi paraguas? Debe de estar calada hasta los huesos.

—No me importa, señor. No puede perjudicarme mucho. Tengo reuma desde hace veinte años.

La señora Drabdump rechazó la oferta de Wimp, no tanto porque fuera un hombre como porque era un caballero. Le gustaba ver que la clase alta mantenía su lugar, sin dejarse contaminar por el contacto con las castas inferiores.

—Parece que se ha estancado el tiempo; seguirá lloviendo cuando entre el nuevo año —profetizó—, y dicen que lo que mal empieza mal acaba.

La señora Drabdump era una de esas personas que parecen haber nacido convocación de barómetro.

—¿Por qué está en este horrible lugar, tan lejos de su casa? —preguntó el detective.

—Hoy es festivo —le recordó la señora Drabdump, con entonación de sorpresa—. Siempre voy de excursión los días de fiesta.

Nota 6

Grace Darling (1815-1842), hija de un farero inglés. En 1838, participó en el rescate de un naufragio en la isla de Longstone. Wordsworth le dedicó un poema que lleva su nombre.

Volver

Nota 7

William Gladstone (1809-1898), primer ministro británico. La tala de árboles, que tenía como pasatiempo, le costó alguna que otra burla entre sus colegas del Parlamento.

Volver

VIII

El año nuevo trajo a la señora Drabdump un nuevo inquilino, un anciano de larga barba gris. Alquiló las habitaciones del difunto señor Constant y llevó una vida retirada.

Las habitaciones encantadas —o las habitaciones que deberían estar encantadas si los espíritus de quienes en ellas fueron asesinados tuvieran un poco de autoestima— se alquilan, supuestamente, por un precio por debajo del mercado (según esta regla, con que los fantasmas de las víctimas del señor Balfour Nota 8) hubieran depreciado el valor de la propiedad hasta equilibrarlo con el de las subvenciones a la agricultura, el problema irlandés podría haber quedado resuelto). Sin embargo, el inquilino de la señora Drabdump ofreció tanto dinero por las habitaciones que incluso levantó sospechas de tener algún interés particular en los fantasmas. Quizás fuera miembro de la Sociedad Psíquica. El vecindario lo tenía por un filántropo chiflado más pero, como al parecer no hacía ningún bien a nadie, se volvió a admitir su cordura.

Mortlake, quien ocasionalmente se cruzaba con él, jamás le concedió un pensamiento. Bastante tenía con sus propios asuntos y problemas. A pesar de que trabajaba más que nunca, las fuerzas le habían abandonado. En ocasiones, se dejaba llevar por raptos de elocuencia con los que se flagelaba hasta sentir una compasión e indignación genuinas por los sufrimientos de sus hermanos. Sin embargo, la mayor parte del tiempo iba tirando de un modo vago y mecánico. Seguía con sus mítines provinciales, un día aquí y otro

allá, y en todas partes los asistentes comentaban lo cansado que parecía.

Se llegó a discutir la posibilidad de reunir fondos para pagarle unas vacaciones en el continente, un lujo obviamente inalcanzable para su asignación semanal de unas pocas libras. El nuevo inquilino podría haber contribuido a la colecta, ya que, al parecer, le encantaba ocupar el cuarto de Mortlake las noches en que este se ausentaba. Sin embargo, era lo bastante considerado como para no despertar la atención de la patrona con ruidos inoportunos cuando esta se afanaba en alguna tarea en la habitación contigua. Wimp, pues no se trataba de otra persona, siempre era muy cuidadoso.

Mientras, se acercaba el día 21 y Bow hervía de entusiasmo. El señor Gladstone había confirmado su presencia en la inauguración del retrato de Arthur Constant, regalado por un donante anónimo al Break o'Day. Iba a ser una gran velada, ajena a cualquier interés político. Incluso los conservadores y los socialistas se sentían legitimados para abrumar al comité organizador solicitando invitaciones; y eso por no hablar de las damas. Dado que el comité tampoco quería perdérselo, tuvo que rechazar nueve de cada diez solicitudes de asistencia, como a menudo ocurre en estos eventos. Los miembros del comité decidieron retirárselas al bello sexo en su conjunto, como único medio de librarse de sus esposas, quienes eran capaces de pronunciar discursos más largos que el propio Gladstone. Cada organizador dijo a sus hermanas, primas y tías que el resto había insistido en despojar al evento de todo encanto, y ¿qué podía hacer un hombre cuando se encontraba en minoría?

Crowl, que no era miembro del Break o'Day, estaba particularmente ansioso por escuchar al gran orador, pese a que lo despreciaba. Afortunadamente, Mortlake recordaba el interés que el zapatero había manifestado por escucharle a él también, y le envió una invitación la víspera de la ceremonia. Crowl se encontraba aún embargado por la euforia cuando, tras una ausencia de tres días, apareció Cantercot. Su ropa estaba sucia y andrajosa, su sombrero

deformado, la barba apelmazada y los ojos inyectados en sangre. Al zapatero casi se le cae la invitación al verlo.

—Bueno, Cantercot —resolló—. ¿Dónde ha estado todos estos días?

—¡He estado terriblemente ocupado! —dijo Denzil—. Deme un vaso de agua. Estoy más seco que el Sahara.

Crowl se apresuró a buscar el agua, esforzándose por que la señora Crowl no se enterara del regreso del inquilino. Su mujer se había explayado a gusto, en unos términos nada líricos, durante la ausencia del poeta. No había vacilado en calificarle de gorrón y timador, y en acusarle de haber huido para no tener que afrontar sus obligaciones. El inocentón de su marido podía estar seguro de que no volverían a verle el pelo al muy sinvergüenza.

Y, sin embargo, la señora Crowl se equivocaba. Allí estaba Denzil otra vez. Pero el señor Crowl no se sintió vencedor. No tenía ningún interés en dirigirse a su esposa con un «¿Ves? ¡te lo dije!», por mucho que esta frase sea, para algunos hombres, un consuelo mayor que la religión en muchas de las desventuras de su vida. Por desgracia, para conseguir el agua, Crowl tenía que ir a la cocina, y siendo un hombre tan moderado, esa ansia repentina de beber despertó la sospecha de la mujer de la casa. Crowl se vio obligado a explicar la situación y la señora Crowl corrió hacia la tienda, con su consternado marido pegado a sus talones, dejando a su paso una estela de agua derramada.

—Usted, gandul, fantoche inútil, ¿dónde...?

—Cálmate, mujer. Déjale beber; el señor Cantercot está sediento.

—¿Le importa a él si mis hijos están hambrientos?

Denzil tragó el agua con deleite, paladeándola casi como si se tratara de una copa de *brandy.*

—Señora —dijo, lamiéndose los labios—, me importa; me importa mucho. Pocas cosas me apenan más en el mundo que escuchar que un niño, un precioso pequeño (la esencia de la Belleza) padece hambre. Se equivoca conmigo.

Su voz temblaba, ofendida por la injuria. Las lágrimas asomaban a sus ojos.

—¿Le malinterpreto? No tengo ningún deseo de malinterpretarle. Lo que realmente me gustaría es ahorcarle.

—No hable de cosas tan horribles —dijo Denzil, tocándose nerviosamente la garganta.

—Bueno, ¿qué ha estado haciendo todo este tiempo?

—¿Por qué lo pregunta? ¿Qué debería haber estado haciendo?

—¡Cómo iba yo a saber lo que había sido de usted! Pensé que se trataba de otro asesinato.

—¿Qué? —el vaso de Denzil se hizo añicos contra el suelo—. ¿Qué quiere decir?

La señora Crowl estaba demasiado absorta escudriñando maliciosamente a Denzil como para contestar, pero él captó el mensaje. Resultaba claro como la luz del día, y era: «Ha destrozado un vaso de la vajilla buena. Ha dilapidado tres peniques o, lo que es lo mismo, las tasas escolares semanales de media familia».

Peter deseó que la tormenta siguiera cayendo sobre Denzil, ya que este estaba habituado a las inclemencias y le resbalaría. Se agachó y recogió los trozos de cristal con tanto cuidado como si fueran añicos del Koh-i-noor Nota 9). Los rayos pasaron inofensivamente por encima de su cabeza y volaron hacia Cantercot.

—¿Qué quiero decir? ¡Solo que no habría estado mal si le hubieran asesinado!

—Sin duda tiene usted unas ideas horribles.

—Sí, pero ciertamente prácticas —replicó la señora Crowl, que no había vivido tantos años con Peter en vano—. Y si no le han asesinado, ¿a qué se ha dedicado entonces?

—Querida, querida —intervino Crowl, desaprobando a su mujer desde su cuadrúpeda posición, como un perro triste—, tú no eres la guardiana de Cantercot.

—¿Ah, no? ¿Quién le guarda entonces, me pregunto?

Peter continuaba recogiendo los pedazos del Koh-i-noor.

—No tengo secretos para la señora Crowl —dijo Denzil cortésmente—. He estado trabajando día y noche en un nuevo asunto. No he echado ni una cabezada en tres noches.

Peter alzó la vista hacia sus ojos enrojecidos con respetuoso interés.

—Me topé con mi socio capitalista, un viejo amigo mío, en mitad de la calle. Yo estaba encantado con el *rencontre,* así que le conté la idea a la que había estado dándole vueltas durante meses, y él me prometió hacerse cargo de todo.

—¿Qué tipo de asunto? —preguntó Peter.

—¿Necesita preguntarlo? ¿A qué cree que he dedicado mis días y mis noches, sino al cultivo de la Belleza?

—¿Es ese el tema del trabajo?

—Sí. La Belleza.

—Sí, claro —bufó la señora Crowl—. Seguro que son retratos de actrices.

—¿Retratos? Oh, no. Eso sería lo tangible, no lo bello.

—¿Y cuál es el nombre de ese trabajo? —preguntó Crowl.

—Me temo que es secreto, Peter. Como a Scott, me gustaría permanecer anónimo.

—Esa es una moda. No soy más que un hombre sencillo y no entiendo de dónde viene tanto furor por el anonimato. Si tuviera algún talento, me gustaría que me lo reconocieran. Es un sentimiento natural y justo, me parece.

—Antinatural, Peter, antinatural. Todos nacemos siendo anónimos, y estoy a favor de seguir en sintonía con la Naturaleza. Para mí, es suficiente con difundir la Belleza. ¿Ha llegado alguna carta en mi ausencia, señora Crowl?

—No —le espetó—. Pero ha llamado un tal Grodman. Dijo que llevaba bastante tiempo sin verle, y pareció alarmado cuando contesté que se hallaba en paradero desconocido. ¿Cuánto le debe?

—Es él quien está en deuda conmigo. Me encargó escribir un libro y el muy pícaro se ha llevado todo el mérito por mi trabajo. Mi

nombre no aparece ni en el prefacio. ¿Qué es eso que está buscando con tanto ahínco, Peter?

—Una invitación para esta noche. Se inaugura el retrato de Constant y va a hablar Gladstone. Hay una gran demanda de asientos.

—¡Gladstone! —exclamó Denzil—. ¿Quién quiere escuchar a ese? ¡Un hombre que ha dedicado su vida a derribar los pilares de la Iglesia y el Estado!

—Un hombre que ha dedicado su vida a apuntalar las modas decadentes de la religión y la monarquía. Pero no cabe duda de que tiene algún don, y ardo en deseos de escucharle.

—No me desviaría un centímetro de mi camino para oírle —dijo Denzil, y se dirigió hacia su habitación.

A la hora del té, cuando la señora Crowl encargó a uno de los chicos que le subiera una taza bien cargada, lo encontraron dormido con la ropa puesta, roncando de un modo muy alejado de la belleza.

Iba cayendo la noche, y con ella una espléndida helada. La carretera de Whitechapel vibraba con el jolgorio nocturno, igual que un sábado por la noche. Las estrellas brillaban como los letreros luminosos de unos vendedores celestiales. Los congregados esperaban ansiosos la aparición del señor Gladstone. Seguramente había llegado por la carretera de West Bow, pero nadie le vio a él ni a su vehículo, salvo los que estaban más cerca del auditorio. Quizás había recorrido la mayor parte del camino en tranvía, para evitar resfriarse en un carruaje abierto o golpearse la cabeza contra la ventana en uno cerrado.

«Ni que fuera un príncipe alemán o un rey caníbal», dijo Crowl amargamente mientras arrastraba los pies hacia el Club. «Tendríamos que haber empapelado Mile End con guirnaldas y banderolas. Aunque pensándolo bien, quizás haya sido una deferencia. Él conoce Londres, y es inútil ocultarle la realidad. Los monarcas deben de tener una noción muy curiosa de las ciudades.

Quizás piensen que todos vivimos caminando bajo arcos del triunfo, entre un agitar de banderitas; como si yo me dedicara a remendar zapatos con el traje de los domingos». Por azares del calendario, eso era justo lo que llevaba puesto Crowl, y caer en la cuenta acentuó su sonrisa.

«¿Y por qué no debería estar la vida más llena de belleza?», dijo Denzil. El poeta había cepillado renuentes pegotes de barro de su atuendo hasta que estos se negaron a seguir saliendo, y se había lavado la cara, aunque sus ojos seguían un tanto somnolientos como consecuencia de la búsqueda de la Belleza. Estaba acompañando a Crowl hasta el Club en honor a su camaradería. A su vez, Denzil iba acompañado por Grodman, aunque con menor entusiasmo. Aún más discretamente, la sombra de Scotland Yard, encarnada en los hombres de Wimp, secundaba a Grodman.

En las inmediaciones del Club se congregaba una indescriptible pero creciente multitud. La Policía, las taquilleras y los administradores se las veían y se las deseaban para contener la marea de quienes no tenían invitación. Tanta o más dificultad encontraban los privilegiados para atravesar dicha marea y acceder al Club. Las calles estaban abarrotadas de almas que anhelaban avistar a Gladstone.

Mortlake apareció en un coche de punto. Consciente de su popularidad, su cabeza oscilaba como un péndulo, tambaleándose y haciendo reverencias a izquierda y derecha. Recibió una explosión de emoción contenida.

—Bueno, adiós, Cantercot —dijo Crowl.

—Le acompaño hasta la puerta, Peter.

Hombro con hombro, se abrieron camino.

Ahora que Grodman había dado con Denzil, no pensaba perderle de vista. Le había encontrado por casualidad mientras acudía a la ceremonia inaugural, a la que había sido invitado en agradecimiento a su conocida dedicación a revelar misterios. Cruzó unas palabras con uno de los policías, que respondió: «Sí, sí, señor», y se preparó para, llegado el caso, renunciar al placer de escuchar a Gladstone

por seguir a Denzil, con la vaga promesa de encontrar en ello una emoción más fuerte. Su arresto no podía demorarse por más tiempo.

Denzil seguía pisándole los talones a Crowl, lo que le parecía perfecto a Grodman, que podría disfrutar de un doble placer. Pero Denzil se detuvo a mitad de camino hacia la puerta.

—Su invitación, señor.

Denzil se irguió en toda su estatura.

—Prensa —dijo majestuosamente. Todas las glorias y grandezas del Cuarto Poder se concentraron en ese arrogante monosílabo. El mismo Cielo está lleno de periodistas que han intimidado a san Pedro. Sin embargo, el portero era un auténtico dragón.

—¿De qué periódico, señor?

—Del *New Pork Herald* —espetó Denzil. No le gustaba que desconfiaran de su palabra.

—¡Oh, del *New York Herald*! —escuchó decir a uno de los delegados cercanos, que había captado de refilón parte de su frase —. Déjele entrar.

Y en un abrir y cerrar de ojos, Denzil se coló en el recinto.

El breve altercado había dado tiempo suficiente a Wimp para acercarse. Ni siquiera él podía conseguir que su rostro resultara del todo impenetrable; había cierta intensidad contenida en sus ojos y una carcajada sin esbozar en su boca. Siguiendo de cerca a Denzil, entró topándose en la puerta con Grodman. Los dos hombres estaban tan ensimismados pensando en su inminente golpe de efecto que, durante unos segundos, pugnaron por entrar primero sin reconocerse. Cuando lo hicieron, se estrecharon las manos cordialmente.

—Es Cantercot ese que acaba de entrar, ¿verdad? —dijo Wimp.

—No me había dado cuenta —respondió Grodman, en un tono de absoluta indiferencia.

En el fondo, Wimp estaba profundamente emocionado. Iba a ejecutar su golpe en circunstancias sensacionales. Los hechos se habían aliado para que todos los ojos del país se giraran hacia él; más aún, del mundo entero, pues ¿no se había hecho ya popular en

todo el planeta el gran misterio de Bow? Eran estos tiempos en los que los criminales lograban una reputación cosmopolita, privilegio que compartían con algunos otros artistas. Hoy Wimp sería uno de ellos y, en su opinión, con toda justicia. Si bien el criminal había sido astuto hasta la genialidad al planificar el asesinato, él no había sido menos agudo, casi adivino, en su resolución. Nunca antes había reconstruido un rompecabezas tan enorme. No podía resistirse a recrear un esquema sensacional para resolver el sensacional misterio. Poseía un marcado instinto para el drama, que le hacía sentirse como un autor teatral que ha creado una sólida trama melodramática y a quien, de pronto, le ofrecen el escenario de Drury Lane Nota 10) para su representación. Le parecía una locura negarse ese lujo, aunque la presencia de Gladstone y la naturaleza de la ceremonia tal vez deberían haberle sugerido lo contrario. Sin embargo, por otro lado, estos eran los factores esenciales de tal lujo.

Wimp entró y tomó asiento detrás de Denzil. Los asientos estaban numerados pero, a juzgar por el caos reinante, tan solo para que todo el mundo pudiera tener la satisfacción de ocupar el de otra persona. Denzil ocupaba unas butacas reservadas en la primera fila, justo al lado del pasillo central; Crowl fue acomodado en una esquina en la parte trasera de la sala, detrás de una columna. Por su parte, Grodman había sido honrado con un asiento en el estrado, accesible por los dos pasillos laterales. Mantenía los ojos clavados en Denzil.

El retrato del infausto idealista que protagonizaba el homenaje colgaba en la pared tras la cabeza de Grodman, cubierto por una cortina de batista marrón. Como zumbido de fondo, se oía un tenue par loteo entusiasmado, roto puntualmente por los gritos cuando hacía su aparición algún caballero reputado o cuando algún personaje de Bow alcanzaba el estrado. Pronto, la plataforma se llenó de miembros locales del Parlamento pertenecientes a todas las ideologías, varios parlamentarios satélites del protagonista, tres o cuatro líderes laboristas, un par de filántropos pretenciosos, una pizca de Toynbee y Oxford Hall, el presidente, varios cargos

honorarios, familiares, amigos, y el inevitable porcentaje de curiosos a los que no se les había perdido nada allí.

Gladstone llegó tarde —más que Mortlake, quien, al entrar, fue ovacionado al compás de *Es un muchacho excelente,* como si se tratara de un cumpleaños—, justo a tiempo para agradecer el cumplido. El estruendo de la melodía, entonada con pulmones de hierro, había ahogado los «hurras» que anunciaban la llegada del viejo. La convivencia de ambos coros llegó hasta Mortlake con el efecto de una copa de champán. Sus ojos se velaron y humedecieron. Se vio a sí mismo nadando hacia el nuevo siglo entre oleadas de entusiasmo. ¡Oh, cuánto deberían recompensar a sus compañeros de fatigas por su confianza en él! Con su habitual cortesía y consideración, el señor Gladstone se había negado a descubrir él mismo el retrato de Arthur Constant. «Eso», dijo en su tarjeta postal, «recaerá más apropiadamente en el señor Mortlake, quien, según me dio a entender, disfrutó de la amistad personal del difunto señor Constant, y colaboró con él en la organización eficiente de trabajos cualificados y no cualificados y en la difusión de los más altos ideales (los del cultivo personal y la moderación) entre los obreros de Bow, que han tenido la fortuna, como hoy puedo comprobar, de tener de su lado (de modo temporal, por desgracia) a dos hombres de virtud y valía irreprochables, para dirigirles por un camino que (si bien yo no seguiría en todos sus recodos) sí se ha probado adecuado para acercarlos a ideales valiosos y para extender la esperanza entre las clases trabajadoras de este magnífico imperio que han contribuido a crear».

El discurso del señor Gladstone era una extensión de su tarjeta postal, sin más signos de puntuación que los dictados por los aplausos. Lo único original en él era la manera graciosa y conmovedora en que reveló que el retrato había sido pintado y presentado al Club Break o’Day por Lucy Brent, quien, en circunstancias mejores, se habría convertido en la esposa del señor Constant. Era un cuadro para el que Arthur había posado en vida, y desde su muerte, Lucy había ahogado su pena trabajando duro en él

para terminarlo. Este dato aportó un toque de patetismo a la ocasión.

El rostro de Crowl estaba oculto tras un pañuelo rojo; el brillo excitado de su mirada se había eclipsado unos momentos por las lágrimas al pensar en la señora Wimp y en Wilfred. En cuanto a Grodman, tenía un nudo en la garganta. Denzil Cantercot era el único hombre impasible de la sala. Pensó que el episodio estaba casi demasiado lleno de Belleza, y ya lo estaba mejorando en forma de rima.

Al término de su discurso, el señor Gladstone pidió a Tom Mortlake que desvelara el retrato. Tom se levantó, pálido y emocionado. Su mano vaciló al contacto con el cordón. Parecía desbordado por los sentimientos. ¿Fue la mención de Lucy Brent la que lo había conmovido tan profundamente?

La cortina marrón se hizo a un lado y el muerto resurgió tal y como había sido en vida. Cada uno de sus rasgos, pintado por la mano del amor, expresaba el instinto por la vida: un rostro hermoso y determinado, los ojos tristes y amables, la frente noble, ocupada en resolver el rompecabezas de la Humanidad. Un escalofrío recorrió la sala, envuelta en un murmullo indefinido. ¡Oh, *pathos*—, oh tragedia! Nubladas por la emoción, todas las miradas estaban fijas bien en el rostro del difunto del retrato, bien en el hombre pálido y agitado, visiblemente incapaz de articular palabra, que permanecía junto al lienzo.

De repente, una mano se posó en el hombro del líder sindical, y una voz clara y decidida resonó en la sala. Era Wimp quien hablaba: «Tom Mortlake, queda arrestado por el asesinato de Arthur Constant».

Nota 8

Arthur James Balfour (1848-1930), político conservador británico que ejecutó violentas medidas contra el movimiento independentista irlandés durante su mandato como gobernador de ese territorio.

Volver

Note 9

Diamante de origen indio que llegó a ser considerado como el más grande del mundo.

Volver

Nota 10
Histórico teatro londinense, el más antiguo de los escenarios ingleses.

Volver

IX

Un silencio penetrante y terrible reinó durante unos instantes. El rostro de Mortlake era el de un cadáver; a su lado, el retrato del muerto resplandecía con todos los matices de la vida. Para los nervios tensados de los espectadores, los ojos melancólicos de la imagen parecían amenazados, tristes y severos, cargados de lúgubre fatalidad. Era un contraste horrible. Solo Wimp veía en el retrato un significado más pleno y trágico. El público parecía petrificado. Sentados o de pie, tanto daba, permanecían helados, rígidos. La imagen de Arthur Constant, el único ser vivo en una sala llena de cadáveres, dominaba la escena. Pero solo duró un momento. Mortlake se sacudió la mano del detective.

—¡Muchachos! —gritó, con tono de indignación infinita—, todo esto no es más que una conspiración de la Policía.

Sus palabras relajaron la tensión. Las figuras de piedra volvieron a moverse. Un bullicio sordo fue la respuesta a sus palabras. El zapatero salió corriendo a toda velocidad desde detrás de la columna y se encaramó a un banco. Las venas de su frente se hincharon con el entusiasmo. Parecía un gigante vigilando el pasillo.

—¡Muchachos! —rugió, con su mejor voz de Victoria Park—, escuchadme. Este cargo es una completa y condenada mentira.

«¡Bravo!», «¡Eso, eso!», «¡Hurra!», «¡Lo es!», rugió un eco de respuesta desde todas partes de la sala. Los congregados se pusieron en pie, en actitudes desafiantes, excitados en grado sumo.

—¡Muchachos! —gritó Peter de nuevo—. Todos me conocéis. Soy un hombre sencillo, y me pregunto si es probable que un hombre

como yo mate a su mejor amigo.

Un potente «¡no!» retumbó en la sala.

Wimp no había calculado bien la popularidad de Mortlake. Se puso de pie en el estrado, tan pálido y ansioso como su prisionero.

—Y si lo hice, ¿por qué no lo demuestran? —continuó Mortlake.

—¡Eso, eso! —bramó la multitud.

—Y si quieren arrestarme, ¿por qué no esperar hasta que termine la ceremonia? Tom Mortlake no huirá a ninguna parte.

—¡Mortlake! ¡Mortlake! ¡Tres hurras por Tom Mortlake! ¡Hip, hip! ¡Hurra! ¡Tres abucheos para la Policía! *¡Buu, buu, buuuuu!*

El melodrama de Wimp no transcurría tal y como lo había planeado. Se sentía como un autor que empieza a escuchar silbidos subiendo desde el foso. Ahora se arrepentía de haber elegido la inauguración del retrato para representar su drama. Casi inconscientemente, los policías, esparcidos por la sala, se reagruparon. La gente del estrado no sabía qué hacer; seguían en pie, apelotonados. Incluso el discurso del señor Gladstone pasó a un segundo plano, dadas las circunstancias. Los abucheos cesaron; los vítores a Mortlake crecieron y bajaron antes de subir de nuevo. Se oía un estruendo de bastones y paraguas golpeando contra el suelo, de pies zapateando, se agitaban los pañuelos, un clamor inundaba la sala. La muchedumbre abigarrada en las inmediaciones crecía por momentos, haciéndose eco de los vítores; un entusiasmo arrollador se expandió varios metros a la redonda. Finalmente, Tom pidió la palabra, y el estruendo se redujo hasta extinguirse. El prisionero se adueñó de la situación.

Grodman se mantenía en el estrado, sujetándose al respaldo de la silla, con un curioso y burlón brillo mefistofélico en su mirada, y una media sonrisa esbozada en los labios. No tenía prisa en arrestar a Denzil Cantercot. Wimp había cometido un error atroz, colosal. En el corazón de Grodman se instaló una tranquilidad semejante a la de un hombre feliz tras haber puesto a prueba sus nervios para ganar un partido crucial. Casi sintió ternura por Denzil.

—Estimados caballeros: es para mí un melancólico placer haber sido honrado con la tarea de inaugurar esta noche el retrato de un gran benefactor de Bow y un verdadero amigo de las clases trabajadoras. Tal honor no tiene razón de ser salvo porque él me honró con su amistad mientras vivía, y porque mis aspiraciones, de un modo pequeño y restringido, han sido idénticas a las suyas. Confío en que todos encontremos inspiración cotidiana en los muertos que han vivido en nuestros corazones, gracias a esta noble obra de arte forjada por la mano de alguien que lo amaba.

El orador hizo una pausa mientras el eco de su voz vacilaba en el silencio.

—Si nosotros, humildes obreros de Bow, no podemos soñar con ejercer una décima parte de la influencia benéfica ejercida por Arthur Constant, al menos podemos caminar bajo la luz que él encendió entre nosotros: una lámpara perpetua de hermandad y sacrificio.

No pudo seguir hablando. La sala estalló en vítores. Tom Mortlake volvió a su asiento. Para Wimp, su audacia rayaba en lo sublime; para Denzil, casi alcanzaba la Belleza. Volvió a hacerse el silencio. El señor Gladstone gesticulaba, como queriendo decir algo sin encontrar las palabras. No había presenciado una escena semejante en toda su vida. Parecía a punto de levantarse, pero los vítores habían sido reemplazados por un doloroso silencio. Wimp aceleró la situación poniendo de nuevo la mano sobre el hombro de Tom.

—Venga conmigo sin alborotar.

Sus palabras eran casi un susurro, pero en el silencio circundante se escucharon hasta en el último rincón de la sala.

—¡No vayas, Tom! —exclamó Peter. La llamada desencadenó un acorde de disidencia en cada pecho, y un murmullo siniestro recorrió el salón.

Tom se levantó y de nuevo se hizo el silencio.

—Muchachos, dejadme ir. Que cesen las protestas. Estaré con vosotros mañana.

Pero la sangre de los miembros del Club ardía de fiebre. Se hizo el caos. Tom seguía sin moverse. Media docena de hombres, encabezados por Peter, subieron al estrado. Los invasores dejaron a Wimp a un lado, formando un círculo alrededor de la silla de Tom. Los anteriores ocupantes del estrado se fueron alejando discretamente hacia las esquinas o incluso desaparecieron por la parte trasera. Los miembros del Comité se congratulaban por haber excluido de la invitación a las damas.

Los acompañantes del señor Gladstone escoltaron al viejo al carruaje; la trifulca prometía ser épica. Grodman se situó a un lado del estrado, secretamente divertido y sin preocuparse ya de Denzil Cantercot, que estaba templando sus nervios en el bar de la planta superior. La Policía de la sala hizo sonar sus silbatos, y más agentes se precipitaron hacia el interior. Un diputado irlandés, embargado por la emoción, agitaba su pañuelo de algodón desde el estrado, olvidando su recién estrenada respetabilidad y soñando ya con su regreso a la feria de Donnybrook Nota 11).

Alguien derribó a un agente de un porrazo. Una lluvia de puñetazos cayó sobre el rostro del agresor, que se tambaleó hacia atrás sangrando. La tormenta se desató en toda su furia. Vista desde arriba, la muchedumbre parecía un negro mar de bastones, palos y paraguas, con pálidas salpicaduras de nudillos y puños crispados. Los gritos, gemidos y alaridos se superponían en una sinfonía grotesca, como un movimiento infernal compuesto por Dvořák. Mortlake permaneció impasible, con los brazos cruzados, mientras la batalla campal se desplegaba a su alrededor como el agua que se arremolina alrededor de una roca firme. Un grupo de policías se abrió paso hacia el estrado, cargando contra sus escalones, y fue rechazado de nuevo como por un ariete. Durante un momento, el bastión de Mortlake estuvo a punto de ser tomado. Entonces ocurrió el milagro.

Como si una diosa de antaño que, al ver a su héroe en peligro, tomara una nube del celestial Júpiter e hiciera caer la noche para que

los adversarios chocaran entre ellos en la oscuridad, Crowl improvisó, y cerró la llave del gas para proteger a su amigo.

Una noche ártica, a la que no precedió ocaso alguno, se cernió sobre la sala. La oscuridad podía palparse, y dejó buena cantidad de sangre y moratones tras de sí. Cuando las luces se encendieron de nuevo, varios de los alborotadores fueron arrestados, pero Mortlake ya no estaba allí. Inalterable, el retrato del fallecido que luchó en vida por traer paz a la Tierra permanecía en su sitio.

Crowl, con la cabeza vendada, se sentó mansamente a tomar su cena, compuesta por un poco de pan y queso. Mientras, Denzil Cantercot le contaba la historia de cómo había rescatado a Tom Mortlake. Había sido de los primeros en alcanzar el estrado, y no abandonó a Tom en el frente de batalla hasta verle en la calle, a salvo de todo peligro.

—Me alegra que le viera escapar ileso —dijo Crowl—. No estaba seguro de que lo consiguiera.

—Sí, pero ojalá algún cobarde no hubiera apagado el gas. Me gusta que los hombres vean a qué se enfrentan.

—Parecía más fácil de ese modo —vaciló Crowl.

—¡Más fácil! —repitió Denzil, sorbiendo un trago de cerveza—. De verdad, Peter, me apena que siempre tome posiciones tan simples. Puede ser más sencillo, pero resulta lamentable. Conmociona el propio sentido de lo bello.

Crowl, avergonzado, siguió con su cena.

—¿Y qué necesidad había de que te rompieras la cabeza para salvar la suya? —intervino la señora Crowl—. Deberían atraparle.

—Oh, no tiene nada de práctico, pero no lo pensé en aquel momento.

Peter se atragantó con el agua, lo que le dio un aspecto aún más confuso. Comenzó a comprender que podrían interrogarle sobre lo sucedido. Había desempeñado un papel demasiado protagonista.

Mientras tanto, la señora Wimp limpiaba con árnica el ojo magullado de su esposo. El melodrama orquestado por Wimp había resultado ser todo un espectáculo; salvo por que la virtud había sido derrotada y había triunfado el vicio. El villano había conseguido escapar sin soltar ni un puñetazo.

Nota 11

Famosa en la época por sus violentos disturbios y el grado de ebriedad que alcanzaban sus visitantes.

Volver

X

Al día siguiente, los periódicos tenían material suficiente como para llenar varias ediciones. La flamante ceremonia con el discurso de Gladstone y el sensacional arresto habrían bastado para cubrir holgadamente las noticias del día. Pero la personalidad del hombre detenido y la «Batalla del Gran Misterio de Bow», tal y como pasó a denominarse, eran el condimento perfecto para aderezar semejante menú de sucesos.

El comportamiento de Mortlake fue el colofón de las noticias. Abandonó el recinto mientras las luces estaban apagadas, pasó desapercibido por entre la multitud de policías desplegados y llegó hasta la comisaría más cercana, donde se entregó a un súper intendente demasiado excitado como para arrestarlo —para hacerle justicia, el oficial obedeció tan pronto comprendió la gravedad de la situación; además, inconcebiblemente, no violó ninguna regulación burocrática al hacerlo—. Para algunos, su entrega era la más clara prueba de inocencia; para otros, la inequívoca señal de la desesperación de la culpa.

Los periódicos de la mañana fueron una agradable lectura para Grodman, que, mientras desayunaba un huevo cocido, cloqueó tanto como si lo hubiera puesto él mismo. Jane se cuestionó la cordura de su señor. Como habría dicho su marido, la risa de Grodman no tenía nada que ver con lo bello. Pero no hizo ningún esfuerzo por reprimirla. No solo Wimp había cometido un error grotesco, sino que los periodistas lo habían convertido en carnaza sensacionalista. Los periódicos liberales denunciaban que había puesto en peligro la vida

de Gladstone; los conservadores, que había liberado la furia barriobajera de Bow. Pero, de algún modo, Tom Mortlake se había superpuesto a todo lo demás. Era, en cierto sentido, un triunfo para el Hombre.

Pero el turno de Wimp llegó cuando Mortlake, que se reservaba su alegato de defensa, fue llevado ante un magistrado y, forzado por las nuevas pruebas, enfrentado a un juicio por el asesinato de Arthur Constant. Entonces, todos los pensamientos volvieron al misterio de Bow, y la solución a tan inexplicable caso agitó a la humanidad entera, desde China hasta Perú.

Fue a mediados de febrero cuando comenzó el gran juicio. Otra oportunidad perdida para el ministro de Hacienda. Hacer caja del drama podría haberle servido para sanear sus cuentas con tan solo haber hecho pasar por taquilla a todos los espectadores —a pesar de lo numeroso del reparto, los sueldos de los protagonistas y el alquiler del escenario—. Y era un drama único de pleno derecho, con solo una función; un drama que habría llevado a cualquier dama a empeñar sus joyas para poder presenciarlo, aunque la figura central no fuera una heroína. Pero sí había una mujer implicada, a juzgar por lo que se había filtrado del sumario y por el hecho de que el país entero estaba empapelado con carteles que ofrecían una recompensa a quien facilitara cualquier información sobre la señorita Jessie Dymond.

Los intereses de Mortlake estaban representados por sir Charles Brown-Harland, con cargo al Fondo de Defensa Mortlake (con patrocinadores en lugares tan remotos como Australia o Europa), lo que era comprensible dada su candidatura laborista a la circunscripción del este. El señor Robert Spigot representaba a Su Majestad la reina Victoria en la acusación.

El señor Spigot presentó el caso:

—Me propongo demostrar que el acusado asesinó a su amigo y colega, el señor Arthur Constant, a sangre fría y con la más cuidadosa premeditación; tal fue esta que las circunstancias del asesinato solo se han esclarecido transcurridas varias semanas

desde el crimen. Aunque, por fortuna, no consiguieron engañar por completo al ingenio sobrehumano del señor Edward Wimp, detective de Scotland Yard. Me propongo demostrar igualmente que el móvil del crimen fueron los celos y la venganza; no solo celos por la influencia de su amigo entre la clase obrera, que él mismo aspiraba a dirigir, sino también el tipo más común de celos, el causado por el perturbador elemento femenino, encarnado en una mujer allegada de ambos. Es mi penoso deber, antes de que mi caso quede expuesto, mostrar cómo el asesino no era el santo que el mundo veneraba. No sin estremecerme desvelaré, en interés de la justicia, su verdadero rostro que, ni siquiera de los muertos, puede decir *nisi bonum.* Nota 12)

»Me propongo demostrar que el asesinato fue cometido por el acusado poco después de las seis y media de la mañana, y que el prisionero, con ingenio asombroso, intentó prepararse una coartada fingiendo que viajaba de Londres a Liverpool en el primer tren. Pero volvió a casa, entró con su llave, abrió el pestillo de la habitación de la víctima con una llave que obraba en su poder, cortó la garganta de un hombre dormido, se guardó en el bolsillo la cuchilla, cerró de nuevo el pestillo, bajó las escaleras, salió, cerró la puerta y llegó a la estación de Euston a tiempo de coger el segundo tren a Liverpool. La niebla le ayudó en su propósito.

Y esa fue, en resumen, la teoría de la acusación. La pálida y desafiante figura sentada en el banquillo se había estremecido perceptiblemente en distintos puntos del relato.

La señora Drabdump fue el primer testigo citado por la acusación. Aunque a estas alturas ya estaba bastante acostumbrada al interrogatorio legal, no parecía en absoluto de buen humor.

—La noche del 3 de diciembre, ¿dio usted una carta al detenido?

—Sí, señoría.

—¿Cómo se comportó él cuando la leyó?

—Se puso pálido y nervioso. Fue a la habitación del pobre hombre y se peleó con él. Al menos podía haberlo dejado descansar en sus últimas horas. *(Risas).*

—¿Qué ocurrió entonces?

—El señor Mortlake salió enérgicamente, y volvió a entrar al cabo de una hora.

—¿Le dijo a usted que se iba a Liverpool temprano por la mañana?

—No, señoría, dijo que iba a Devonport. (*Sensación*).

—¿A qué hora se levantó usted a la mañana siguiente?

—A las seis y media.

—¿Es su hora habitual?

—No, siempre me levanto a las seis.

—¿Cómo puede explicarse que durmiera más tiempo?

—Las desgracias ocurren.

—¿No sería culpa del tiempo, nublado y desagradable?

—No señoría, si así fuera nunca me levantaría temprano. *(Risas).*

—¿Suele beber algo antes de ir a la cama?

—Me gusta tomar una taza de té. Lo tomo fuerte, sin azúcar. Me ayuda a calmar los nervios.

—Bien dicho. ¿Dónde estaba usted cuando el detenido le dijo que iba a Devonport?

—Bebiendo el té en la cocina.

—¿Qué pensaría si supiera que el detenido dejó caer algo en su té para ayudarle a dormir hasta tarde?

—Que deberían fusilarlo.

—Quizás lo hizo sin darse cuenta, ¿no cree?

—Si es lo bastante listo como para asesinar al pobre caballero, también lo es para envenenarme a mí.

El juez intervino:

—El testimonio de sus respuestas debe limitarse a las evidencias.

El señor Spigot contestó:

—Me atrevo a indicar a su señoría que es una respuesta muy lógica, que ilustra a la perfección la interdependencia de las probabilidades. Señora Drabdump, por favor, cuéntenos qué ocurrió cuando se despertó a las seis y media de la mañana siguiente.

La señora Drabdump recapituló (con redundancias, pero con escasas variaciones) las pruebas aportadas por ella misma en el interrogatorio anterior. Cómo se alarmó, cómo encontró la puerta de la calle con el cerrojo echado, cómo despertó a Grodman y este derribó la puerta, cómo encontraron el cuerpo; todos los detalles con los que el público ya estaba familiarizado *ad náuseam* volvieron a saltar a la palestra.

—Mire esta llave (y una llave pasó de mano en mano hasta llegar a la testigo). ¿La reconoce?

—Sí, ¿cómo la ha conseguido? Es la llave del primer piso. Estoy segura de haberla dejado puesta.

—¿Conoce usted a una tal señorita Dymond?

—Sí, es la novia del señor Mortlake. Sabía que no se casaría con ella, pobre... (*Sensación*).

—¿Por qué no?

—Se había vuelto demasiado para ella. *(Diversión).*

—¿No quiere añadir nada más?

—No sé, ella solo vino a mi casa una o dos veces. La última vez que la vi debió de ser en octubre.

—¿Qué aspecto tenía?

—Parecía realmente infeliz, pero como si quisiera ocultarlo. *(Risas).*

—¿Cómo se ha comportado el detenido después del asesinato?

—Anda siempre con aspecto triste y arrepentido.

—¿No ocupaba antes el detenido el dormitorio del señor Constant y se lo cedió para que este pudiera tener dos habitaciones en la misma planta?

—Sí, pero no pagaba tanto.

—Y mientras ocupaba la habitación principal, ¿nunca perdió el detenido su llave y tuvo que encargar otra?

—Lo hizo; era muy descuidado.

—¿Sabe de qué hablaron el señor Constant y el detenido la noche del 3 de diciembre?

—No, no escuché nada.

—Entonces, ¿cómo sabía que estaban discutiendo?

—Porque hablaban muy alto.

Intervino sir Charles Brown-Harland:

—Pero ahora estoy hablando muy alto con usted. ¿Diría que estamos discutiendo?

—Dos no riñen si uno no quiere. *(Risas).*

—¿Era el detenido el tipo de persona que, en su opinión, podría cometer un asesinato?

—No, jamás habría adivinado que era el asesino.

—Siempre le pareció un auténtico caballero.

—No, señoría. Siempre pensé que era de lo más corriente.

—Dice usted que el detenido parecía afligido desde el asesinato. ¿Podría deberse a la desaparición de su novia?

—No, más bien creo que se habría alegrado de librarse de ella.

—Entonces, ¿habría estado celoso si el señor Constant se la quitara de las manos? (*Conmoción*).

—El Hombre es un animal de costumbres.

—No se preocupe por el Hombre, señora Drabdump. ¿Había dejado el detenido de preocuparse por la señorita Dymond?

—No parecía preocuparse por ella, señoría. Cuando recibía una carta de su puño y letra en el correo, la apartaba a un lado para leerla al final.

Brown-Harland concluyó:

—Gracias, señora Drabdump. Puede sentarse.

Intervino Spigot:

—Un momento, señora Drabdump. Dice usted que el detenido ya no se interesaba por la señorita Dymond. ¿Podría deberse a que sospechara que esta tenía una relación con el señor Constant?

El juez dijo:

—No es una pregunta justa.

El señor Spigot sentenció:

—Eso será todo, señora Drabdump.

Brown-Harland intervino de nuevo:

—Otra pregunta, señora Drabdumb. ¿En algún momento presenció algo, tal vez durante una de las visitas de la señorita Dymond, que le hiciera pensar que había algo entre el señor Constant y la novia del detenido?

—Se encontraron una vez, mientras el señor Mortlake estaba fuera. (*Sensación*).

—¿Dónde se encontraron?

—En el umbral. Él estaba saliendo cuando ella llamó a la puerta, así que se toparon. *(Murmullos de diversión).*

—¿Escuchó lo que se dijeron?

—No soy una espía. Hablaron amistosamente y salieron juntos.

George Grodman fue llamado a declarar y repitió el testimonio prestado en la investigación pasada. En el interrogatorio cruzado, testificó que al señor Constant y al detenido les unía una cálida amistad. Sabía muy poco sobre la señorita Dymond, apenas si la conocía. El detenido nunca le había hablado mucho de ella, lo que le hacía pensar que no la tenía constantemente presente en sus pensamientos. Naturalmente, el detenido se había mostrado afligido por la muerte de su amigo. Además, estaba trabajando más de la cuenta. El testigo tenía en alta estima la figura de Mortlake. Era increíble que Constant hubiera tenido relaciones inapropiadas de ningún tipo con la prometida de su amigo.

El testimonio de Grodman causó una impresión muy favorable en el jurado; el detenido lo miró con gratitud, y la fiscalía se disculpó por haber tenido que llamarle al estrado.

También el inspector Howlett y el sargento Runnymede tuvieron que repetir su testimonio. El doctor Robinson reiteró su análisis sobre la naturaleza de la herida y la hora aproximada de la muerte. Pero esta vez fue cuestionado con mayor severidad. No quiso concretar con precisión la hora, se limitó a afirmar que la muerte se había producido dos o tres horas antes de su llegada; por tanto, el hecho había tenido lugar entre las siete y las ocho. Bajo una tenue presión del fiscal, admitió que tal vez podría haber ocurrido entre las seis y

las siete. En el interrogatorio cruzado reforzó su postura a favor de la hora posterior.

La evidencia científica complementaria que aportaron los expertos médicos resultó ser tan dudosa e incierta como la de los testigos de a pie. Parecía haber consenso acerca de que los datos que determinaban la hora de la muerte de alguien eran demasiado complicados de precisar, y parecía razonable que síntomas como el *rigor mortis* fueran diferentes de unas personas a otras. Todos estuvieron de acuerdo en que un corte así debía de haber producido una muerte instantánea, y la teoría del suicidio fue descartada. En conjunto, la evidencia médica fijaba el momento de la muerte, con un alto grado de probabilidad, entre las seis y las ocho y media. Los esfuerzos de la acusación estaban concentrados en establecer el momento de la muerte lo más cerca posible de las cinco y media.

La defensa, en cambio, se afanó en conseguir que los expertos concluyeran que la hora de la muerte no podía fijarse en un intervalo anterior a las siete. Evidentemente, la acusación iba a luchar por que triunfara la hipótesis de que Mortlake había cometido el crimen en el intervalo entre el primer y segundo tren a Liverpool, y la defensa intentaba lograr una coartada que mostrara que el detenido había tomado el segundo tren, que salía de Euston a las siete menos cuarto, de modo que no hubiera habido tiempo material desde su salida de Bow. Fue una lucha emocionante. Los contendientes parecía igualados, pero todo el mundo sabía que lo peor estaba por llegar. Edward Wimp fue llamado al estrado.

El relato que este debía contar comenzó mansamente, con datos ya trillados. Pero al fin aparecieron otros nuevos.

—Como consecuencia de las sospechas que se habían ido formado en su cerebro, ¿se estableció usted recientemente en la habitación del difunto señor Constant?

—Así es, a principios de año. Mis sospechas apuntaban inicialmente hacia los ocupantes del número 11 de Glover Street y me decidí a confrontarlas.

—¿Puede decir al jurado qué ocurrió después?

—Cada vez que el acusado se ausentaba por la noche yo registraba su habitación. Encontré la llave del dormitorio del señor Constant sepultada en un costado del sofá de cuero del acusado. También hallé lo que creí que era la carta que recibió el 3 de diciembre entre las páginas de un *Bradshaw* Nota 13), bajo el mismo sofá. Y encontré dos cuchillas.

El señor Spigot dijo:

—La llave ha sido identificada por la señora Drabdump. Leo la carta a continuación:

«Querido Tom:

Te escribo para despedirme. Es lo mejor para todos. Me iré muy lejos. No intentes buscarme, pues será inútil. Piensa en mí como si me hubiera tragado la tierra, y ten por seguro que me alejo de ti y de la vida más dulce que se pueda imaginar solo para ahorrarte vergüenza y humillaciones futuras. No hay otra salida. Creo que nunca podrías casarte conmigo. Lo llevo sintiendo desde hace meses. Querido Tom, ya entenderás a qué me refiero. Debemos llamar a las cosas por su nombre. Espero que siempre seas amigo del señor Constant. Adiós, que Dios te bendiga. Espero que seas feliz y encuentres una esposa mejor que yo. Quizás cuando seas célebre y rico, como mereces, pienses sin rencor en quien, a pesar de sus defectos y su pequeñez, te querrá hasta el final. Tuya hasta la muerte,

Jessie.»

Al concluir la lectura de la carta, se pudo observar a varios caballeros ancianos, con y sin peluca, frotando los cristales de sus gafas. Wimp continuó con su declaración.

—¿Qué hizo tras estos descubrimientos?

—Realicé averiguaciones sobre la señorita Dymond, y descubrí que el señor Constant la había visitado una o dos veces por las tardes. Imaginé que encontraría el rastro de una conexión económica. La familia me permitió inspeccionar la chequera del señor

Constant, y encontré un cheque pagado por la cantidad de veinticinco libras a nombre de la señorita Dymond. Al preguntar en el banco, averigüé que había sido cobrado el 12 de noviembre del año pasado. Entonces pedí una orden contra el detenido.

Después, comenzó el interrogatorio de la defensa:

—¿Sugiere que el detenido abrió la puerta del dormitorio del señor Constant con la llave que usted encontró?

—Así es.

Brown-Harland continuó, sarcásticamente:

—Y cerró la puerta desde dentro dejándola puesta.

—Así es.

—¿Tendría la amabilidad de explicar cómo?

—No lo hizo. *(Risas).* El acusado probablemente cerró la habitación desde fuera. Los que derribaron la puerta imaginaron con seguridad que había sido cerrada por dentro, ya que encontraron la llave en el interior. La llave, según esta teoría, estaría en el suelo. El primero en entrar pensaría que se había caído al ceder la puerta. O que no estaba bien encajada en la cerradura.

—Muy ingenioso, sin duda. ¿Y puede explicar cómo consiguió el detenido que la puerta quedara cerrada desde dentro mientras él se encontraba fuera?

—Sí puedo. (*Nueva conmoción*). Solo hay una manera en la que esto es posible: un truco de magia. Para que parezca que una puerta cerrada está además atrancada, solo es necesario que desde dentro alguien afloje la caja del cerrojo del marco de la puerta. Una persona que la derribe y encuentre el cerrojo arrancado, pensará que se ha desencajado a consecuencia del golpe, sin imaginar que haya sido manipulado previamente. *(Aplauso en la sala, inmediatamente controlado por los ujieres).*

El abogado defensor se sentía estúpidamente atrapado por su propio sarcasmo tras el irrefutable discurso del detective. Grodman estaba verde de envidia, era la única posibilidad que no había contemplado.

La señora Drabdump, Grodman, el inspector Howlett y el sargento Runnymede fueron llamados de nuevo al estrado y reexaminados por un avergonzado sir Charles Brown-Harland acerca de la condición del cerrojo y la posición de la llave. Resultó que Wimp tenía razón, y que todos los testigos estaban tan predispuestos a creer que el cerrojo estaba echado desde dentro que apenas habían considerado otra opción. El daño había sido reparado, pero ahora tendrían que examinar sus recuerdos con mayor precisión. El inspector y el sargento testificaron que la llave estaba puesta cuando llegaron, aunque el perno y la bisagra estuvieran rotos. No se encontraban en posición de afirmar que la teoría de Wimp fuera imposible, podían admitir que resultaba bastante posible que el cerrojo y la bisagra hubieran sido aflojados anteriormente. La señora Drabdump no podía recordar con claridad esos detalles, ya que se encontraba conmocionada por la horrible visión del cuerpo. Solo Grodman se mostraba convencido de que la llave estaba puesta cuando tiró la puerta abajo. No, no recordaba haberla cogido del suelo para volver a ponerla. Y estaba seguro de que el cerrojo y la bisagra no estaban manipulados, dada la resistencia de la puerta al sacudirla.

Fue interrogado por la acusación:

—¿No cree, vista la relativa facilidad con la que la puerta cedió a su ataque, que es altamente probable que el pasador del cerrojo no se encontrara firmemente atornillado, sino que estuviera casi desencajado del marco de la puerta?

—La puerta no cedió tan fácilmente.

—Entonces debe estar usted hecho un hércules.

—No es para tanto; la puerta estaba vieja, la madera carcomida y el cerrojo era de mala calidad. Y sí, siempre he sido un hombre fuerte.

—Muy bien, señor Grodman, espero que nunca tengamos que verle en un teatro de variedades. *(Risas).*

La casera de Jessie Dymond era el siguiente testigo de la acusación. Corroboró las alegaciones de Wimp acerca de las visitas

ocasionales a la chica, y confirmó que había sido reclutada por el difunto filántropo como colaboradora en alguna de sus empresas. Pero la parte más elocuente de su discurso fue el relato de cómo, la noche del 3 de diciembre, el acusado la interrogó enardecidamente acerca del paradero de su amada. Dijo que tan solo había recibido una carta de la señorita Dymond en la que decía que estaría ausente. La casera replicó que ya le podía haber avisado a ella también, ya que su desagradecida inquilina llevaba fuera tres semanas sin haber dejado ni una nota. Como única respuesta al furioso señor Mortlake, le indicó que ojalá la hubiera cuidado mejor, en lugar de separarse de ella durante tanto tiempo. Le recordó que el mar estaba lleno de peces, y que una chica con el atractivo de Jessie no pasaría desapercibida. Él le llamó mentirosa, se marchó y se alegró de no tener que volver a ver su cara, aunque no le sorprendía verla ahora en el banquillo.

El señor Fitzjames Montgomery, empleado de banca, recordaba haber canjeado el cheque en cuestión. Lo recordaba particularmente porque lo cobró una chica muy guapa, que retiró la cantidad completa en oro. Llegados a este punto, se acordó el aplazamiento del caso.

Denzil Cantercot fue el primer testigo llamado por la fiscalía al reanudarse el juicio. No supo qué decir cuando le preguntaron por qué no había contado al señor Wimp que había escuchado al detenido hacer acusaciones contra el señor Constant. Él no había oído realmente el contenido de esas acusaciones, así que puede ser que el señor Wimp se hubiera formado esa opinión infundadamente, ya que era alguien prosaicamente literal. *(Risas).* El señor Crowl le había dicho algo por el estilo. En el interrogatorio de la defensa, añadió que Jessie Dymond era un espíritu entre un millón, y que siempre le había recordado a Juana de Arco.

El señor Crowl, al ser llamado a declarar, se mostró extremadamente agitado. Se negó a jurar sobre la Biblia, no sin

informar a la corte que la Biblia era una moda pasajera. No podía jurar sobre algo tan lleno de contradicciones. Podía afirmar, en cambio. Tampoco podía negar —aunque a todas luces deseaba hacerlo— que el detenido había sido al principio bastante desconfiado con el señor Constant, pero estaba seguro de que ese sentimiento había desaparecido rápidamente. Sí, era amigo del detenido, pero no veía por qué eso invalidaba su testimonio, especialmente teniendo en cuenta que no había prestado juramento. Ciertamente, el detenido parecía deprimido cuando le vio aquel día, pero eso era por trabajar tanto para el pueblo y por la abolición de las modas.

Varios familiares del detenido confirmaron, de manera más o menos reacia, el reparo que de modo puntual había albergado el detenido contra el joven líder laborista. Al parecer, había expresado su desagrado enérgica y amargamente.

La acusación aportó como evidencia un cartel en el que se anunciaba que el detenido presidiría un gran encuentro obrerista el 4 de diciembre. No se había presentado a la reunión, ni tampoco había justificado su ausencia.

Finalmente, declararon los detectives que, en vista de su comportamiento sospechoso, le habían arrestado inicialmente en los muelles de Liverpool. Y así terminó el caso presentado por la acusación.

Sir Charles Brown-Harland se levantó con arrogancia, a la que acompañó el crujido de su toga de seda, y procedió a pronunciar la teoría de la defensa. No llamaría a más testigos. La hipótesis de la fiscalía era tan infantil e inconsecuente y dependía de tal número de probabilidades interdependientes que se derrumbaba con un soplo de aire. El acusado era de una integridad irreprochable; en su última aparición pública había compartido estrado con Gladstone, y su honestidad y altura de miras estaban avaladas por estadistas de la mayor autoridad. Además, todos sus movimientos podían seguirse al minuto, y aquellos que el fiscal utilizaba en su contra no se sustentaban en ninguna evidencia tangible. También se le atribuía una

ingenuidad sobrehumana y una astucia diabólica de las que, curiosamente, nunca había mostrado síntomas previos. Las hipótesis se acumulaban unas sobre otras, como en aquella leyenda oriental en la que el mundo descansaba sobre un elefante y este, a su vez, reposaba sobre una tortuga. Merecía la pena, sin embargo, señalar que la hora de la muerte estaba fijada no antes de las siete, y que el acusado salió de la estación de Euston a las siete y cuarto de la mañana con destino a Liverpool, lo que no le dejaba tiempo para desplazarse desde Bow. También era difícilmente posible para el detenido, que podía probar que estaba en Euston a las cinco y veinticinco, ir y venir desde Glover Street para cometer el crimen en menos de dos horas.

—Los hechos son más simples —intervino sir Charles—. El acusado, en parte a causa de la presión de su trabajo, en parte (nunca lo ha ocultado) debido a su ambición mundana, había descuidado a la señorita Dymond, con quien estaba prometido. Era humano, y su cabeza estaba ocupada en asuntos de mayor importancia. De todos modos, su corazón seguía perteneciendo a la señorita Dymond. Ella, no obstante, se había precipitado en la conclusión de que él ya no la amaba, de que no le merecía, de que carecía de la educación suficiente para acompañarle en los ambientes que debería frecuentar; en definitiva, de que era un lastre para su carrera. Siendo como era una joven de fuerte carácter, cortó el nudo gordiano. Dejó Londres y, temiendo que la moral de su prometido le indujera a sacrificarse por ella, temiendo también, quizás, su propia debilidad, se despidió definitivamente y convirtió su paradero en un misterio.

»Se han propuesto teorías que arrastran por el fango la reputación de un hombre de honor. Teorías tan superficiales que no merecen ser mencionadas. Que Arthur Constant hubiera seducido a la prometida de su amigo, o tuviera relaciones inadecuadas con ella, es una hipótesis desmentida por la rectitud de su vida. Antes de abandonar Londres, la señorita Dymond escribió a su tía —su único pariente en el país— a Devenport, pidiéndole que reenviara al

detenido, quince después de su recepción, una carta adjunta. La tía obedeció incondicionalmente. Esta carta golpeó como un rayo al acusado cuando la leyó en la noche del 3 de diciembre. Todo el amor que sentía por la pobre chica volvió a él en oleadas de autocensura y compasión. Recibió la carta como un signo de mal agüero. Quizás la chica pensaba acabar con su vida.

»Su primer pensamiento fue pedir consejo a su amigo Arthur Constant. Quizás este conocía algo más del asunto. El acusado sabía que se frecuentaban. Es posible —señoría y miembros del jurado, no deseo seguir los métodos de la acusación y confundir teorías y hechos, por eso digo que es posible— que el señor Constant hubiera ayudado a la chica con veinticinco libras para salir del país.

»Él era como un hermano para ella; quizás había actuado imprudentemente, pero no había hecho nada malo. Es posible que hubiera alentado, sin darse cuenta, su abnegación y su altruismo, ¿acaso no hablaba en su última carta de las refinadas mujeres que había conocido y de la benéfica influencia de estas sobre las almas? Aun así, nunca podremos saberlo, a menos que los muertos hablen y los ausentes vuelvan. No es imposible que la señorita Dymond recibiera las veinticinco libras para realizar obras benéficas.

«Sabemos que el acusado habló con el señor Constant de la carta. Después, corrió al domicilio de la señorita en Stepney Green, consciente de antemano de que sus molestias eran inútiles. La carta llevaba el matasellos de Devonport. Sabía que la chica tenía una tía allí, probablemente hubiera acudido a ella. No podía enviar un telegrama, pues ignoraba la dirección. Consultó los horarios de trenes y resolvió partir a las cinco y media de la mañana desde Paddington, y así se lo dijo a su casera. Dejó la carta dentro de la guía de horarios de tren, entre una montaña de papeles apilados bajo el sofá. Era bastante descuidado y desordenado, así que la llave que encontró el señor Wimp en el sofá podía llevar allí varios años, perdida desde la época en la que el acusado ocupaba la

habitación que después alquiló Constant. Estaba preocupado por perder el tren, así que aquella aciaga noche no se desvistió.

»Entre tanto, se dio cuenta de que Jessie era demasiado lista como para dejar una pista tan obvia, y concluyó que seguramente había partido hacia América, donde tenía un hermano casado, y solo había pasado por Devonport para despedirse de su tía. Se decidió entonces a ir a Liverpool, sin detenerse en Devonport, e indagar allí su paradero. No podía sospechar que la carta había sido escrita hacía tiempo, por lo que pensó que quizás estaba aún a tiempo de detenerla en el embarcadero o en las oficinas. Por desgracia, su taxi se demoró por culpa de la niebla, perdió el primer tren y anduvo errante hasta que llegó el segundo. En Liverpool, su comportamiento sospechoso y alterado provocó que le arrestaran momentáneamente. Desde entonces, le rompía el corazón pensar en la pobre chica. Esta es la historia completa, simple y sin adornos.

Los testigos válidos para la defensa eran, qué duda cabe, muy pocos —es difícil probar lo que no ha ocurrido—: la tía de Jessie, que había declarado ante el abogado; los porteros, que le vieron dejar Euston a las siete y cuarto en el tren a Liverpool y llegar demasiado tarde para el de las cinco y media; y el taxista número 2.138, que le había llevado a Euston a tiempo, pensaba él, de coger el primer tren.

En su discurso de clausura en el tercer día de juicio, sir Charles señaló con exhaustividad y contundencia la fragilidad de la causa de la acusación, la cantidad de hipótesis que la conformaban, y su interdependencia mutua. La señora Drabdump era un testigo cuyo testimonio debía tomarse con extrema precaución. El jurado debía recordar que no era capaz de disociar lo que observaba de lo que interpretaba, como cuando imaginó que el detenido y el señor Constant discutían solo porque estaban alterados. Diseccionó su testimonio, y demostró que era perfectamente compatible con el alegato de la defensa. Pidió al jurado que tuviera en cuenta que no

había pruebas fiables, incluyendo la del taxista y la de otras personas, sobre los movimientos exactos del detenido en la mañana del 4 de diciembre, entre las cinco y veinticinco y las siete y cuarto, y que los testigos más importantes de la acusación —con eso quería decir, por supuesto, la señorita Dymond— no habían comparecido. Pero incluso aunque ella apareciera, si estuviera muerta y encontraran su cuerpo, eso no aportaría ninguna prueba a la acusación, ya que el hecho de que su amado la hubiera abandonado sería una explicación suficiente de su suicidio. Más allá de la ambigua carta, no había ninguna prueba del deshonor en el que se basaba el caso de la acusación. El asunto de los celos políticos como móvil del asesinato no podía plantearse seriamente. Los dos hombres se habían hecho amigos en seguida. Considerando las circunstancias del supuesto crimen, la evidencia médica se inclinaba a establecer la hora de la muerte en el intervalo más tardío, y el prisionero había salido de Londres a las siete y cuarto. La teoría de las drogas era tan absurda como la que incluía cerrojos y cerraduras inteligentes, como había destacado el señor Grodman. Solemnemente, exhortó al jurado a recordar que, si condenaban al prisionero, no solo iban a enviar a un hombre inocente a una muerte ignominiosa bajo pruebas circunstanciales endebles, sino que también privarían a los obreros del país de uno de sus líderes y amigos más fieles y capaces.

La vigorosa conclusión de sir Charles fue acogida con incontenibles aplausos.

El señor Spigot, en su discurso final, pidió al jurado que en su veredicto castigara al condenado por un crimen tan malévolo y premeditado que, como ninguno antes, había mancillado los anales de un país civilizado. Había puesto su inteligencia y su educación al servicio de un fin diabólico, utilizando su reputación como tapadera. Todo apuntaba a su culpabilidad. Cuando recibió la carta de la señorita Dymond en que anunciaba su vergüenza y, probablemente, su intención de suicidarse, se precipitó escaleras arriba para encararse con Constant. Después, corrió a casa de la chica y, confirmando sus peores temores, planeó su venganza. Anunció a su

patrona que partía a Devonport, de modo que, si algo iba mal, la Policía le perdiera la pista temporalmente. Su destino era en realidad Liverpool, ya que pensaba abandonar el país. Pero, por si su plan se torcía, había ideado la ingeniosa coartada de coger un taxi a Euston a las cinco y cuarto para salir hacia Liverpool. El taxista no sabía que no tenía intención de coger el tren, sino que volvería al 11 de Glover Street, donde perpetró el horrible crimen, probablemente sin miedo a ser interrumpido tras haber drogado a su patrona. Su presencia en Liverpool (donde llegó en el segundo tren) corroboraría la historia del taxista. Esta noche no se había desvestido ni acostado, perfeccionando su diabólico plan, y la niebla se había convertido en un inesperado aliado para cubrir sus movimientos. Los celos, la envidia, el anhelo de venganza y la ambición de poder político son sentimientos propios de los seres humanos. Podemos apiadarnos del criminal, pero no absolverlo del crimen.

El juez Crogie resumió el caso. Revisando los testimonios, señaló que las hipótesis, aunque sin probar, no se debilitaban, sino que encajaban tan bien que parecían apuntar a una verdad más amplia. Además, el caso de la acusación estaba lejos de basarse por completo en hipótesis, y el caso de la defensa tampoco se veía libre de ellas. La llave, la carta, la reticencia a entregar esta, la acalorada discusión con Constant, la confusión sobre el paradero del detenido, el viaje a Liverpool, todo eso eran hechos. Por otro lado, había lagunas y puntos oscuros en el caso de la defensa. Incluso concediendo la dudosa coartada de la presencia del detenido en Euston a las cinco y veinticinco, no había modo de conocer sus movimientos entre esa hora y las siete y cuarto. Era posible que volviera a Bow. No era científicamente imposible que fuera culpable. No era imposible que hubiera sucumbido a la tentación de una joven hermosa, ni que una chica trabajadora que se sentía abandonada se hubiera entregado a los encantos de un caballero y se arrepintiera después. El paradero de la joven era un misterio. El suyo podía ser uno de esos cuerpos sin identificar que las mareas depositan en las riberas de los ríos. El jurado debía recordar también que la relación

no tenía por qué ser deshonesta, quizás solo lo bastante seria para intranquilizar la conciencia de la muchacha e inducirla a hacer lo que fuera que había hecho. Estaba claro que su carta había despertado los celos del detenido. Había otro punto sobre el que quería que el jurado reflexionara y sobre el que el abogado de la acusación no había insistido lo suficiente: que la culpabilidad del detenido era la única solución posible al misterio.

La evidencia médica confirmaba que el señor Constant no había cometido suicidio. Por tanto, alguien debía haberlo asesinado. Muy pocas personas tenían el motivo o la oportunidad para hacerlo. El detenido tenía ambos. Según el método lógico de exclusión, los indicios apuntaban hacia él. Estos eran sólidos y probables, y ahora que la ingeniosa teoría del señor Wimp les había permitido comprender cómo la puerta pudo ser cerrada y bloqueada desde el interior, el último impedimento para descartar la teoría del suicidio se había desvanecido también. La culpabilidad del detenido era todo lo clara que las pruebas circunstanciales permitían. Si le dejaban ir, el misterio de Bow se archivaría entre los casos sin resolver por los siglos de los siglos.

Después de este discurso —en el que solo le faltó colgar al preso —, el juez también insistió en la alta probabilidad de que la historia de la defensa descansara sobre muchos detalles que no tenían más confirmación que la palabra del propio acusado. El jurado, bastante abrumado a estas alturas por la parcialidad del juez, se retiró a deliberar, con la exhortación de otorgar la debida importancia a cada hecho y a cada posibilidad a la hora de determinar su recto veredicto.

Pasaron los minutos y luego las horas, pero el jurado no regresaba. Las sombras de la noche se cernían ya sobre el detenido cuando el jurado volvió a la sala y anunció su veredicto:

—Culpable.

El juez se puso su birrete. Los manifestantes reunidos en la salida vieron disiparse sus esperanzas, la celebración quedaba indefinidamente pospuesta. Wimp había ganado; Grodman se sintió como un perro apaleado.

Nota 12

De mortuis nihil nisi bonum, De los muertos, nada sino lo bueno.

Volver

Nota 13

Famosa publicación dedicada a los horarios de trenes y a las guías de viaje, iniciada en 1839.

Volver

XI

—Así que usted tenía razón —no pudo evitar decir Cantercot al saludar a Grodman una semana después—. No voy a vivir para contar la historia de cómo descubrió al asesino de Bow.

—Siéntese —gruñó Grodman—. Tal vez sí, después de todo.

Había un brillo peligroso en sus ojos que hizo que Denzil lamentara haber hablado.

—Le he mandado llamar para decirle que la noche que Wimp arrestó a Mortlake yo también había hecho preparativos para arrestarle a usted.

Denzil dijo, sin aliento:

—¿Por qué?

—Querido Denzil, hay una pequeña ley en nuestro país inventada para fastidiar a los poetas. Al mayor cultivador de la Belleza solo le está permitido tener el mismo número de esposas que al frutero. No le culpo por no estar satisfecho con Jane —es una buena sirvienta, y una mala mujer, seguramente—, pero es cruel para con Kitty no informarle de que Jane tiene un derecho anterior sobre usted, y es injusto para esta que no conozca su acuerdo posterior con Kitty.

—Ambas ya saben lo suficientemente, maldita sea —dijo el poeta.

—Sí, sus secretos son como sus circunstancias: no duran para siempre. Mi querido poeta, le compadezco a usted, obligado a elegir entre la sartén y las brasas.

—Ojalá. No son sino un par de arpías que sostienen sobre mí la espada de Damocles de un arresto por bigamia. Ninguna me ama.

—% diría que le han resultado de lo más útiles. Mete a una en mi casa para contar mis secretos a Wimp, y a otra en la de Wimp para que le cuente los suyos. Algo habrá sacado, imagino.

—Por mi honor que se equivoca, amigo mío. Jane me ha traído aquí, no al revés. Y sobre Kitty, en mi vida me he llevado mayor sorpresa que cuando la vi trabajando en casa de Wimp.

—Es probable que Kitty pensara que resultaba más seguro tener la ley a mano para que, en caso de necesidad, usted pudiera ser arrestado. Además, seguramente estaba deseando ocupar una posición similar a la de Jane. Ella tiene que trabajar para vivir, y usted hace poco por ayudar. Así que fuera usted donde fuera, acababa topándose siempre con una esposa. Ja, ja, ja, ¡sírvase usted mismo, mi polígamo poeta!

—Pero, ¿por qué no me arresta?

—Por venganza, Denzil. Soy el mejor amigo que ha tenido en este mundo frío y prosaico. Ha comido mi pan, bebido mi vino, escrito mi libro, fumado mis cigarrillos y cobrado mi dinero. Y, sin embargo, cuando tiene una información importante acerca de un misterio sobre el que pienso día y noche, usted va y se la vende a Wimp.

—Yo... Ya no... —balbuceó Denzil.

—¡Mentiroso! ¿Cree que Kitty guarda los secretos? Tan pronto como descubrió sus dos matrimonios, decidió denunciarlo. Pero cuando vi lo que había hecho al poner a Wimp sobre una pista equivocada, cuando me aseguré de que al arrestar a Mortlake se iba a poner en evidencia como el inútil que es, le perdoné. Por eso le permito andar y beber libremente sobre la tierra. Ahora es Wimp el que se lleva palmadas en la espalda en Scotland Yard y al que apodan «el hombre de Bow». El pobre Tom será colgado, y todo porque usted habló a Wimp de Jessie Dymond.

—¡Eso lo hizo usted! Todos estaban ya a otra cosa, pero usted dijo entonces: «Averigüemos lo que hizo Arthur Constant en los últimos días de su vida». Así que Wimp iba a descubrir lo de Jessie antes o después.

Grodman se estremeció ante la idea de que había estado trabajando *ad maiorem gloriam* de Wimp. Y sin embargo, ¿no había sugerido este algo en la cena navideña?

—Lo pasado, pasado está. Pero si cuelgan a Mortlake, usted irá a la cárcel.

—¿Qué puedo hacer para ayudarle?

—Colabore cuanto pueda con los agitadores. Escriba cartas a los periódicos bajo diferentes seudónimos. Consiga que todos firmen en su defensa. Encuentre a Jessie Dymond, la única persona que tiene la prueba de la inocencia de Mortlake.

—¿De verdad cree que es inocente?

—No sea satírico, Denzil. ¿No lo he defendido en todas las reuniones, en todos los periódicos?

—Pensé que era solo para fastidiar a Wimp.

—Tonterías. Quería salvar al pobre Tom. Él no mató a Arthur Constant más de lo que usted lo hizo —rio con una desagradable carcajada.

Denzil, helado de miedo, se despidió.

Grodman se sumergió en un montón de cartas y telegramas. Se había convertido en el líder del equipo de rescate, y de todos los rincones recibía sugerencias y aportaciones. Las sugerencias fueron a la basura, pero las aportaciones sirvieron para continuar la búsqueda de la chica desaparecida. Lucy Brent encabezaba la lista de donaciones con un centenar de libras. Era todo un ejemplo de fe en el honor de su difunto prometido.

El veredicto del jurado se había elevado a una instancia más elevada: el pueblo. Se intentó anular por todos los medios la sentencia del otras veces llamado «paladín de la libertad británica». El jurado y los jueces eran juzgados por todos. El ministro del Interior, cuya única responsabilidad en el asunto había sido el haber aceptado su cargo, fue vituperado, y gente de todo tipo escribió confidencialmente a la reina. La reactivación del caso Arthur Constant

animó a muchos a convencerse de que los demás eran tan malos como ellos mismos; los comerciantes acomodados aprovechaban así para ver en la maldad de Mortlake los efectos perniciosos del socialismo. Surgieron docenas de teorías nuevas: Constant se había suicidado por el rito esotérico budista, como atestiguaba su devoción por madame Blavatsky, o muerto a manos de su *mahatma*, o había sido víctima del sonambulismo, la hipnosis o el mesmerismo, y otras muchas cosas más.

Grodman se centraba en la aparición de Jessie Dymond, viva o muerta. Había que buscarla en todos los rincones del mundo civilizado. Los más suspicaces llegaron a pensar que el indómito detective depositaba sus últimas esperanzas en la culpabilidad de la chica. Después de todo, si Jessie tenía problemas, ¿por qué no los iba a haber resuelto ella misma? ¿Acaso al poeta no le recordaba a Juana de Arco?

Pasó otra semana, y la sombra de la horca se alargaba sobre el calendario, día tras día, acercándose inexorablemente, como un último rayo de esperanza que se hunde en el horizonte.

El ministro del Interior se mantuvo inflexible, a pesar del gran número de peticiones firmadas que pedían la revisión del caso. Era un conservador de conciencia recta y la mera insinuación de que su obstinada postura se debía al credo político del acusado solo sirvió para endurecerle contra la tentación de intentar ganarse una incipiente reputación de magnanimidad. Ni siquiera concedió un receso para que diera tiempo a encontrar a Jessie Dymond.

La última de las tres semanas hubo una colosal manifestación de protesta. Grodman presidió el acto, al que asistieron tanto respetables miembros de la sociedad como distinguidos representantes de las más disparatadas teorías. El ministro del Interior acusó recibo de sus resoluciones.

Los sindicatos estaban divididos en su lealtad: unos aún mantenían la fe y la esperanza; otros ya habían pasado página y volvían a hablar de desfalcos financieros. Los primeros, el domingo anterior al jueves fijado para la ejecución, intentaron organizar una

reunión de protesta y manifestarse, pero esta se anuló al extenderse el rumor de una posible confesión por parte de Mortlake. Los periódicos del lunes incluían la última carta magistral de Grodman, en la que exponía una vez más lo circunstancial de las pruebas, pero no decían nada de dicha confesión.

El detenido permanecía mudo y desdeñoso, mostrando poco aprecio por una vida desprovista de amor y cargada de reproches. Se negó a ver a un capellán. En presencia de un carcelero, se concertó una entrevista entre el acusado y la señorita Brent, en la que él manifestó solemnemente su respeto por la memoria de su prometido. Los rumores se extendían como la pólvora, y los periódicos de la tarde los registraban puntualmente. Se desató una ansiosa expectación: la joven aparecería, llegaría un indulto, la sentencia sería conmutada, sucedería un milagro... Pero pasó el día y llegó la noche; y la oscuridad se cernió sobre la vida de Mortlake. La sombra del patíbulo se alargaba más y más, y parecía mezclarse con el crepúsculo.

Crowl, incapaz de trabajar, permanecía apostado a la puerta de su taller. Sus grandes ojos grises estaban nublados por las lágrimas que no derramaba. Las farolas brillaban fúnebremente, y la calle se le antojaba el camino lúgubre e invernal de un cementerio. Los sonidos de esta llegaban confusamente a sus oídos como voces de ultratumba. No podía fijarse en los viandantes, que iban y venían como figuras fantasmagóricas en la fría noche. Una espantosa visión brilló, se desvaneció y volvió a destellar tras él, sobre el fondo en penumbra.

Denzil estaba a su lado, fumando en silencio. Sentía el corazón helado por el miedo. ¡Ese horrible Grodman! Mientras la soga del verdugo se iba ciñendo al cuello de Mortlake, Denzil sentía en su propia piel la presión de las cadenas del detenido. Y, sin embargo, aunque débil como el parpadeo amarillo de la farola al otro lado de la calle, aún había un rayo de esperanza.

Grodman se había reunido con el condenado a última hora de la tarde, y la separación había sido dolorosa. Pero el periódico vespertino, que a su vez había obtenido una entrevista con el exdetective, anunció en su titular: «Grodman sigue confiando». Y con él, los miles de personas que todavía mantenían su fe en ese hombre extraordinario se negaron a renunciar a las últimas chispas de esperanza.

Denzil había comprado el periódico y lo había leído de cabo a rabo, pero no encontró más novedades que la vaga certeza de que el infatigable Grodman aguardaba aún, patéticamente, el milagro. Denzil, apesadumbrado, no compartía su esperanza.

—Peter, me temo que todo ha terminado.

Crowl, con el corazón roto, sacudió la cabeza.

—¡Se acabó! ¡Y pensar que morirá y que eso será todo!

Miró con desesperación el blanco cielo invernal. Unas nubes plomizas ocultaban las estrellas. «Pobre hombre. Hoy vivito y coleando, y mañana bajo tierra; sin más vida que un pedazo de cuero. Inocente, pletórico de fuerza y juventud, en lo mejor de la existencia. Un hombre que ha trabajado por lo útil día y noche, que ha luchado y sufrido por sus compañeros. ¿Dónde está la justicia, dónde?».

Una vez más, sus ojos húmedos se dirigieron hacia arriba, al Cielo lejano en el que el alma de un santo fallecido en las antípodas viajaba por el espacio infinito.

—Si a eso vamos, ¿dónde estaba la justicia para Arthur Constant, que también era inocente? De verdad, Peter, no sé por qué da por hecho que esto es una infamia para Tom. Al fin y al cabo, sus queridos líderes obreros carecen de refinamiento estético. Con su escaso sentido de lo bello no puede esperar que estén exentos de cierta inclinación al crimen. La Humanidad debe buscar otros próceres: los visionarios, los poetas.

—Cantercot, si sigue diciendo que Tom es culpable le daré una paliza —el zapatero se giró hacia su amigo como un león hostigado —. Le pido perdón, Cantercot, no quería decir eso. Después de

todo, no tengo motivos. El juez es una persona honesta, con un talento incontestable. Pero creo en Tom con todo mi corazón. Y aunque fuera culpable, creería en la causa del pueblo con el mismo fervor. Las modas están condenadas a muerte; pueden ser indultadas, pero al fin caerán.

Suspiró profundamente y recorrió la calle con la mirada. Estaba oscuro, pero la luz de las farolas y de los escaparates hacía que su monótono relieve se revelara en toda su sórdida plenitud, con su pavimento frío, su fea arquitectura y su interminable corriente de prosaicos peatones. Una súbita conciencia de la inutilidad de su existir atravesó el cuerpo del zapatero como un viento helado. Vio su propia vida, y un centenar de millones como la suya, inflándose y estallando como burbujas en un océano oscuro, olvidadas, sin importarle a nadie.

Un vendedor de periódicos pasó por delante, al grito de «¡El asesino de Bow se prepara para la ejecución!». Un escalofrío sacudió al zapatero. Posó sus ojos sobre el muchacho, casi sin verlo, y lágrimas de misericordia le inundaron por fin.

—La causa del pueblo —murmuró entrecortadamente—, yo creo en la causa del pueblo. Es lo único que importa.

—Peter, vamos a tomar el té; vas a coger frío —interrumpió la señora Crowl.

Denzil entró tras ella y Peter le siguió.

Mientras tanto, frente a la casa del ministro del Interior, que se encontraba en la ciudad, se congregaba una muchedumbre que iba en aumento, deseosa de escuchar la proclamación del indulto. La casa estaba rodeada por un cordón policial, pues no había que despreciar la amenaza de una revuelta popular. De vez en cuando, parte del público silbaba o abucheaba. Alguien arrojó una andanada de piedras a una de las ventanas. Los chicos de los periódicos no daban abasto vendiendo las ediciones especiales, y los reporteros se abrían paso entre la multitud, blandiendo sus plumas cargadas de

epítetos, listos para salir corriendo hacia las oficinas de telégrafos si ocurría cualquier cosa susceptible de convertirse en «extra».

Los repartidores de telegramas también se acercaban por allí de cuando en cuando, llevando mensajes repletos de peticiones, amenazas y consideraciones de todo tipo, a un ministro del Interior que se esforzaba por mantener fría su dolorida cabeza mientras revisaba los interminables testimonios y reflexionaba sobre las cartas con las que el pueblo había contribuido al oscurecimiento del problema.

La carta de Grodman en el periódico de esa mañana era la que más le había impactado. Bajo su análisis científico, la cadena de circunstancias parecía trenzada con cartulina. Pero después de leer las conclusiones del juez, uno diría que la cadena estaba hecha de acero templado. El rumor de la multitud llegaba a su despacho como el rugido de un mar lejano. Cuanto más se oían los abucheos del gentío, más determinado estaba el pobre hombre a sopesar cuidadosamente los por menores que separaban la vida de la muerte.

La multitud no paraba de crecer a medida que los trabajadores iban terminando su jornada. Muchos de ellos adoraban al hombre que estaba al borde de la muerte, y un espíritu de revuelta había anidado en sus pechos. El cielo estaba gris y la sombría noche se iba espesando conforme crecía la sombra de la horca.

De repente, un murmullo inarticulado se extendió entre el gentío, un susurro vago e impreciso. Algo había ocurrido. Alguien llegaba. Un segundo después, una gran agitación sacudió las últimas filas y, desde allí, un grito de júbilo recorrió la muchedumbre hasta contagiar a los que estaban en primera línea. La multitud se abría al paso de un cabriolé. «Grodman, Grodman», gritaron los que habían reconocido al ocupante. «Hurra, hurra».

Grodman estaba pálido y tranquilo, pero sus ojos brillaban. Mientras saludaba a la gente, el coche se acercaba a la casa, abriéndose paso entre los manifestantes como una canoa que hiende las aguas. Consiguió llegar hasta la entrada con la respetuosa ayuda

de los agentes de Policía. Llamó imperativamente; la puerta se abrió con cautela y un chiquillo aprovechó para entregar un telegrama. Grodman entró, anunció su nombre e insistió en ser recibido por el ministro del Interior, por una cuestión de vida o muerte.

Los manifestantes más cercanos a la puerta escucharon sus palabras y las jalearon; el resto tomó aquello como un buen augurio. El aire palpitaba con los vítores de alegría. Los aplausos llegaron a oídos de Grodman mientras la puerta se cerraba tras él. Los periodistas se abalanzaron allá. Varios trabajadores consiguieron que el aprisionado cabriolé diera la vuelta, permitiendo de este modo que el carruaje se alejara un poco de allí. Una docena de entusiastas luchaban por el honor de colocarse en primera fila. Todos se dispusieron a esperar la salida de Grodman.

XII

Grodman fue conducido al despacho del ministro. El más tenaz de los agitadores era, al mismo tiempo, la única visita que no podía rechazar. Mientras entraba, el rostro del ministro se iluminó con una expresión de alivio. A una señal de su jefe, el funcionario que había entregado el último telegrama salió de la habitación —no es necesario decir que solo una décima parte de la correspondencia que le era dirigida llegaba a manos del ministro—.

—Tendrá usted una buena razón para molestan me, ¿verdad, señor Grodman? —dijo el ministro, casi alegremente—. Imagino que se trata de Mortlake.

—Así es, y tengo la mejor de las razones.

—Tome asiento. Continúe, por favor.

—Espero que no me considere impertinente si le pregunto si nunca ha prestado atención a las evidencias científicas.

—¿Qué quiere decir? —preguntó desconcertado el político, con una melancólica sonrisa—. He tenido que hacerlo recientemente, por supuesto; aunque no soy abogado criminalista, como algunos de mis antecesores. Pero aun así, no deberíamos hablar de esta profesión como de una ciencia, pues es más bien una cuestión de sentido común.

—Perdone, señor. Pero es precisamente la más sutil y difícil de todas las ciencias. Es, de hecho, la ciencia de ciencias. ¿Qué es en realidad la lógica inductiva, tal y como la plantean, por ejemplo, Bacon y Mill, sino un intento de sopesar el valor de las pruebas? Entendiendo por pruebas las pistas dejadas por el Creador, por así

decirlo. El Creador —dicho sea con toda reverencia— nos deja una pista auténtica, pero la rodea de una miríada de otras que no lo son. El verdadero científico se niega a dejarse engañar por las apariencias, para así poder captar la esencia de los secretos de la Naturaleza. El vulgo se queda con lo superficial, pero el hombre de ciencia sabe que las apariencias engañan.

—Muy interesante, señor Grodman, pero realmente...

—Tenga paciencia conmigo, señor ministro. La ciencia de las pruebas (sutil como es, y exigiendo la observación más aguda y profunda de los hechos, y la total comprensión de la psicología humana) ha sido inexplicablemente depositada en manos de unos humildes jueces que no tienen la más remota idea de que las cosas no son lo que parecen, de que todo es distinto de lo que aparenta ser. La mayoría de ellos, encadenados desde la infancia a una mesa de despacho o a un mostrador, han adquirido un ínfimo conocimiento de los infinitos matices y complejidades de las cosas y de la naturaleza humana. Meta a doce de estos jueces en una caja y tendrá un jurado. Cuando uno de ellos se mete en la caja por cuenta propia, entonces, se le llama testigo. Entregamos el examen de las pruebas —de la observación de los hechos— a personas que van por la vida a ciegas, y la evaluación de las pruebas recae en tenderos que calculan a ojo la libra de azúcar. Además de su gran incapacidad para cumplir ambas funciones —observar y juzgar—, su dictamen está viciado por todo tipo de prejuicios irrelevantes.

—Está usted denostando los juicios con jurado.

—No necesariamente. Estoy dispuesto a aceptar que, científicamente, dado que por regla general solo hay dos alternativas, la probabilidad de que lleguen a una decisión correcta es incluso ligeramente favorable. Además, en los casos en los que testifican expertos como yo, el jurado puede llegar a ver a través de ojos más entrenados.

El ministro del Interior, impaciente, comenzó a golpear con el pie en el suelo.

—La teorización abstracta no aporta nada. ¿Tiene usted alguna nueva prueba concreta?

—Señor, estoy intentando llegar a la raíz del asunto. ¿Qué porcentaje de pruebas diría usted que son llana y simplemente la verdad sin adornos; la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad?

—¿El cincuenta? —respondió el ministro, con cierto humor.

—No llega al cinco. Y eso contando los lapsos de memoria y los defectos congénitos del poder de observación —aunque el registro sospechosamente preciso de fechas y acontecimientos que poseen los testigos de juicios ordinarios celebrados años después de los sucesos en cuestión es una de las curiosidades más increíbles de la jurisprudencia moderna—. Le desafío, señor, a que me diga lo que tenía para cenar el pasado lunes, o lo que estaba haciendo a las cinco de la tarde del martes.

»Ningún ser de carne y hueso puede hacer nada por el estilo a menos que, por supuesto, los hechos hayan sido realmente memorables. El gran obstáculo para la observación veraz es el prejuicio de tener una visión global. ¿Nunca ha caído en la cuenta de que no es posible ver a nadie más de una vez, y eso con suerte? ¿Que la primera vez que nos presentan a un hombre nos formamos un juicio sobre él que nos influirá para siempre? Si le volvemos a ver, nuestra visión estará teñida del color del recuerdo del primer encuentro. ¿Vemos a nuestros amigos con la imparcialidad con que les ven los desconocidos? ¿Y qué hay de nuestras casas, muebles y habitaciones; las vemos igual que un extraño? ¿Puede una madre encontrar la fealdad de su bebé, o una amante la de su amado, aunque sea de lo más llamativa a los ojos de los demás? ¿Podemos vernos como nos ven los otros? No; el hábito y la predisposición lo cambian todo. La mente es un filtro importante de lo que consideramos como hechos externos. El ojo ve, a veces, lo que quiere ver; y más a menudo, lo que espera ver. ¿Me sigue, señor?

El ministro, con mucha menos impaciencia esta vez, asintió con la cabeza. Curiosamente, empezaba a estar interesado. El bullicio de

afuera llegaba débilmente a sus oídos.

—Pongamos un ejemplo concreto. El señor Wimp dice que cuando derribé la puerta de la habitación del señor Constant la mañana del 4 de diciembre, y vi que la pieza del cerrojo estaba caída en el suelo, llegué a la conclusión de que yo la había arrancado del dintel. Parece cierto que así fuera, porque no había una explicación más plausible; en este tipo de situaciones uno actúa tan rápido que tiende rápidamente a ver, o a creer que ha visto. Por otro lado, cuando vemos un ardiente círculo de fuego provocado por la rotación continuada de una antorcha, no creemos que su existencia vaya a resultar indefinida; igual que tampoco creemos eternamente en la ilusión del truco que realiza un prestidigitador. Ver no es creer, a pesar de lo que diga el proverbio; creer, a veces, es ver. Hasta tal punto que, en esa pequeña cuestión de la puerta, Wimp estaba tan desesperada e incurablemente equivocado como en el resto de su argumentación.

»Aunque la puerta estaba atrancada, confieso que tendría que haberme dado cuenta de si había roto el candado al derribarla o de si el cerrojo del suelo estaba roto de antemano. Ni una vez desde el 4 de diciembre pasó esta posibilidad por mi cabeza, hasta que Wimp lo sugirió con perversa ingenuidad. Y si esto le ocurrió a un observador bien entrenado, con conciencia plena de esta tendencia inextirpable de la mente humana, ¿qué no le habría pasado a un observador no entrenado?

—Al grano, al grano —dijo el ministro, retirando su mano como si quemara, al tocar por accidente el timbre del escritorio.

—Como, por ejemplo —siguió Grodman, imperturbable—, en el caso de la señora Drabdump. Esta buena mujer no fue capaz, por así decirlo, de despertar a su inquilino tras llamar repetidamente a su habitación. Se asusta, corre a buscar mi ayuda, derribo la puerta... ¿Qué cree que esperaba ver esta alma cándida?

—Al señor Constant asesinado, supongo —murmuró con asombro el ministro.

—Exactamente. Y así lo vio. ¿Y cuál habría pensado usted que era la condición de Arthur Constant cuando la puerta cedió a los golpes y finalmente se abrió?

—¿Por qué, es que no estaba muerto? —jadeó el ministro, con el corazón acelerado.

—¿Muerto? ¿Un joven sano como él? Cuando la puerta se abrió de golpe Arthur Constant estaba durmiendo. Era el suyo un sueño muy profundo, por supuesto, de lo contrario los golpes en la puerta lo habrían despertado hacía tiempo. Pero mientras la fantasía de la señora Drabdump imaginaba el frío cadáver de su huésped, el pobre hombre yacía en la cama en lo más profundo de un cálido sueño.

—¿Quiere decir que encontró vivo a Arthur Constant?

—Tanto como usted y yo lo estamos ahora.

El ministro guardó silencio, esforzándose confusamente en asimilar esta nueva situación. Fuera, la muchedumbre seguía gritando, probablemente tan solo para pasar el rato.

—Entonces, ¿cuándo fue asesinado?

—Inmediatamente después.

—¿Por quién?

—Bien, si me permite decirlo, esa no es una pregunta muy inteligente. En este punto la ciencia y el sentido común se ponen al fin de acuerdo. Pruebe el método excluyente: solo pudimos hacerlo la señora Drabdump o yo.

—¿Quiere decir que la señora Drabdump…?

—¡Cielos, pobre señora Drabdump! No se merece esto de su ministro del Interior. La sola idea de que la buena mujer...

—¡Fue usted!

—Cálmese, mi querido ministro. No hay por qué alarmarse. Fue un experimento aislado, y pretendo que siga siéndolo.

El ruido creció en el exterior. Un «¡Tres hurras por Grodman! ¡Hip, hip, hurra!» llegó suavemente a sus oídos.

El ministro, pálido y conmocionado, tomó la campana. El asistente apareció y miró con contenida sorpresa el rostro desencajado de su superior.

—Gracias por llamar a su ayudante —dijo Grodman—. Tenía la intención de pedirle que me prestara sus servicios. Supongo que puede taquigrafiar.

El ministro asintió, mudo.

—No pasa nada. Tengo la intención de que esta declaración pase a formar parte de un apéndice a la vigesimoquinta edición (una especie de bodas de plata) de mi libro *Criminales que he detenido.* El señor Denzil Cantercot, a quien he designado como mi albacea literario en el testamento que acabo de dictar, se encargará de elaborar su redacción y de darle un toque más dramático y literario, tomando como modelo el resto del libro. Tengo plena confianza en que, desde un punto de vista artístico, será capaz de hacerme justicia; tanto como usted me la hará, sin duda, desde una perspectiva jurídica.

—Templeton —susurró el ministro del Interior—, este hombre puede ser un lunático. Puede que los esfuerzos por resolver el misterio de Bow le hayan licuado el cerebro. Aun así —agregó elevando la voz—, va a ser necesario que taquigrafíe su declaración.

—Gracias, señor —dijo Grodman, de todo corazón—. ¿Listo, señor Templeton? Allá vamos.

—Todo el mundo conoce mi carrera hasta el momento en el que dejé Scotland Yard. ¿Voy muy rápido, señor Templeton? ¿Un poco? Bien, iré más despacio; avíseme cuando quiera que eche el freno. Me retiré, y descubrí que estaba soltero, pero ya era demasiado tarde para casarme. El tiempo se me iba de las manos. La preparación de mi libro *Criminales que he detenido* me mantuvo ocupado durante meses. Una vez publicado, me quedé sin nada que hacer y con mucho que pensar. Tenía dinero de sobra, bien invertido. No había lugar para la especulación: el futuro se presentaba ante mí sin atractivos. Casi me arrepentí de no haber encontrado la muerte en acto de servicio. Al igual que todo anciano ocioso, vivía del pasado, y no paraba de recordar mis viejas hazañas y de releer mi libro.

»Como tenía tanto tiempo para pensar y vivía alejado de la persecución y la caza auténticas, empecé a analizar los hechos desde una perspectiva más real. Día tras día, se me fue revelando que los asesinos eran en general más tontos que los simples rateros. Todos los crímenes que analizaba, sin importar lo inteligentemente perpetrados que hubieran sido, acababan revelando un fallo o un error. Huellas, rastros, arañazos, aristas, esquinas... En definitiva, veía por todas partes trabajos fallidos y una inalcanzada integridad artística. Para el vulgo, mis hazañas pueden parecer maravillosas —el hombre medio se alegra al descubrir una sencilla palabra en una sopa de letras, pero para mí eso era el pan de cada día.

»Hoy, después de toda una vida dedicada al estudio de las pruebas, me parece fácil cometer no solo uno, sino mil crímenes imposibles de resolver. Y sin embargo, los auténticos criminales siguen pecando y delatándose, siempre con los mismos errores, sin originalidad, sin estilo, sin inspiración ni creatividad. Uno diría que existe una academia para delincuentes con más de cuarenta mil butacas.

»Y poco a poco, mientras reflexionaba e iba fraguando una idea, me sobrevino el deseo de cometer un delito desconcertante. Podía imaginar cientos de este tipo y deleitarme al imaginarme cometiéndolos, pero ¿realmente funcionarían en la práctica? Evidentemente, el intérprete de mi experimento debía ser yo mismo, pero ¿quién podría ser el sujeto? Lo determinaría el azar.

»Me picaba el gusanillo del asesinato —el hecho de abordar primero los problemas más difíciles— y ardía en deseos de provocar estupefacción en el mundo, en ese del que yo ya me había retirado. Exteriormente permanecía tranquilo y me relacionaba con los demás como de costumbre. Pero por dentro me consumía una creciente pasión científica. Cuando hablaba con amigos o conocidos, en todo momento no dejaba de pensar en cómo cometer un asesinato imposible de resolver. No hay ni un solo amigo al que no haya pensado en asesinar, yéndome después de rositas. Ni un solo personaje público —no tema, mi querido ministro— al que no haya

imaginado matar de manera misteriosa, oculta e indescifrable. ¡Con qué facilidad podría poner en evidencia al criminal común, con sus móviles obvios, sus convencionalismos y sus lugares comunes, con su falta de moderación y de sentido artístico!

»El difunto Arthur Constant se estableció casi enfrente de mi vivienda. Cultivé su amistad —fue un joven amable, un excelente sujeto para mi experimento—. No sé si alguna vez he tomado tanto apego a un hombre. Desde el primer momento en que le vi, nació una peculiar cordialidad entre nosotros. Fue una atracción mutua. Sentí instintivamente que él sería el elegido. Me encantaba su entusiasmo cuando hablaba de la hermandad entre los hombres —yo, que tan bien conozco la hermandad del ser humano con el mono, la serpiente y el tigre—, y parecía encontrar un gran placer en hurtar un rato a sus obligaciones para charlar conmigo. Es una lástima que su vida tuviera que serle arrebatada a la Humanidad. Pero así debía ser.

»A las diez menos cuarto de la noche del 3 de diciembre vino a verme. Naturalmente, no dije nada acerca de esta visita en la investigación o durante el juicio. Su objetivo era consultarme en secreto acerca de una chica. Me dijo que le había prestado, de manera privada, algo de dinero, de cuya restitución era muy libre. Para qué lo necesitaba era algo que desconocía; tan solo sabía que estaba relacionado con un acto de abnegación al que él, vagamente, le había inducido. Después, la chica desapareció, y él se preocupó por ella. No quiso decirme quién era —por supuesto, señor, ahora sabe tan bien como yo que se trataba de Jessie Dymond—, pero me pidió consejo acerca de cómo localizarla. Mencionó que Mortlake se iba a Devonport en el primer tren del día siguiente. A todas luces, debería haber conectado estos dos hechos y encontrar el hilo común; pero mientras él hablaba, mis pensamientos se iban tiñendo de rojo...

«Constant sufría perceptiblemente de dolor de muelas, y en respuesta a mis preguntas interesándome por su salud mencionó que había estado durmiendo poco últimamente. Los astros se alineaban para demostrar una de mis teorías favoritas. Hablé con él en un tono

paternal y, después de ofrecerle un vago consejo acerca de la chica, le hice prometer que se tomaría una noche de descanso (para encarar con fuerzas la reunión de los ardorosos tranviarios de por la mañana), y accedió a ingerir una dosis de sulfonal que le facilité. Se trata de un medicamento novedoso que produce un sueño prolongado, sin perturbar la digestión, y que yo mismo empleo en ocasiones. Prometió fervientemente tomarlo, y yo le persuadí de encerrarse bajo llave y echar el cerrojo para evitar que nada le perturbara y que el aire frío de la noche de invierno se colara en la habitación. Le regañé por la manera en que se descuidaba; él, jovial y gentilmente, se rio, prometiendo obedecerme en todo. Y así lo hizo.

»Que la señora Drabdump, al no ser capaz de despertarlo, gritaría: «¡Asesinato!» era algo que yo daba por hecho. Ella es así. Como comentó incluso sir Charles Brown-Harland, suele tomar sus predisposiciones por actos ya consumados; y sus inferencias, por observaciones. Predice siempre el futuro más negro. La mayoría de las mujeres de su clase se hubieran comportado como ella lo hizo. Eso las convierte en especímenes peculiarmente favorables a la sugestión. Me podría comprometer a producir el mismo efecto en casi todas las mujeres en circunstancias similares. El único eslabón dudoso en la cadena fue: ¿se apresuraría la señora Drabdump a buscarme para que derribara la puerta? Las mujeres siempre se apresuran a buscar un hombre. Yo era poco menos que el más cercano y, sin duda, el más autorizado en toda la calle. Así que di por sentado que lo haría.

—¿Y si no lo hubiera hecho? —no pudo evitar preguntar el ministro.

—Entonces el asesinato no habría ocurrido, eso es todo. A su debido tiempo, Arthur Constant se habría despertado, o alguien lo habría encontrado dormido e ileso. Y apenas pude conciliar el sueño esa noche. La extraordinaria idea de que estaba a punto de cometer un crimen —la curiosidad por saber si Wimp reconocería el *modus operandi*—, la perspectiva de compartir los sentimientos de todos los

asesinos con los que había estado en contacto a lo largo de mi existencia sin saber nada de su vida interior, el temor, incluso, a estar dormido cuando llegara la señora Drabdump, me rondaban, perturbando mi reposo. Yacía en mi cama, planeando todos los detalles de la despedida del pobre Constant.

»Las horas iban pasando lentamente mientras llegaba el brumoso amanecer. Me angustiaba la incertidumbre. ¿Y si la experiencia, finalmente, me decepcionaba? Al fin llegó el sonido que aguardaba: toc, toc, toc. Asomé la cabeza por la ventana; aún llevaba puesto el gorro de dormir. Todavía me parece oír el eco de aquellos golpes en la puerta, como diciendo: «Ven y mátalo».

»Me vestí a toda prisa, tomé mi navaja y crucé la calle hacia el 11 de Glover Street. Al irrumpir en la habitación en que Arthur Constant dormía con la cabeza reposando sobre sus manos, grité: «¡Dios mío!», como si contemplara una horrible visión. Y así invoqué una imagen tremenda ante la señora Drabdump, quien retrocedió —eso, más que verlo, lo adiviné— y se tapó los ojos con las manos.

»En ese instante hice, con precisión científica, un corte profundo, y retiré la cuchilla tan rápidamente que ni siquiera se manchó. De la garganta brotó abundante la sangre que la señora Drabdump alcanzó a ver vagamente. Cubrí el rostro con un pañuelo para ocultar cualquier posible convulsión. Pero, como dictaminó el examen médico (en este punto, con toda exactitud), la muerte fue instantánea. Guardé la cuchilla de afeitar y el frasco de sulfonal vacío. Con un testigo como la señora Drabdump delante, podría hacer lo que quisiera. Desvié su atención hacia el hecho de que las ventanas estaban cerradas. Algún loco, por cierto, pensó que había una discrepancia entre los testimonios, ya que la Policía solo encontró cerrada una de las ventanas, olvidando que yo no volví a asegurar el pestillo de la que abrí para pedir ayuda.

«Naturalmente, me cuidé mucho de avisar a nadie antes de dejar pasar un tiempo prudencial. Tenía que apaciguar a la señora Drabdump, y elegí la excusa de tomar notas, en calidad de veterano. Mi objetivo era ganar tiempo. Quería que el cuerpo se enfriara y

estuviera lo suficientemente rígido antes de ser descubierto, aunque en este punto no había mucho peligro. Ya se vio en la evidencia médica que el tiempo de la muerte no puede precisarse en un intervalo inferior a una o dos horas. La franqueza con la que afirmé que el fallecimiento era muy reciente desarmaba toda sospecha, e incluso el doctor Robinson terminó trabajando, inconscientemente, sobre los datos que yo había preparado para él.

»Antes de abandonar a la señora Drabdump, me gustaría añadir unas palabras más. Ha escuchado usted con tanta paciencia mis enseñanzas sobre esta ciencia de ciencias que estoy seguro de que no se negará. Se ha dado mucha importancia al hecho de que la señora Drabdump durmió media hora más de lo acostumbrado. Ocurre que, al igual que la inocente niebla ha sido convertida en cómplice, es un mero accidente y una circunstancia irrelevante. En todos los trabajos de lógica inductiva se reconoce que solo algunas de las circunstancias de un fenómeno están esencial y causalmente interconectadas; siempre hay una determinada proporción de aderezos heterogéneos que no tienen relación íntima con el fenómeno en sí. Y, sin embargo, tan aséptica es la comprensión de esta ciencia que todas las características del fenómeno deben investigarse con igual importancia, tratando de vincularlas con la cadena de pruebas.

»La niebla y la somnolencia de la señora Drabdump fueron simples accidentes. Siempre hay cómplices irrelevantes, y el verdadero científico debe investigarlos hasta el mínimo detalle. Tampoco conté con la desafortunada serie de fenómenos accidentales que han conducido a la implicación de Mortlake en la red de sospechas. Por otro lado, el hecho de que mi criada, Jane, que por lo general se va sobre las diez, lo hiciera unos minutos más temprano en la noche del 3 de diciembre, y desconociera así la visita de Constant, fue un accidente relevante. De hecho, igual que el arte del pintor o del editor consiste en gran medida en saber qué dejar fuera, también el buen hacer del científico se basa en saber qué

detalles del delito puede ignorar. En pocas palabras, explicar todo es explicar demasiado; y demasiado es peor que demasiado poco.

«Volviendo a mi experimento: mi éxito superó mis sueños más salvajes, ninguno de los cuales se acercaba a la verdad que luego aconteció. La insolubilidad del misterio de Bow asombró a las mentes más brillantes de Europa y del mundo civilizado. Que un hombre hubiera sido asesinado en una habitación completamente inaccesible tenía un aroma de magia antigua. El temible Wimp, blasonado como mi sucesor, optó por la teoría del suicidio. Así, el misterio habría dormido hasta mi muerte si no fuera —me temo— por mi propio ingenio.

«Traté de desdoblarme para mirar el crimen con los ojos de otro, con los de mi antiguo yo. Me di cuenta de que el crimen era una obra de arte tan perfecta que solo admitía una solución de sublime sencillez. Los propios términos del problema eran tan inconcebibles que, si no hubiera sido yo el asesino, solo podía haberlo sido la señora Drabdump. Las primeras personas en entrar en la habitación debían ser forzosamente las culpables. Escribí —bajo el seudónimo «Uno que mira con sus propias gafas»— a *Pell Mell* para sugerir esta solución.

»De este modo, al unir mi figura a la de la señora Drabdump, conseguí que fuera difícil disociar nuestra presencia en la habitación. Lanzar al mundo una verdad a medias es el método más seguro de cegarlo por completo. Esta carta fue rebatida por mí mismo —bajo mi propio nombre— al día siguiente, y en el curso de la larga carta que estuve tentado de escribir, aduje nuevas evidencias en contra de la hipótesis del suicidio. Me disgustó el veredicto abierto; quería que los hombres se rompieran la cabeza intentando buscar la solución. Disfrutaba de la cacería.

»Por desgracia, Wimp, vinculado de nuevo a la investigación a causa de mi propia carta, a base de dar pasos torpes, encontró por accidente una pista que pareció cierta a los ojos del mundo. Mortlake fue arrestado y condenado. Wimp, en apariencia, había alcanzado la cima de su prestigio. Esto ya fue demasiado. ¿Me había tomado

tantas molestias solo para coronar de laureles la cabeza de Wimp, cuando lo que buscaba en realidad era arruinar su reputación? Ya era bastante malo que un inocente tuviera que sufrir, como para que encima Wimp conquistara una fama que no merecía y eclipsara a sus predecesores, habiendo cometido un error colosal. No lo podía tolerar.

»He removido cielo y tierra para lograr la anulación del veredicto y salvar al prisionero; he puesto en evidencia la debilidad de las pruebas, conseguido que el mundo entero busque a la muchacha desaparecida, rogado a unos y agitado a otros... Todo en vano. He fallado y ahora juego mi última carta. Con el fin de que el inefable Wimp no pase a la posteridad como el hombre que resolvió este misterio, he decidido condenarme a mí mismo. Por eso he venido a entregarme esta noche, antes de que sea demasiado tarde para salvar a Mortlake.

—¿Entonces, esta es la razón?

—Esta es la única razón.

Mientras hablaba, un rugido profundo recorrió el despacho. La multitud se había venido arriba. Impacientes, como todos lo que esperan a que algo suceda, interpretaban que la falta de noticias suponía un buen augurio. Cuanto más tiempo durara la entrevista del ministro del Interior con el presidente de la comisión de defensa, mayor sería su esperanza. El ídolo del pueblo se salvaría, y los vítores a Grodman y a Tom Mortlake se mezclaban entre los allí congregados.

—Templeton, ¿ha tomado usted nota de la confesión del señor Grodman?

—Hasta la última palabra.

—Entonces traiga el telegrama que recibí justo cuando el señor Grodman entró en la casa.

Templeton regresó al cuarto del que había salido y volvió con el mensaje.

El ministro se lo entregó silenciosamente a su visitante. Procedía de la jefatura de Policía de Melbourne, y anunciaba que Jessie

Dymond acababa de llegar a la ciudad en barco, completamente ignorante de lo sucedido, y había sido embarcada de vuelta a Inglaterra tras prestar una declaración que corroboraba por entero la teoría de la defensa.

—A la espera de una nueva investigación —dijo el ministro, no sin considerar la ironía de la situación, mientras miraba las mejillas cenicientas de Grodman— he indultado al detenido. El señor Templeton estaba a punto de despachar al mensajero para entregar el telegrama al gobernador de Newgate cuando usted entró en la habitación. El castillo de naipes del señor Wimp se habría derrumbado de todos modos sin su ayuda. El crimen sin desvelar había arruinado su reputación, como usted deseaba.

Una repentina explosión sacudió la estancia, coincidiendo con un estallido de júbilo procedente de la calle. Grodman, muy científicamente, se había disparado un tiro en el corazón. Cayó muerto a los pies del ministro del Interior. Algunos de los trabajadores congregados en el exterior, que esperaban junto al carruaje, ayudaron a sacar la camilla.

Nota del Autor

SOBRE MISTERIOS Y ASESINATOS

Dado que esta novela fue escrita hace ya cuatro años, me siento capacitado para revisarla sin prejuicios. Un libro recién escrito y aún caliente es un candidato natural a aparecer defectuoso a los ojos de su progenitor, pero para una obra que ya ha reposado existe la perspectiva necesaria como para poder alabarla sin temor ni favoritismo. *El gran misterio de Bow* me parece un excelente relato policíaco y, como tal, aun siendo tan sensacionalista como lo suelen ser estas historias, contiene más humor y caracterización de personajes que el mejor de ellos.

Sin duda, el humor abunda demasiado. Las novelas de misterio deben ser sobrias y formales. Debería predominar en ellas una atmósfera de terror y asombro, como la que Poe consigue crear. El humor es una salida de tono; resultaría más artístico mantener una nota sombría en su lugar. Pero en aquella época yo era realista, y en la vida real los misterios ocurren a personas reales, con sus peculiares sentidos del humor, y las circunstancias más intrigantes son susceptibles de mezclarse con otras más cómicas.

La condición indispensable de un buen misterio es que su resolución debe ser, al mismo tiempo, posible e imposible para el lector, y que la solución propuesta por el escritor debe satisfacerlo. Muchos misterios avanzan trepidantes justo hasta el final solo para dejar al lector con la sensación de que le han robado el aliento bajo falsos pretextos. Y la solución no solo debe ser adecuada, sino que además todos sus elementos deben haber aparecido previamente en el desarrollo de la historia. El autor no puede sacarse de la manga un nuevo personaje o una circunstancia desconocida al final del relato. Por ejemplo, si un amigo me pide que adivine con quién cenó ayer, resultaría de lo más fatuo que lo hubiera hecho con alguien de quien jamás he oído hablar.

La única persona que ha resuelto *El gran misterio de Bow* soy yo. No es una paradoja, sino un hecho al desnudo. Mucho antes de escribir el libro, me dije a mí mismo una noche que ningún relator de crímenes había asesinado a un hombre en una habitación a la que fuera imposible acceder. El acertijo estaba apenas esbozado y la solución se me escapaba, así que archivé la idea hasta que varios años después, en temporada baja, el editor de un popular diario vespertino londinense, ansioso por conceder un año sabático a los monstruos marinos, me encargó una pieza de ficción algo más original. Podría haber rechazado el ofrecimiento, pero tenía un asesinato pendiente, y se acababa de presentar la oportunidad.

Me tomé en serio el trabajo, aunque con posterioridad el *Morning Post* apuntara que los elementos cómicos resultaban demasiado prolijos. Sin embargo, al menos tuve éxito a la hora de intrigar a mis lectores, muchos de los cuales enviaron testimonios espontáneos, proponiendo soluciones conforme aparecían las sucesivas entregas de la historia. Cuando terminó, el editor me pidió que enviara un agradecimiento. Escribí pues una carta al periódico dando las gracias a los aspirantes a detective por sus amables intentos de ayudarme a salir del embrollo al que me había conducido el desarrollo de la trama. No quería herir sus sentimientos expresando directamente que habían fracasado, todos y cada uno de ellos, al

identificar al auténtico asesino —como si de auténticos policías se tratase—, así que intenté mostrarles la resolución de un modo encubierto:

> «Al editor de *The Star.*
>
> Señor:
>
> Ahora que *El gran misterio de Bow* ha sido resuelto para la satisfacción de al menos una persona, ¿permitirá usted a ese alguien utilizar su columna, de valor inestimable, para dirigirse a los cientos de lectores que le han halagado con sus amables sugerencias y soluciones en el transcurso de esta historia? Es una petición especial, dado el crédito que merecen al ayudarme a llegar al fin de este relato de un modo satisfactorio.
>
> Cuando comencé a escribirlo no tenía, por supuesto, la menor idea de quién había cometido el asesinato, pero estaba resuelto a que nadie pudiera averiguarlo. Así, a medida que cada corresponsal enviaba el nombre de un sospechoso, decidí que ninguno de ellos fuera el culpable. Progresivamente todos los personajes acabaron marcados como inocentes —con la excepción de uno, al que decidí convertir en el asesino—. Lamenté mucho tener que hacerlo, dado que ese personaje en concreto me caía bien. Pero cuando se tienen lectores tan ingeniosos, ¿qué se puede hacer al respecto? Uno no puede permitir que nadie vaya por ahí presumiendo de haber resuelto su propio caso.
>
> De este modo, a pesar de las molestias de tener que reescribir el argumento cinco o seis veces, sentí que había elegido el camino más coherente con la dignidad de mi trabajo. Si no hubiera sido por esta consideración, sin duda habría dictado un veredicto acusador contra la señora Drabdump, como recomendó un lector basándose en la ilustración aparecida en *The Star,* que mostraba a una mujer de al menos seis pies de altura que, por tanto, podría haberse asomado fácilmente al tejado y deslizado su proporcionadamente largo brazo por la chimenea para realizar el corte. No soy responsable de la

concepción que el artista pueda tener del personaje. La última vez que vi a la buena mujer medía menos de seis pies, pero puede que el dibujante tuviera información más reciente. *The Star* está siempre pasmosamente actualizado.

Tampoco debo omitir el comentario humorístico de otro lector, que dijo: "Mortlake podría haber saltado, de algún modo inverosímil, de una venta a otra, como siempre ocurre llegados a cierto punto en una historia ficticia". Espero que mis compañeros escritores, blanco de esta satírica pulla, no me pidan el nombre del lector, ya que, llegados a cierto punto en la vida real, me opongo al asesinato.

Un último comentario para las legiones que me han criticado por hacer que el señor Gladstone escribiera más de ciento setenta palabras en una postal.

Todo esto se lo debo a usted, señor editor, que anunció que mi relato contenía elementos humorísticos. Intenté incluir algunos y este, fruto de la indagación en los hábitos de correspondencia del prohombre, pretendía ser uno de ellos. Sin embargo, si me van a tomar al pie de la letra —o más bien, al de la postal— debo decir que hoy mismo he recibido una de doscientas cincuenta palabras, aunque bien es verdad que no procedía del señor Gladstone. En cualquier caso, hasta que el mismísimo Gladstone no repudie la postal en cuestión, me considero en mi derecho de incluirla en el libro.

Agradeciendo de nuevo a mis lectores su valiosa ayuda, atentamente, etc.»

Uno pensaría que nadie iba a tomar esta carta en serio, puesto que es obvio que el relato policiaco es el tipo de historia que no puede improvisarse o alterarse en el último momento, ya que requiere del ensamblaje más cuidadoso y de la precisión más milimétrica al encajar las piezas. Sin embargo, lancen una broma a la inmensidad del océano y verán cómo en unos días deja de serlo. Esto leí en el *Lyttelton Times* de Nueva Zelanda:

«La cadena de pruebas circunstanciales parece irrevocable. Se mire como se mire, el propio señor Zangwill no sabía cómo romperla tras forjar tan cuidadosamente todos los eslabones. Considero que el método que finalmente adoptó es más ingenioso que convincente».

Después de leer esto, decidí no volver a bromear nunca más, aunque estas buenas intenciones solo sirvan para allanar un camino ya trillado.

Israel Zangwill
Londres, septiembre de 1895

NOTA DEL AUTOR

El misterio que el autor siempre asociará con este relato es el de cómo consiguió cumplir el encargo de llevarlo a cabo.

Fue escrito, día tras día, durante una quincena, para satisfacer la solicitud de *The Star,* para el que esta historia supuso un nuevo punto de partida. He de decir que los citados quince días se vieron interrumpidos por el súbito ataque de otras tareas y preocupaciones, aunque esto no sirva en modo alguno para excusar ninguna posible deficiencia del libro, ya que siempre estuvo en manos del escritor la posibilidad de revisarlo o rechazarlo. Esta última función la podemos dejar al público, y si la obra permanece —incluso a pesar de la carta — tal y como apareció en *The Star* es porque el autor es incapaz de contar la misma historia más de una vez.

La aparición del señor Gladstone en una escena ficticia se puede justificar por el carácter mítico del personaje.

Fin